

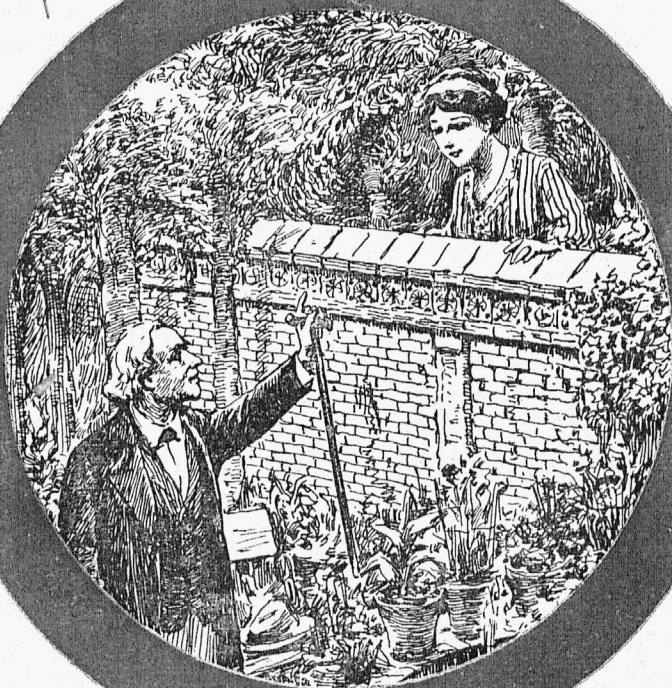
LA REINA



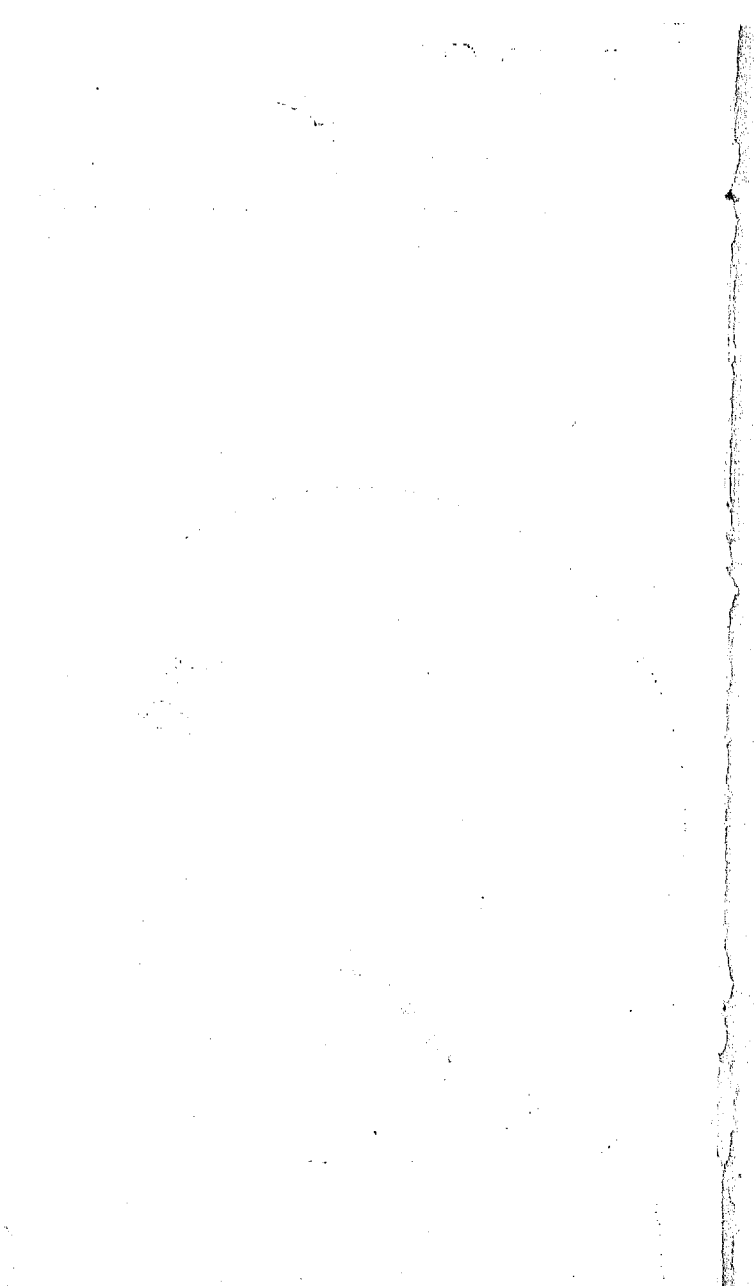
DE LAS MINAS

COLECCIÓN MARTÍNEZ BARRIONUEVO

IV



ADMINISTRACIÓN: Pez, 30. — MADRID



LA REINA DE LAS MINAS

Imp. de Doménech y Taroncher, Travesía Migualto, 1.—Valencia.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

R. 90804

R. 90804

LA REINA



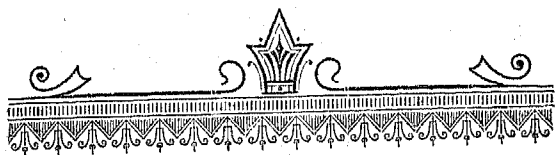
DE LAS MINAS

(NOVELA ESPAÑOLA)



Administración: Pés, 30.—Madrid

ES PROPIEDAD



La Reina de las Minas

I

Aristocracia y burguesía.

Si al mediar de una tarde de principios de Junio, una tarde calurosa como la más calurosa de la canícula, se hubiese el lector encontrado en la huerta del *Limón* o en la de *Marrubiales* allá, en la sierra de Córdoba, hubiera podido oír un diálogo singularísimo.

Sostenían el diálogo, un viejo y una joven; él, de cabellos blancos y

ojos negros, pequeñines, muy vivos; ella, de cabellos castaños y ojos negros, hermosos—como la tierra cordobesa los sabe dar—y rostro ovalado, blanquísimo, con una mezcla de candidez y malicia, que hubiera vuelto loco al más prudente observador.

El viejo tendría setenta años, la joven diez y ocho; el viejo parecía de un humor horrible; la joven estaba alegre, como el sol cuando brota después de la lluvia... No se ha visto jamás, contraste mayor entre un hombre y una mujer.

El viejo vestía como un labrador acomodado de la sierra; la joven una *toilette* de gusto exquisito, propia del campo y de la estación. En los ademanes, lo mismo que en las palabras, el viejo era rudo, viril, a pesar de sus años; la joven mostrábase altiva y risueña a la vez; no obstante su juventud, nadie hubiera dudado en tomarla por una gran señora, sin estorbar para esto, el candor de aquel rostro de blan-

cura ideal, y la malicia de aquellos ojos que relampagueaban de vida e inteligencia. Véase en uno al burgués orgulloso de su vida de trabajo y de su obra terminada, y en la otra la tranquila desenvoltura de una damisela de salón, flor exótica en la sierra cordobesa, donde tantas y tan hermosísimas flores crecen.

Conocíase al punto; los dos estaban en la sierra, pero no estaban los dos en su sitio.

—¿Y el diálogo?—preguntará el lector.

Va inmediatamente; pero antes quisiera añadir... Aunque están juntos el viejo y la joven, están separados; el viejo está en el fondo de la huerta del *Limón*; la joven está en el fondo de la huerta de *Marrubiales*; los separa una tapia, esta tapia, separa las dos huertas... Dos huertas que son dos portentos de arte natural, de flores que hacen sonreír y de infinita hermosura que hace pensar en Dios... ¡Oh, sierra de Cór-

doba, sultana de Occidente, maravilla del mundo!

El viejo vivía siempre en su finca del *Limón*; la joven estaba por vez primera en su finca de *Marrubiales*... El viejo era un maestro de obras muy popular en la sierra cordobesa y en Córdoba y aun en toda la provincia; la joven, cierta marquesita, muy pagada de sus pergaminos, huérfana de madre y de cuyo padre se tendrá noticia cuando precise. El viejo era propietario de una gran fortuna, y aunque parezca mentira, la adquirió haciendo casas, después de la Revolución, durante la República y en los primeros años del reinado de Alfonso XII, casas que hacía y vendía con productos de un mil por ciento; ella era riquísima también, fortuna traspasada de padres a hijos durante muchas generaciones, y administrada siempre por milagroso don con una equidad que ya no se usa. La joven se llamaba Matilde de Nervión y era un partido soberbio; el viejo se llama-

ba... *el tío Claudio*, y era un ricachón corriente y campechanote.

El diálogo adquiere interés grandísimo; no es ya diálogo, es disputa acalorada; tú juzgarás, lector, pero quisiera repetirte todavía, que las posesiones están juntas y que se limitan por un bonito tapial, de caballete revestido de azulejos, tapizados a su vez, de hiedras.

El viejo, de pie, junto a un banco rústico, de la huerta del *Limón*, se apoyaba en una muleta de que solía acompañarse, por costumbre más que por necesidad—pues era un viejo bien resuelto y erguido,—o accionaba con ella cuando le parecía, chispeantes de cólera los ojillos negros, de enormes cejas grises. La joven, subida en una escalera de manos, se asomaba desde su propiedad a la del viejo, dejando ver su cabeza gentil y parte del primoroso busto; y así, asomada, hablando y riendo, era la desesperación de su vecino.

¡Reía la joven, reía de todo corazón oyéndole! Ella riendo en su huerta, en su plinto y medio oculta por la tapia; él vociferando en la suya, exasperadamente; él, abajo, ella arriba; el uno con sus cabellos blancos y su humor negro; la otra con sus cabellos castaños finísimos y su risa sonora, formaban, como dije, singular contraste..., y para realzamiento de las dos figuras, en un lado y otro de la tapia—en la finca de la aristócrata y en la finca del burgués—árboles frondosos, bancos rústicos, artísticos pabellones de hojas verdes, fresquísimas fuentes que murmuraran, arroyos que serpentean, y flores en todas partes, muchas flores... ¡Oh, flores! ¿Qué almas divinas son las vuestras, que sabéis haceros querer a una, por toda esa humanidad, que sólo cambia entre sí rencores y desprecios?

La marquesita exclamó de pronto, entrecortadamente, porque la risa le impedía hablar:

—¡Lo que es eso, lo veremos!

—Lo veríamos; yo conseguiré que no fisgonee usted más mi huerta.

—Haré lo que se me antoje,—repuso la marquesita con esfuerzos graciosísimos para aparecer iracunda.—¡Para eso estoy en la mía!

—¡Levantaré más esa tapia!

—¡Pondré la escalera más alta, para asomarme!

—¡La levantaré más!

—¡Haré alargar la escalera!—e imitaba cómicamente la voz y los ademanes del tío Claudio.

—¡Es escandaloso! ¡Intolerable!

La joven, como si temiese exasperar demasiado a su enemigo, añadió en tono conciliador y mimoso:

—Pero ¿qué culpa tengo yo, pobrecita de mí, de que le hayan robado a usted sus claveles?

—¿Le gustaría a usted que le robasen sus tulipanes?—preguntó el viejo, como si arrojara al rostro de su rival una razón suprema.

—De ningún modo; pero no pe-

garía con usted si me los robaran.

—Según; porque si usted sospechara de mí, ya procuraría hacerme blanco de sus iras.

—¡Cómo! ¡Con que es de mí de quien usted sospecha! ¡Con que presume usted que yo soy la ladrona de sus claveles!

Y ahora fué cuando la joven rió de verdad; era una risa tan franca, tan argentina, tan sin asomo de concluir, que desconcertó al viejo completamente. Pero no era hombre el tío Claudio para dejarse vencer a las primeras acometidas; reponiéndose, añadió en tonillo impertinente, peor que todos los insultos:

—No hay que trabajar mucho para presumir y hasta para convencerse de *ciertas cosas*, con una vecindad tan poco aprensiva como la que tengo. Si no fuera por esa vecindad, más tranquilo viviría yo.

Matilde reía más; al concluir el tío Claudio, oyóse una tosecilla singular,

y asomó por la tapia, cerca de Matilde, una cabeza y un busto de hombre, de un hombre viejo, seco, solemne, bien portado, que dijo con una tranquilidad y flema aborrecibles, para el caballero del *Limón* sobre todo, que tenía la sangre y el corazón de fuego.

—Oiga usted, señor mío, ¿qué tiene usted que decir de su vecindad? Porque yo tengo que decir mucho de la mía..., y callo prudentemente.

—¡Pero qué a punto está el señor marqués para oír lo que le interesa... y para asomarse a fisgonear!

—Estoy en mi casa y puedo hacer lo que se me antoje; ¿está usted enterado, señor mío?

Matilde dejó de reír y apoyó a su padre con cómica gravedad: «Eso; estaban en su casa y podían hacer todo lo que se les antojase».

—¿Otra vez con la monserga de la casa y de sus derechos sobre la casa? —gritó el tío Claudio;—pues bien; voy a tomar una determinación. Yo conse-

guiré que esto termine. Veremos ahora.

—¡Ea, veremos ahora!—gritó también la marquesita, parodiándole.

El marqués, con cierto viso de inquietud, preguntó desdeñosamente:

—¿Y qué piensa usted hacer, señor mío...? ¿Se digna usted manifestármelo?

—Mandaré echar la tapia a tierra.

—¡Qué risa, tío Claudio!—Y Matilde empezó a reir de nuevo. Reía también el marqués como si la ocurrencia del tío Claudio le hubiese parecido felicísima. Y con la risa de los dos, hacía concertante la voz del viejecillo... «¡Era escandaloso! ¡Increíble! ¡Y que fuera él tan bueno, que no intentase apartar de sí aquella *plaga*!»

—¡Plaga!—repitieron el marqués y su hija mirándose con asombro cómico.

El buen hombre revolvíase iracundo; no sabía de dónde sacar argumentos para confundir a sus enemigos; sus ojos echaban chispas; sus labios temblaban.

—Déjalo ya, papá;— dijo Matilde, encogiéndose de hombros con una impertinencia que hizo enloquecer al viejo.

—Déjalo y vámonos.

—Sí, vámonos; es lo mejor.

Y el tío Claudio estalló entonces, diciéndoles:

—¡Gracias a Dios, que hablan ustedes de irse!

—Porque es nuestra voluntad, que de otro modo, nadie nos arrancaría de aquí. ¿Se entera usted? Nadie.—Y la marquesita, repitió como el eco:

—¡Nadie!

—Sí, ya lo sé; ahora viene el resto de la cantinela—y añadió el viejecillo malignamente, parodiando el tono de la marquesita con endiabladas gesticulaciones: «Nadie; porque estamos en nuestra casa; porque estamos en nuestra huerta». ¡La casa de los señores marqueses!... ¡La huerta de los señores marqueses!... ¡Ay Dios, yo sí que río!»

—¿Lo duda usted acaso?—gritó el marqués, iracundo.

—¡Yo dudar!—Y el viejo reía ahora hasta desternillarse.—¡Yo dudar! ¡Cuando empiece a caer la tapia veremos quién se opone! Seguramente, se sabrá en esa ocasión quién es el verdadero amo.

—¿Qué dice usted?—exclamó la marquesita, extrañándose de la seguridad con que el caballero del *Limón* hablaba. Y como el tío Claudio siguiera riéndose, se volvió hacia el marqués; él no la miró, diciendo apresuradísimo:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

—Sí, vamos, repitió Matilde.—Extendiendo los puños con gracioso ademán de amenaza, gritó, imitando por última vez, afectadamente, la voz y el ademán de su irascible vecino:

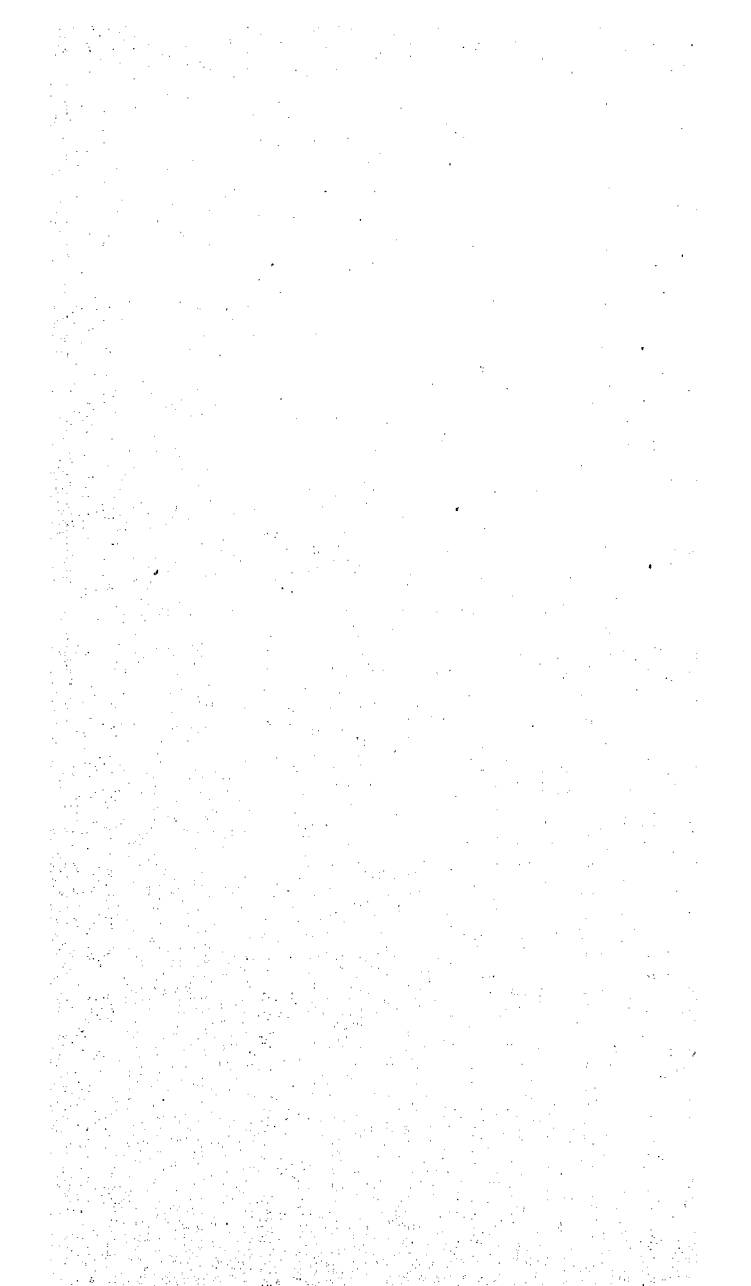
—¡Nos veremos, tío Claudio!—Y desapareció tras la tapia. El marqués hizo lo mismo, pero no fué sin arrojar antes esta última despedida:

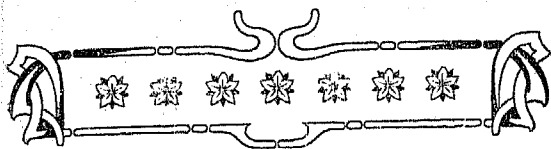
—Adiós, hombre incivil.

El tío Claudio, no pudo aguantar y se lanzó a la tapia, acometiéndola con

la muleta. «¡Ah, si hubiera sido aquella pared entonces la cabezota gris y antipática del marquesillo insubstancial, cuánto fuera el gozo del caballero del *Limón!*» Y golpeaba el pobre muro con delirante complacencia, como si en efecto, hubiese tenido al odioso personaje bajo su muleta para satisfacción y desahogo de sus iras.







II

Otra escaramuza.

Mientras el tío Claudio dedicábase cumplidamente, a la ruda labor de apalear el muro, decía de un modo entrecortado, a medias palabras, porque la cólera impedíale hablar:

—No, señor; no aguanto más a estos marqueses de mis pecados. ¡No quiero sufrirlos! ¡Qué insolencia! ¡Qué osadía! Yo tengo la culpa; yo, que me quedo así, como un bobalicón, teniendo en la mano el remedio para calmar todos mis males. Yo tengo la culpa... Yo. Yo...

Sonó en esto una risilla sutil, y el tío Claudio levantó la cabeza; el asom-

bro... el terror, podría decirse, paralizaron su sangre; estaba allí otra vez el temible enemigo. Era la marquesita. Estaba allí, diciéndole:

—Pues aplíquese usted ese remedio, pronto, prontito, que está usted muy echado a perder, tío Claudio.

¡Qué burlón, qué risueño, qué dulce, qué bondadoso, en fin, era el semblante de la marquesita, entonces! Reía, reía siempre, con una franqueza, con una malicia, que hubiesen hecho enternecer a otro viejo menos testarudo: ¡Ah, ya lo dije; no se vencía de cualquier modo al viejecito del *Limón*! Pareció tomar fuerzas súbitamente, cuando la muchacha hubo acabado de hablar y dijo en tono de mofa, para atacar sin duda con otra clase de armas a un contrincante de tanto cuidado:

—¡Con que se burla usted de mí, señora marquesa! Voy convenciéndome de que no habrá modo de meter a usted en cintura.

Ella respondió con mucha seriedad:

—Volví otra vez sin que me viese mi padre, porque quería quitar a usted la rabieta; porque quería hacer las paces con usted; pero voy convenciéndome también: no hay modo de que sea usted más comedido.

—Yo soy... lo que soy.

—Eso; ahora lo ha dicho usted: usted es... lo que es: ¡Un oso de la Siberia disfrazado de hombre!

—Y usted un figurín intrigante, huero y quebradizo, con apariencias de mujer.

—¡Gracias! ¡Qué respetuoso con las señoras!

—¡Gracias, digo yo! ¡Qué respetuosa con la ancianidad!

—¡Y qué modales!—añadió la joven con deliciosa pedantería.—¡Sangre plebeya al fin! No lo negará usted.

El viejo no podía resistir que aquel lindo pimpollo sin años y sin experiencia le devolviese con prontitud aterradora, golpe por golpe.

—¡Sangre plebeya, sí! ¡Sangre co-

lorada!—respondió con terrible explosión, arremetiendo a la tapia otra vez con la muleta, como si alancease a su enemigo.—¡Sangre colorada... y muy caliente..., aunque mis cabellos estén blancos! ¡Sangre colorada y no como la de usted, que es azul! ¡De añil! ¡De lo que usa mi lavandera para la ropa!

—¡Horror! gritó la marquesa ante aquel tiro, asestado cruelmente a su orgullo de dama linajuda. — ¡Páselo usted bien, señor mío!

—¡Abur... y hasta nunca!

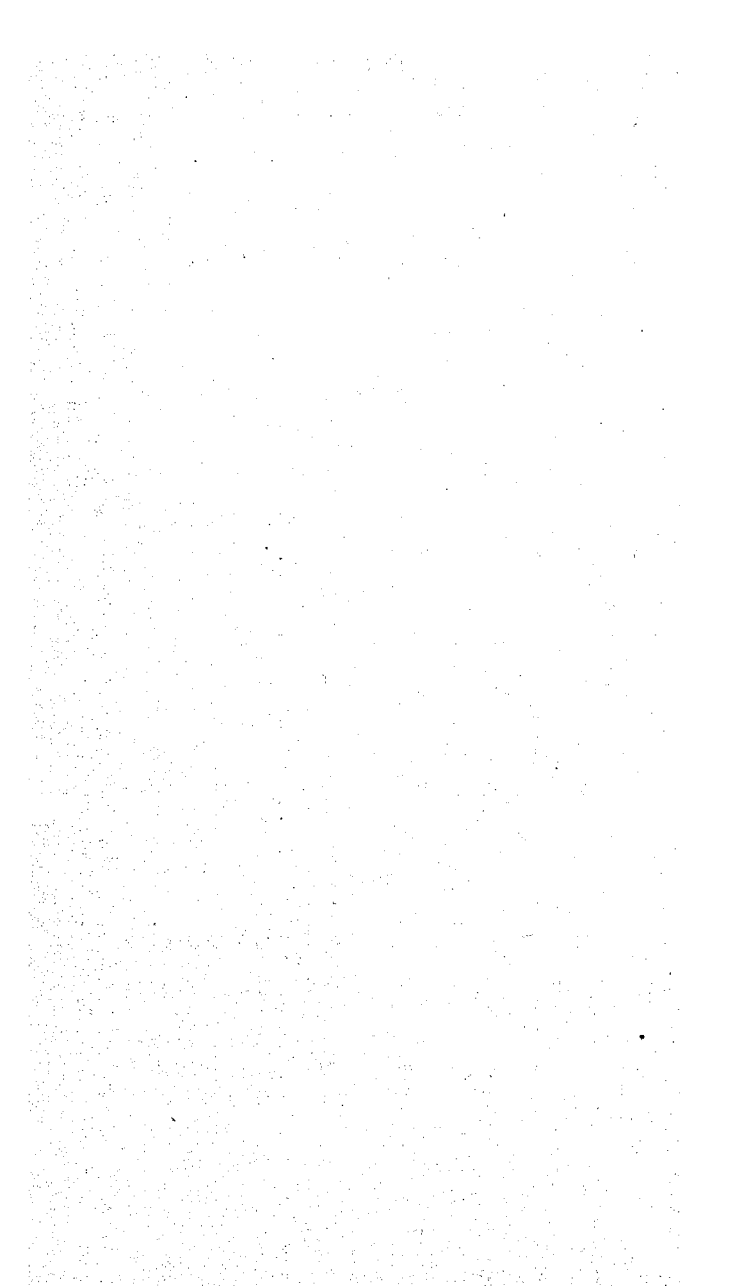
La marquesa, indignadísima, había desaparecido detrás del muro; pero cuando el viejo empezaba a disfrutar el encanto de su victoria, asomó súbitamente otra vez la linda cabeza, con gesto de burla y gran expresión de risa, y gritó como un estallido:

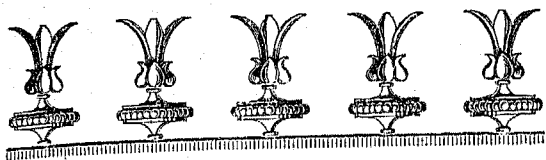
—¡Monstruo!

El tío Claudio levantó la muleta, como para defenderse de aquella deli-

ciosa y trágica visión; pero la cabeza había desaparecido, oyéndose detrás de la tapia aquella risa del diablo, como un tropel de notas sonoras.







III

Dulces memorias.

Poco antes de que Matilde hubiese desaparecido, habíase acercado al viejo otra persona; era Agustín, su criado de confianza. Este Agustín era viejo también y vestía como el tío Claudio, con poca diferencia. En la casa se le amaba y respetaba por su bondad y su buen humor constantes. La servidumbre decía *Padrecito*; he de advertir que la servidumbre era antigua en la casa, tan antigua casi como su dueño. El tío Claudio, conviene advertirlo también, pedía poco a su servidumbre; que se hablara siempre de su difunta mujer como de una santa,—lo que a las bue-

nas gentes les era facilísimo, porque la pobre muerta fué, en realidad, una santa en vida,—y que se pensase en el hijo único que su mujer le había dejado, como se piensa en un sér sobrenatural que esté por encima de nosotros; tal era la adoración del viejo hacia su hijo; pero la gente de la casa tampoco tenía reparo en poner al hijo en los cuernos de la luna, porque el hijo era un portento. En realidad, el tío Claudio fué mimadísimo por la suerte; reunió grandes riquezas negociando en lo que otro se hubiese hundido, por mucho saber y actividad que desplegara; cúpole en suerte una mujer de educación perfectísima, de gustos exquisitos, que amaba al esposo y al hogar, que adoraba a su hijo, en quien supo inculcar en hora oportuna sentimientos de honor y principios de saber, preparando su inteligencia de niño y de adolescente para estudios graves, a los que se lanzó en su juventud con verdadera vocación y avidez de sabio.

El tío Claudio, que era ante todo hombre cabal y honradísimo, y de un talento superior que sabía disimular muy diestramente con su gramática parda, sufrió el dolor de la pérdida de su mujer, pero hasta en eso le mimó la fortuna; porque la honrada esposa, modelo de inteligencia y de virtud, se alejó de su lado para siempre cuando Alfonso, el hijo adoradísimo de los dos, tenía ya en su sangre la savia divina que ella, prudente y noble, había sabido prestar.

Fué una madre como no abundan. Dió a luz un hijo y luego supo dar a la sociedad un hombre.

Muerta la mujer, lanzado el hijo a su carrera, viajando, estudiando, trabajando siempre, haciendo, en fin, su nombre famoso, el feliz viejo pasaba en el *Limón* la vida, acordándose siempre de su mujer como si viviese, soñando en aquel hijo a quien adoraba, y derramando favores a manos llenas entre aquellos que a su casa llamaban...

y entre los que no llamaban, porque sabía acudir oportunamente—que es una gracia milagrosa—allí, donde las grandes desdichas estuvieran, para remediarlas pronto y bien, con *enérgicos* reactivos.

Su amistad, su distracción, era Agustín; con él charlaba de su mujer; con él charlaba de su huerta, de sus flores, de los triunfos de su hijo, de sus proyectos para cuando el hijo volviese—aquel hijo, sabio ya, e ingeniero de gran renombre.—Agustín era, por último, el depositario de sus penas desde hacía algún tiempo... ¡Desde que se presentó en la huerta de *Marrubiales* la linda marquesa que tanto hacía padecer!

Estaba Agustín delante del viejo, sin hablar, limitándose a oírle, respetuoso y afable. El tío Claudio quedó con los ojos fijos en la tapia, como hablando aún con Matilde, después que ésta hubo desaparecido. «¡Echarle en cara a él su condición plebeya! Porque

eso, y nada más que eso, era lo que acababa de hacer la impertinente damita. Bien. ¿Y qué? Con aquella condición humilde y sin faltar a nadie, había sabido hacerse hombre... Y se atiborró de dinero... Eso; dinero honradamente ganado, para hacer después muchos beneficios a los pobres. Y para dar de comer a muchas familias...» ¿Es verdad, Agustín?

Y Agustín sonreíase con bondad, asintiendo silencioso.

—¡Porque no soy un mano muerta! Porque lo que es mío es de los demás, y no estos hidalgotes que se envuelven en su túnica de papeluchos viejos para tratarnos con la punta del pie... ¡Vanos! ¡Egoístas! Más útil he sido yo a la humanidad, cargándome los ladrillos auestas, en mis obras, que todos esos gentiles cargándose la conciencia de pecados, en otras obras—¡y no pías!—de que no quiero hablar siquiera. ¿Es verdad, Agustín? No, y eso no lo digo yo solamente... Lo dice

él también: ¡mi Alfonso! ¡Mi gran hombre!

Las últimas palabras las pronunció el tío Claudio temblorosamente; el recuerdo de su hijo bastaba en cualquier ocasión para calmar su ira, si estaba iracundo; para hacerle desistir de un mal pensamiento, las poquísimas veces que su conciencia honrada lo abrigase.

—Del señorito quería hablar a usted, —exclamó Agustín prontamente, con la esperanza de que se calmara del todo.—¿Qué habitaciones va a ocupar? ¿Las de la planta baja o las que ocupó hace dos años, junto a las de usted?

—¡Conmigo, conmigo siempre!

Y el tío Claudio estremecíase de felicidad, pensando en lo cerca que iba a tener a su hijo después de dos años de ausencia, y de los grandes triunfos que había recientemente conquistado. Pero no habiéndosele ido aún del pensamiento aquella cabecita risueña y burlesca, que poco antes desapareció de la tapia, añadió por lo bajo con viva

expresión de encono, única vez que estuvo de mal humor en su vida después de haber pensado en su hijo:

—¡No sabes tú, cabecita loca, lo que vale la nobleza de un plebeyo! —El cuarto de arriba, ¿oyes?, —prosiguió después prontamente, volviéndose hacia Agustín. —No hay más que quitar un poco el polvo, porque se limpia con frecuencia. Sus libros, sus armas de caza... Que todo quede tal como ha estado desde que él se marchó.

Retirábase Agustín, pero el tío Claudio le encargó todavía con grandes miramientos:

—¡Sobre todo, hijo, la caja del *Stradivarius*! ¡Que no se le toque, por Dios!

Y con una volubilidad propia de la infancia y de la vejez solamente, añadió conmovido:

—Dí, Agustín; ¿te acuerdas de cuando su pobre madre le daba la lección de música?

—Ya lo creo; —respondió Agustín

suspirando;—¡era una gran profesora!... en el violín particularmente.

—Y la afición que sacó el pequeño!,—exclamó el tío Claudio, orgulloso.—¿Te acuerdas de *El vals de la vida*!

—¡Qué música!—murmuró Agustín moviendo la cabeza.—¡Y cómo tocaba el vals el señorito Alfonso! ¡Y qué inspiración la de la señora, que en el cielo esté, cuando lo compuso!

—¡Como que lo compuso para su hijo! *El vals de la vida*, era la vida misma de aquella santa, como encarnándose en el corazón del muchacho...

El tío Claudio no pudo seguir; sus ojos se humedecieron. Agustín, afectadísimo, decía, enjugándose los ojos:

—No, pero en estos dos últimos años, pocas ganas habrá tenido el señorito Alfonso de música.

—¡Cállate... Cállate y no me lo recuerdes!,—murmuró el viejo como si el alma le faltase.—¡Y yo sin saber!...

—¡Es un hombre..., todo un hombre!

—añadió Agustín, y siguió enjugándose las lágrimas fieramente.

—Pero mira, Agustín. ¿Te parece bien que dos hombres como nosotros se echen a llorar ahora como dos mozolajillas? Hablemos de otro asunto. ¿Dónde está ese mozo de cuadra que hemos admitido anoche?

—En Córdoba; no tardará.—Y Agustín guardaba el pañuelo con rostro seráfico.

—Bien; cuando venga, le dices que estoy esperándole; un encargo le dí, y como lo haga a conciencia, quizás descubriremos al ladrón de los claveles antes de mucho; todas las noches están faltándome los claveles; luego todas las noches entran aquí para llevárselos. ¿Sí? Pues esta noche pongo unas trampas y cae... ¡Y que no sepa yo quién es! Es cosa de perder el juicio. De ahí al lado—añadió reflexivamente, aludiendo a la huerta inmediata—no puede ser el ladrón... Porque yo querré poco a esa marquesilla insubstancial y frívo-

la, pero no hasta el punto de caer en una sospecha así, sin desecharla inmediatamente.

El tío Claudio siguió haciendo deducciones: «Si no era la marquesita, ¿no podría ser alguien de su casa?»

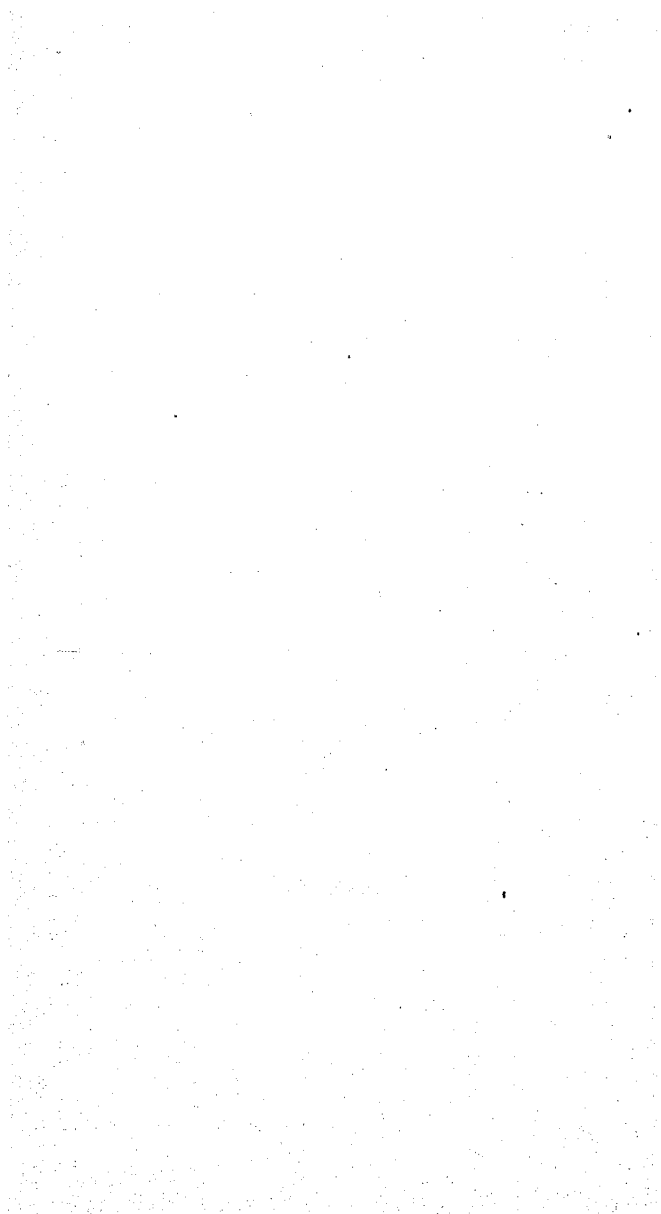
Hablaron bastante aún... Se fué Agustín, y el tío Claudio, sentándose nerviosamente, sacó una carta del bolsillo del pecho. ¡Era una carta del *gran hombre*! Iba a leerla por centésima vez. Aquel rincón de la huerta estaba silencioso, un silencio dulce, interrumpido vagamente por el murmullo del agua y el susurrar de las hojas. Allá fuera, el campo parecía arder; las cigarras cantaban con furia.

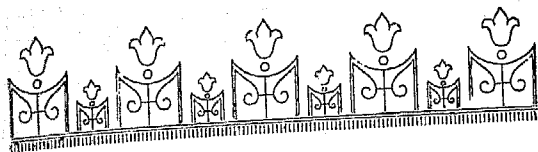
Por un instante creyó que aquellos murmullos imperceptibles casi del agua y de las hojas era la respiración contenida de Matilde, que se asomaba otra vez al bardal. Volvió la cabeza con inquietud y respiró tranquilamente; no, no había nadie. Preparóse a leer; la quietud era entonces absoluta; nada se

oía, ni el murmullo de la fuente—así lo creyó el viejo,—ni el canto de las cigarras, ni el susurrar de las hojas siquiera, pero el tío Claudio miró otra vez atrás; la tapia era su pesadilla; tenía siempre clavada en el corazón, como un puñalito de oro, la mirada risueña y maliciosa... No, en la tapia no vió a nadie. En aquel momento detúvose un pajarillo en el caballete, allí, donde estuvo apoyado el pecho de la marquesita, y el tío Claudio se tranquilizó del todo. El pájaro, con sus ojillos negros y brillantes, de cuentecillas de cristal, y su piquito a medio abrir, parecía decirle gravemente:

—Vaya, hombre, empieza a leer, que yo estoy alerta.







IV

Donde la muñequita feudal interrumpe al tío Claudio en la lectura de una carta, con otros detalles interesantísimos de que juzgará el lector.

Pero no leyó aún; quedóse con la carta en la mano, profundamente reflexivo. «¡Dos años de ausencia... y en los dos años, cuántas zozobras al pensamiento de que podría morir sin ver más a su hijo!... ¡Si le pudiera ver su madre! ¡Pero estaría viéndole!» El viejo confiaba. «Hay un mundo mejor para las almas buenas; un mundo divino donde todo se vé... Donde todo se sabe...» Interrumpiendo su monólogo, miró la carta y continuó des-

pués en alta voz, con alegría de niño:

—Aquí está... No me canso de leerla... ¡La carta de mi ingeniero! ¡De mi inventor! ¡De mi gran hombre! ¡Al pensar alguna vez que *este hijo* es hijo mío, se me figura que voy a morir de orgullo!

Como había leído la carta mil veces, leyó ahora al azar en el primer párrafo en que sus ojos se fijaron: «Y gracias a Dios, podré abrazarte ya, dentro de unos días.»

—¡Unos días que están pareciéndome siglos!,—exclamó el viejo;—pero todo llega y llegará también la hora del abrazo.

Leyó otra vez: «Terminantemente prohibido venir a Córdoba a recibirme: y como mi señor padre es un poco testarudo, no diré el día de mi llegada; de modo que me presentaré en el *Limón*, Dios mediante, como llovido del cielo.»

—Sí, eso,—murmuró el tío Claudio melancólicamente,—y yo aquí, penandito, sin saber qué hacer. Vamos, leeré,

que es mejor, porque si lo pienso mucho voy a enfadarme otra vez, y bastante me enfadé ya con esa muñequita de biscuit.

Miró a la tapia con recelo, pero la cabeza luminosa de la muñequita no estaba allí; allí sólo vió al centinela, con su piquillo entreabierto y las cuentecillas brillantes de sus ojos, diciéndole:—¡Aquí estoy yo!

«No, no vayas a la estación; quiero que nuestro primer abrazo sea en nuestra casa, en nuestro hogar, rodeado de tus flores y de mis recuerdos, viejo mío. Quiero besar tus canas por vez primera, después de dos años increíbles de lucha, ahí, donde nació y murió mi madre, donde pasé mi niñez, mientras tú trabajabas como un negro para asegurar el porvenir de tu hijo...»

El viejo no podía más; se ahogaba; por las mejillas llenas de arrugas caíanle unos lagrimones como puños.

—¡Vamos,—dijo,—leer estas cosas es morir de alegría!

Se enjugó las lágrimas temblorosamente, y siguió leyendo: ¡«Qué lucha! ¡Qué triunfo! Descubierto el filón, a mí solo me cupo esa gloria... ¡Y cuando ya nada esperaba! ¡Si no lo hubiese conseguido! ¡Me aterra pensarlo! Yo era responsable de todo... Hubiera muerto, créelo... ¡Tantos capitales comprometidos! ¡Se hubieran arruinado muchas casas!... ¡Sí, mi muerte!... Mi deshonra... Y sin el consuelo tuyo, para más amargura, porque nada te decía. No quise que participaras de mis terrores. Pero vencí... Vencí, porque pensaba en mi padre; porque recordaba el ejemplo de su perseverancia y de su fe. ¡A ti te debo mi triunfo!... ¡Triunfa también conmigo, viejecito adorado!»

No pudo continuar; el papel le temblaba entre los dedos; el llanto cegábale los ojos; aunque tantas veces leyó la carta, en ocho días—desde que llegó a su poder,—siempre le produjo su lectura igual impresión... En tal estado

hallábase cuando sonó detrás de él cierta risita que le hizo el efecto de una campanada tremebunda. Después de la risa, salió una voz... ¡Ay, cómo conocía el viejo aquella voz antipática! Sí, era la voz de Matilde, la odiosa marquesita, que estaba allí otra vez para su tormento. El tío Claudio miró desoladamente a la tapia. No era ficción; Matilde estaba allí; el pajarillo había volado... ¡Ah, traidor! ¿Era eso lo que habías prometido?

Guardó la carta y enjugóse el llanto calmosamente. La voz resonaba implacable; el puñalito de oro hundíase hasta la cruz. ¡Dios mío, qué tono de admiración burlona el de la damita de *Marrubiales*!

—Pero ¿qué es eso?... ¿Está usted llorando?... Pero ¿usted llora también?

—No debe extrañarle,—respondió el viejo, con una dignidad que le sentaba a maravilla.—Eso de llorar es cosa muy plebeya y baja; el llanto, el verdadero llanto, es de gente inferior.

Si usted... con la pureza de su sangre, llorara alguna vez, lo ocultaría por orgullo; mis lágrimas puede verlas quien quiera; lo que tal vez no diría yo a todos, y a usted mucho menos, es el motivo de ellas.

El viejo había hablado de todo corazón; la joven mirábale sin sorpresa; conocíase que estaba acostumbrada a estos discursos de su enemigo; pero lo que el viejo no podía observar, era el interés afectuoso que había siempre detrás de aquel tonillo burlón de aparente frivolidad que le indignaba tanto.

—¡Qué cosa más rara!,—díjole con mucho mimo.—¿Y por qué a mí me lo diría usted menos que a nadie?

—Porque no lo merece usted... Porque una niña que se burla de un viejo, no puede tener corazón bastante para llorar con ese viejo sus penas o sus alegrías.

—¡Burlarme yo!—repuso la joven, ocultando difícilmente la emoción que le produjo la voz conmovida del tío

Claudio.—¡Pobre viejecito mío! ¿Vé usted? Pues ahora mismo le revelaría un secreto de buena gana.

«¡Viejo mío! ¡Así le decía el *gran hombre*! El tío Claudio se afectó profundamente: aquella cabecita de luz que asomaba por la tapia, no le pareció entonces tan odiosa; pero disimuló también y dijo agriamente:

—Yo no soy confesor.

—Vaya, tío Claudio, lo mejor es que me marche: usted lo pase bien.

Habló muy enfadada; hizo demostración de bajar la escalera; descendió un peldaño: iba a desaparecer; veíase solamente el rabito del moño detrás del muro; pero cambió de idea, sin duda, porque apareció la cabeza otra vez rápidamente, y amonestó así al viejo en una lamentación cómica:

—Pero hombre, ¿por qué no dice usted que me quede?

—Porque no la necesito a usted.

—Ea; pues voy a quedarme contra la voluntad de usted... Y voy a decir-

le... Pues voy a decirle que tiene usted muy mal genio.

Y no reía entonces; su voz era como antes, mimosa y dulce. El viejo pensó irse, pero deteníase a su pesar, sugestionado, sin comprenderlo.

—Sí, señor,—segufá ella,—un genio muy malo; por eso reñimos a cada instante; verá usted lo que me pasa: cuando reñimos, me separo de usted irritadísima, creyéndole una fiera sin domar; y me prometo no mirarle a usted más a la cara; pero pasa tiempo, un poquitín, sólo un poco; y ya va usted pareciéndome de otra manera; creo entonces que la voz de usted se suaviza, que la mirada de usted se endulza... y no sabe usted de lo que me acuerdo. ¡Lo que son las distancias! Pero me aproximo a usted otra vez, como incauta mariposilla... y sus primeras frases ¡ay! me prueban que todo ha sido un sueño.

Y al hablar así, había que ver el mimo, la coquetería, la expresión ado-

nable de aquel rostro juvenil, de aquella mirada, acariciadora y pura, de aquella boca, como tierno capullo de flor entreabriéndose. El viejo murmuró taimadamente, casi vencido.

—¡No, lo que es a gitana, no hay quien le gane!

Matilde había callado; pero inmediatamente, acordándose quizás de sus últimas palabras, añadió entre un suspiro, mitad cómico, mitad serio:

—¡Ay... soñar!

—¡Qué!...—preguntó el viejo muy admirado.—¿Suspiritos ahora?

—Tío Claudio. ¿Y si yo le dijera que es usted quien me pone a soñar algunas veces?

—¡Demonio!... ¡Si se habrá enamorado de mí esta local!

Y el tío Claudio, al tener esta ocurrencia, se echó atrás asustadísimo.

—Tío Claudio..., ¿usted cree en los presentimientos?

—¿Ahora sale usted con esa tontería?

—Pero hombre, para usted todo es tonto y frívolo. Yo quisiera que me explicase usted qué entiende por sensatez y qué entiende por seriedad.

—No se lo explico a usted, porque no me comprendería.

—Gracias, eso será como el llanto del plebeyo... Como si cada criatura del mundo, de arriba... o de abajo, rica... o pobre..., no tuviese su corazón en su sitio... para reír... para llorar... y para perder la cabeza.

El viejo oía y miraba a la joven como dudando; pero después tuvo que rendirse a la verdad; el acento de la marquesita quiso aparecer al pronto indiferente, pero a las dos o tres palabras se hizo tembloroso, luego entrecortado... Concluyó de hablar, ¡Dios!, ¿era ficción lo que el viejo veía? ¿No era llorar aquello? ¡Sí, llorar! ¡Llorar! El tío Claudio tomó glorioso desquite, exclamando en tono de burla, exageradamente admirativo:

—Pero ¿qué es eso, señora marque-

sa? ¿Está usted llorando? ¡Usted también llora!

—¿Quién... yo? ¡Llorar yo!,—dijo la joven riendo y enjugándose las lágrimas. —¡Qué tontería! ¿De dónde sacó usted eso, tío Claudio?

El viejo gritó entonces ufanamente:

—¿Lo ve usted? ¡Oculta usted que llora! ¡Eso, eso es vanidad! Y detrás de ella, todo lo que sigue en las grandes damas de hoy:

Poniéndose las manos en la boca a guisa de pantalla, como para decirlo misteriosamente, añadió marcándolo mucho:

—Ignorancia... y mojigatería.

Y golpeando en el suelo con la muleta, se alejó en triunfo.

—¡Qué viejecito este!,—exclamó Matilde compungida.—¡Es una bala rasa!

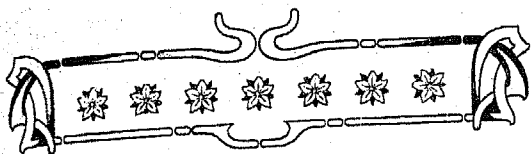
Y alzó la voz para decir, suplicante:

—Tío Claudio, se porta usted muy mal conmigo!

El viejo se alejaba sin volver la cabeza, y la marquesita clamó otra vez, desoladamente:

—¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!





V

Nuevos encuentros.

El tío Claudio sintióse de pronto con deseos de afirmar su triunfo; volviéndose a Matilde, la interrogó prontamente, entre burlón y airado:

—¿Por qué no me porto bien con usted? ¿Porque a su orgullo no le llamo dignidad? ¿Porque a su ignorancia no le llamo ilustración? ¿Porque no llamo a su mojigatería beatitud?

—Vamos,—dijo Matilde de muy mal humor.—¡Cuando yo digo que me pone usted a soñar! Bueno, puede usted marcharse.

—¡Pues ya no me voy!... No me voy, no; y si la pongo a usted a soñar, no será, sin duda, por el afecto que yo la inspire.

El rostro de la joven se dilató con una sonrisa deliciosa: sus labios moviéronse para decir mimosamente, como una verdadera niña:

—¡Y usted qué sabe! Vamos a ver, —añadió en el mismo tono;—dígame usted por qué estaba llorando y yo le revelaré... mi secreto.

—Pues bien: lloraba de satisfacción..., ¿usted lo sabe? De satisfacción porque tengo un hijo que es mi orgullo y mi alegría. Un hijo a quien estoy aguardando de un momento a otro, después de dos años crueles de ausencia.

Y el viejo hizo entonces esfuerzos grandes, que no se le escaparon a Matilde, para no llorar otra vez.

—¡Un hijo!, —exclamó ella muy admirada, —será como usted..., ¡con unas manazas llenas de vellos...! ¡Con unas espaldotas para cargarse a cuestras los

ladrillos!... ¿Es verdad, tío Claudio?

Y sonreía con mucha bondad, quitando con la dulzura de su entonación lo que sus palabras pudieran tener para herirle.

Pero el viejo no entendía de argucias; se indignó nuevamente. «¡Era el colmo! ¡Burlarse de su hijo! ¿Y no había de conseguir que aquel diablo de marquesita, hinchada y vanidosa, se las pagase juntas?» Quedó mirándola un momento, como si con los ojos la hubiera querido matar, y gritó súbitamente volviéndole la espalda:

—¡Usted lo pase bien!

—¡Ay... espere usted, tío Claudio! ¡Espere usted, por Dios!, —clamaba Matilde. ¡Venga usted, que ya no lo haré más!

Y le tendía los brazos desde la tapia, riéndose.

—Vamos, ¿qué ocurre?

Y el viejo se aproximó otra vez receloso. «¡Haberse burlado de su hijo!»

—Quiero decirle a usted..., —añadió ella con mucho misterio, cuando le tuvo próximo... Pero con una flexibilidad sorprendente, que hubiera aturrido al hombre de más calma, cambió de entonación y agregó quejumbrosa:

—¡Pero hombre de Dios, sea usted galante! ¡No me tenga usted así, en la escalera, que se me clavan los pies en estos palos afiladísimos! Invíteme usted amablemente..., así, verá usted:

Y añadió en tonillo pedante, de dignidad y mesura, como para enseñar al viejo formas de sociedad:

—Señora marquesa, estará usted incómoda así; pase usted a mi huerta..., a mi casa, que es la suya; yo tendré mucha satisfacción en hacerle los honores...

Se hubiese reído cualquiera de la seriedad cómica—así puede decirse—con que la marquesita habló y accionó para aleccionar al viejo; pero éste, desde que volvió atrás, llamado por la joven, parecía preocupadísimo por

algún pensamiento tenaz; notábase bien, porque no lo disimulaba. Cuando ella acabó su discurso, mostróse satisfecho, como si hubiese dado al fin con la solución de algún grave problema. No se sabe de dónde sacó el viejo de pronto una actitud y un tono tan dignos, tan amables, tan llenos de caballerosidad y cortesanía.

—Señora marquesa,—dijo inclinándose,—perdone usted las extravagancias de un pobre viejo; somos vecinos desde hace dos meses, y cometí la falta—¡que no tiene perdón!—de no haberla visitado para ofrecer a usted mis respetos... Mis achaques sean mi disculpa... y la buena fe con que le brindo este modesto rincón... ¿Sería usted tan generosa que quisiera favorecerlo?

A medida que el tío Claudio hablaba, iba Matilde manifestando exageradamente su asombro y satisfacción; cuando acabó él, empezó ella a palmo-tear gritando y riendo:

—¡Ay..., pero... qué bien le ha salido a usted! ¡Si parece increíble! ¡Digo, y sin haberlo ensayado ni nada!

—¡Señora marquesa!,—gritó el viejo, furioso.—¿Usted necesita un payaso para su recreo, o una persona de educación para su sociedad? Sepa usted si es así, que nosotros, los que pasamos una vida entera de trabajo, tenemos tiempo, generalmente, de aprender también formas cultas; y entre vosotros, los del privilegio divino, habrá alguno que aprenda educación, es posible; pero a trabajar no aprende nadie.

—¡Bravo! ¡Bien, tío Claudio!—exclamó la joven en tono que no puede decirse si era burlón o serio...—¡Y gracias por la invitación...! Ya verá usted... Ya verá. Voy a vestirme; luego, a Córdoba; y cuando vuelva de Córdoba le haré mi visita. ¡Cuando yo le digo que va usted a ver! ¡Adiós, tío Claudio! ¡Adiós, hasta luego! ¡Un beso...! ¡Otro! ¡Otro! ¡El último!

Dejando de reir de pronto, las meji-

llas encendidas, flotándole suavemente las guedejas de las sienes, húmedos los ojos de vida y juventud, radiante, luminosa, le arrojaba besos con ademanes llenos de gracia. Le arrojó el último.

El encanto deshízose inmediatamente.

La visión había desaparecido.

—¡Anda con Dios, cabecita de pájaro! ¿Pensabas que el pobre viejo iba a ser la distracción de tus ocios sin tomarse su desquite? ¡Ya verás...! ¡Ya verás lo que yo te preparo! ¡Ya verás, muñequita de marfil y rosas! ¡Qué mujeres y qué raza! ¡Y de estas muñequitas de cristal y de esos lechuguinos esmirriados de los salones, ¿va a venir la generación que nos redima?

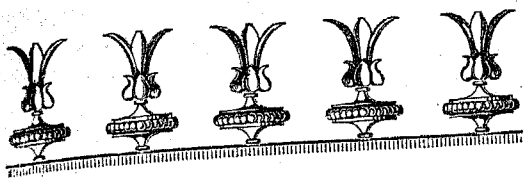
El viejo movía la cabeza melancólicamente en sentido de duda.

—Y es lástima,—añadió preocupado:—está muy malita; ya tuve ocasión de observarla; padece de sangre azul, y mojigatería aguda. ¡La epidemia de

los poderosos! ¡Pobres! ¡Si supieran el daño que hacen a los demás y el que se hacen ellos mismos! Pero no; dicen que el mal lo hacemos nosotros... los liberales; los bárbaros; los renegados. ¡Renegar yo, Dios misericordioso!;—murmuró apagadamente, fija la mirada en el cielo, rebosando ternura y emoción.—¡Renegar yo de ti, que me colmas de felicidades y que me bendices en mi hijo!

Quedó así un momento, en actitud grave, llena de melancolía. No se acordaba de Matilde; pensaba en su mujer y en su hijo, uniéndolos en su corazón, como dos suaves y serenas figuras luminosas.





VI

Conoce el lector al inclito «Troncho» y el nuevo plan de guerra del tío Claudio.

De aquel grave y silencioso recogimiento, le sacó la presencia de un singularísimo personaje. El tío Claudio le miró con sorpresa; había motivo; nada más opuesto que la persona que se había presentado, por su cabeza enorme, su frente estrechísima, de idiota, sus ojillos grises, saltones, su bocaza descomunal de perro de presa y su cuerpo grandullón y destartelado, con aquellas dos figuras unidas por un nimbo de luz, donde tenía puesta su alma el viejecito del *Limón*, cuando

tan importunamente le interrumpieron.

¿Qué *mandasté*, mi amo?—preguntó el individuo, con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña,—*man* dicho que viniera... y vengo.

Pero la sorpresa del tío Claudio se disipó inmediatamente; era un hombre templadísimo y muy cabal; sólo le disgustaban e impacientaban sus odiosos vecinos, aquellos aristócratas de *mala muerte*.

—¡Hola, ¿eres tú?—dijo muy afable;—tenemos que hablar... Pero, a todo esto, tú ¿de dónde eres?

—¿Yo? *Pos* de Cabra. ¿*Osté* se enterá? Ya me lo preguntó el *señó Ajustín* anoche. ¿*Osté* se enterá?

—Sí que me entero. ¿Y qué hacías en Cabra?

—*También* me lo preguntó el *señó Ajustín*. ¿*Osté* se enterá?

—Sí que me entero; y yo te lo pregunto ahora. ¿Qué hacías allí?

—*Pos rabiá... y aluego encima...*—
Detúvose el personaje en su discurso,

como si no supiera qué decir, arrugado el entrecejo, chispeantes los ojillos grises como dos cuentecillas microscópicas, y apretados los puños.

—Y *aluego encima*, ¿qué te pasó? Vamos a ver: dilo con franqueza. ¿Qué hacías allí?

—¿Allí?... *pos... pos...* ¿Osté se entera?

—Lo que es ahora no me entero de nada.

Al tonillo irónico del viejo camastrón, alzó el hombre la cabeza, confuso y encontráronse las dos miradas.

Estarías sirviendo, ¿es verdad?

—*Pos* sí, que estaba.

—¿Te echaron o te despediste?

—*Pos* me echaron.

—Muy bonito... ¿Y por qué te echaron?

El hombre abrió una bocaza descomunal, para sonreirse y contestó modestamente:

—¡Por bruto...! ¡Ya *vostél*!

—¡Qué injusticia!—declamó el tío

Claudio muy grave. — ¿Y qué hiciste para que te echasen? ¿Qué brutalidad fue?

— ¡*Pos... pos... pos denguna!* ¿Osté se entera?

— Todavía no; tú, vé explicándote.

— *Pos verasté;* yo estaba en la noria sacando agua.

— ¿Sacando agua?

— *Pos sacándola;* y me dijo mi amo el *señó Cristoba;* me dijo... dice:— Mira, anda vé *ar* molino del *Roquete* y dile a la Josefica e mi parte, que la *aspero* esta noche, sin que *naide* lo sepa en la *cañá e las pita.* ¡Que ya *eya* sabe! Pero que dé *jel recaó mu bien daito...*— Interrumpióse de pronto el narrador, y preguntó al tío Claudio en tono fiero, enarbolando los puños. — ¿Y por qué me echó a mí *er señó Cristoba, vamo já ve?*

El caballero del *Limón* que parecía escucharle embobado, respondió tranquilamente:

— Ahora lo veremos. Lo que es tú darías el recado; ¿es verdad?

—*Pos mu bien que lo dí. ¿Osté se entera? ¡Y las fatiguitas que pasé! ¡Como que había llovío mucho la noche ante... Venía el río... que daba mieu, y lo que es la sua estaba tapá toítica. Er molino se veía ¡ayá... ayá! ¡Mu lejo! Y yo, en la oriya sin poé dir. Y la Josefica ayá tamién, en la puerta er molino... y la puerta er molino atestaita gente que tampoco poía venirse a la partacá. Y yo, como que tenía que dá mi recaó, ¿a que no sabosté qué pesqui tuve?*

—*¿Esperaste a que bajara el río?*

—*preguntó el viejo calmosamente.*

—*¡Quiá!*

—*¿Se lo dijiste a la Josefica por señas?*

—*¡Quiá!*

—*¿Te echaste a nado?*

—*¡Quiá! Pa que se enterara bien la Josefica, saqué resueyo, y le dí el recaó con toa mi gana; asina; verasté—y el individuo de Cabra, se puso las manos alrededor de la boca en forma de em-*

budo, y tomando resuello, fieramente, como lo hizo sin duda en la orilla del río, a la *partacá*, gritó con toda su alma y con todos sus pulmones. «¡*Joseficáaal*! De parte de mi amo *er señó Cristoba*, que *vayasté* esta noche a la *cañá e las pita*, sin que *naide* se entere... ¡Que ya *osté sabeee!*»

—¿Pero no te encargó tu amo que nadie se enterara?

—¡*Mía éste!*—exclamó el de Cabra, triunfante y resollando como una fiera, por el anterior esfuerzo;—encargó que *naide* se enterara *pa* la *Josefica* *dir*, pero a mí no me encargó *er secreto pa dá el recaó*.

El viejo del *Limón* estuvo considerando un instante a su nuevo mozo de cuadra; su primer pensamiento fué romperle la muleta en la cabeza; iba ya a levantarla, para asestar el golpe, cuando otro pensamiento vago detúvole. ¿Por qué extraña anomalía, al considerar silencioso y admirado aquella cara inconcebible de imbécil, pensó en la

muñequita de nieve y rosas, en aquel delicioso enemigo, dechado perfecto de inteligencia, malicia y donosura?

—Perfectamente, —dijo, impasible; —la verdad es que tu amo se portó muy mal con un servidor tan listo como tú.

—¡Pero ha visto *osté!* —exclamó el de Cabra dolientemente. —¡*Miosté* que echarme a mí por bruto!

—Bueno; volvamos a lo de antes, ¿qué hacías en Cabra?

—¿*Ayí?*... *Pos* tiraba de la noria.

—Hombre; pero ¿qué oficio es ese?

—*Osté* verá; como oficio yo era hor-telano; pero no había en la *güerta*, na más que una *cabayería*.

—¿Y eras tú la caballería? —preguntó el viejo gravemente.

El individuo soltó una risa descomunal, estupenda, increíble; una risa como un trueno, que trepidó formidable en los cielos y en la tierra.

—¡No! ¡Yo era otra! —exclamó en las últimas convulsiones de la risa. —

Ez decí: yo era yo. ¿Osté se entera?—
Y acabó de reir con un largo jipio.—
Pero no había na más que un mulo, que
servía pa tó; po la mañana, pa yevá
la hortaliza al mercao; ar mediodía,
pa di po agua a la fuente; po la tarde,
pa sacá a paseo ar señorito... ¿Osté
se entera? Y como la hora de sacá el
agua pa regá, era la de salí er seño-
rito, pos yo tiraba... y er señorito
salía.

—Muy bien; tiras... digo, hablas de un modo maravilloso.

—¡Ay, con mi amo!

Y el sujeto, soltó otra vez su espantosa risotada.

El tío Claudio estaba reflexivo; sin duda algo muy grande bullíale en el cerebro; miraba al mozo, como si el mozo fuese un grave problema que estuviese resolviendo en aquel instante.

—¿Y hace mucho tiempo que estás en Córdoba? —preguntó abstraídamente.

—Poco; *mu poquiyo*. *Fartó* en Cabra el trabajo... y me vine.

¡Con que muy poco tiempo! Vaya, hombre; pero mira, después hablaremos; una cosa te voy a preguntar antes que se me olvide. ¿Sabes poner trampas?

—Pa qué, ¿pa cogé gorrione?

—No, para coger granujas.

—¡Ay, con mi amo!

El mozo lanzó su risa estupenda; encontraba al amo graciosísimo; pero el amo añadió impasible, tan impasible como fuera de sí había estado algunos minutos antes:

—¿Sabes o no? Porque Agustín no entiende de eso.

—Pos ya se vé que sé.

—Bien; tú te las arreglas como puedas. A Agustín le pides lo que haga falta. Ven, ven por aquí,—prosiguió, precediéndole hasta el plantel de claveles;—mira, ¿ves este plantel?, pues alrededor quiero que pongas las trampas. Me quitan claveles todas las noches y no quiero que me los quiten más. ¿Te enteras?

—Sí que me entero, mi amo; *oste* verá.

Y reía... reía, abriendo como nunca su gran boca de túnel. El tío Claudio contemplábele absorto; en aquel punto no le preocupaba la idea del ladrón de los claveles; tenía su alma, su corazón, todas sus facultades, en fin, puestas en aquel hombre, aborto de la naturaleza. Sin duda aquel plan que se elaboraba desde hacía un rato en su cerebro emprendedor y astuto, iba alcanzando forma, iba madurándose; su boca entreabríase con una risilla sutil; sus ojillos negros resplandecían de inteligencia y resolución.

—Bueno, hombre, bueno,—y se frotaba las manos alegremente. — Con que hace *mu poquiyo* que estás en Córdoba? — Volvió al banco y sentóse.

—*Mu poquiyo*,—repetía el de Cabra, siguiéndole y riendo sin percatarse de la poca ilación de las ideas del tío Claudio en aquel momento, al pasar

así de las trampas de su plantel a otra cosa tan diferente.

¡Ah, pero no era tan mentecato el viejecito del *Limón*! Aunque pareciese de otro modo, jamás sus ideas habían estado más acordes; era precisamente que las trampas en que pensaba para guardar su plantel, habíanle sugerido la idea de una trampa superior a todas, inmensa, estupendísima, no para guardar claveles, sino para otro más elevado y singular asunto de que tendrá el lector noticias circunstanciales en lugar y hora oportunos.

—Y si llegaste anoche,—proseguía pensativamente,—es claro que no conocerás a la señorita de la huerta inmediata, ni ella te conocerá a ti.

—¿A mí? ¡A mí no!

Y el mozo de cuadra soltó por cuarta vez su risa, tan espantosa, tan fuera de tino, que el mundo pareció hundirse.

—Pero desgraciado, ¿por qué te ríes de ese modo?—preguntó el viejo.

—¡Es mi maña!

—Vaya con la mañita, hombre; pero dime: ¿tú cómo te llamas?

El mozo lanzó un horrendo *jipio* para atajar la risa y contestó muy ufano:

—¿Yo?... ¡Pos Troncho!

—¿Qué dices, criatura?

—Y por mal nombre, Frasquito.

—Bien, prefiero el mal nombre: Frasquito, escucha lo que voy a decirte, que es cosa de muchísima gravedad: tú eres mi hijo...

El viejo no pudo seguir; *Troncho* habíase echado de rodillas, como un costal a sus pies, gritando lastimosamente con los brazos en cruz:

—¡Ay, Dios de mi corazón, quién había de figurárselo! ¡Yo hijo *dosté!* ¡Qué diría mi padre si se enterara!

—Levántate y déjame hablar, hombre.

Se levantó Frasquito, y fué calmándose cuando el tío Claudio se explicó; no era que fuese su hijo, sino que quería que pasase por tal a los

ojos de la marquesita; y le explicó muy bien quién era la marquesita. Además, Frasquito iba a fingir que llegaba de fuera; del extranjero.

—¿Oyes bien? ¿Entiendes?—Insistió el *tío Claudio*, marcándolo mucho: —del extranjero. Y, en fin, vas a declararte a ella.

—¿Y qué es *eclarase*?—preguntó *Troncho* intrigado.

—Hacerla el amor; decirle que te quieres casar.

—¡Ah, güeno, güeno! *Echámela* por novia.

Y *Troncho*, muy divertido con el papel que iba a representar, soltó su risa, aquella gran risa, que siguió su curso hasta concluir en el famoso *jipío*.

—Eso, eso mismo,—díjole el *tío Claudio* cuando terminó;—echártela por novia, y a ver cómo te conduces, que luego tendrás una gran propina.

—Pero ¿*eya* quedará?—preguntó *Troncho* apuradísimo.

—¿A ti qué te importa? Tú haces lo que te he dicho y será suficiente.

—¿Y tengo que *dí* a su casa?,—preguntó de nuevo, con no menor apuro.

—No, que vendrá ella aquí; cuidado con descubrirme ni descubrirete; que esa señorita no te vea ni por casualidad hasta que llegue la ocasión; yo te diré lo que debes hacer...

Apareció Agustín de pronto, inquieto, preocupadísimo con aire de misterio; andaba de puntillas, indicando a la vez por señas que la marquesita llegaba; que estaba ya muy próxima.

—Agustín,—exclamó el viejo apresuradísimo;—llévate a éste y vístemelo al instante de caballero; pero un caballero que tire de espaldas.—Y le hacía gestos furtivos, como queriéndole inculcar así su idea.—¿Entiendes?

—¡Vaya si entiendo!—Y Agustín tiraba de *Troncho* como un energúmeno, porque temía que Matilde se presentase.

El viejo añadía aún, dirigiéndose a Agustín, con el ademán, con la palabra y con sus ojillos chispeantes:

—Cuando concluyas te pones donde no te vea la marquesita, pero que tú nos veas a nosotros; en haciendo yo una seña disimuladamente con el pañuelo, me llamas con mucho apuro, como si fuera cosa urgentísima.

—Bueno, bueno.—Y Agustín tiraba, y el tío Claudio decíale, en fin, a *Troncho*:—Yo me iré cuando Agustín me llame; se quedará la señorita sola y entonces apareces tú. ¿Te has enterado bien?

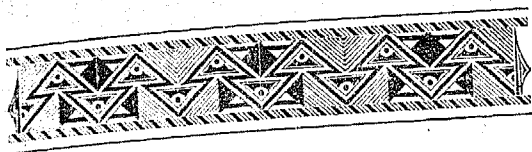
—Sí, sí, mi amo.

—¿Te acordarás de todo?

—Sí, sí, mi amo.

—Vete; llévatelo, que ya está ahí... ¡Anda, que viene!

Se fué Agustín, tirando de *Troncho*. Poco después apareció la marquesita. El tío *Claudio* salió a su encuentro galantemente.



VII

Tiempos pasados.

¿Qué tramaba el tío *Claudio* contra su temible enemigo?... Como en estos momentos el lector se expone a extrañarse en la opinión que pueda formar de mi heroína, conviene decirle, para guiar su juicio, algo de importancia.

Matilde nació en Córdoba, de padres nobles, pero de gran riqueza; perdona, lector, ese *pero*, que te parecerá ahí descabellado; en Córdoba, con algunas salvedades, naturalmente, decir noble es lo mismo que decir ruina. Sería un libro muy curioso y de mucha

enseñanza el que se escribiese de las grandes casas y los grandes nombres arruinados de este país hermosísimo, donde, como en ninguno de la nación, se ve la decadencia de las razas privilegiadas. El autor conoce... ha conocido algunos de estos hogares: entró en ellos, hizo curiosas observaciones de esas espantosas caídas, que producen vértigo, no ya en los mismos desgraciados que las sufren, sino en el pensador que las estudia y reflexiona en el destino de ciertos seres; podrían citarse casos inconcebibles... Pero ¿a qué seguir? Un viejo y una niña, ¿deben ser motivo para estas elucubraciones? Porque Matilde, marquesita de Nervión, era una niña adorable y leal, con grandes y hermosas ideas, que hacían enorgullecer. Estableciéronse sus padres en Madrid cuando ella tenía diez años, y unió la suerte en ella, para más gala, el pronto gracejo andaluz y el finísimo donaire madrileño. Empezaron a educarla en un convento...

¿Cómo era posible de otro modo, tratándose de la hija de un matrimonio rico y aristócrata? El destino de Matilde quiso, no obstante, que saliese del convento cuando su educación no estaba, ni con mucho, concluida. Este gran suceso se efectuó por una causa muy triste: por la muerte de su madre, cuando hacía dos años a lo sumo que la joven entró de educanda. Murió la marquesa, y una ley misteriosa y fatal que influyó extraordinariamente sobre el destino de Matilde, hizo que el marqués, al morir su esposa, creyérase solo en el mundo; lejos de consagrarse a su hija, como un piadoso tributo rendido a la mujer a quien tan locamente amaba, apartábase de ella con repulsión que no podía reprimir. Al poco tiempo, como si la presencia de Matilde le fuese del todo insoportable, le dió por viajar; cuando estaba en su casa algún tiempo—muy poco siempre—no hablaba, no miraba a su hija, aquel sér indefenso, a quien, a vivir

la marquesa, hubiese adorado. ¡No la quería! Su dolor extravagante encontraba repulsivo lo que otro hombre hubiera tomado como un consuelo de Dios. ¡Aquella niña le recordaba demasiado a su mujer! Lo creeréis absurdo, pero era así. Acaso la existencia, los pensamientos, las acciones de la generalidad de los seres, los seres mismos, ¿no son, en resumen, un continuado y estupendísimo absurdo? Al fin, después de arreglar sus negocios como quien está convencido de una muerte próxima, salió de su casa con ánimo resuelto de no volver más. Por fortuna, en medio de sus extravagancias, tuvo un instante feliz: fué el instante en que dispuso dejar al frente de sus negocios y al cuidado de su hija, a un antiguo servidor en quien tenía confianza absoluta. Desapareció, pues, sin que volviese a saber nadie de su interesantísima persona en mucho tiempo. De tarde en tarde, al principio, daba fe de vida al viejo servidor, inte-

resándose, de un modo frío, como de paso, por la salud de Matilde.

No he de hablar de las murmuraciones de los parientes, que eran muchos aunque no muy próximos, cuando supieron que el marqués había preferido confiar su hija a un criado, por bondadoso y leal que fuera. El hombre a quien el marqués confió tan grave empresa había sido mucho tiempo mayordomo de la casa y habíase retirado dueño de una pequeña fortuna que quería disfrutar tranquilamente con su mujer durante los últimos años de su vida. Aceptó el legado, y al encontrarse el viejo servidor padre, puede decirse, de una linda marquesita de doce Añiles, creció en él el amor que ya de antiguo le profesaba, sintiendo a la vez gran zozobra por la responsabilidad que había contraído. No era, no, un pobre diablo; tenía instrucción, y más aún que instrucción, un buen sentido admirable. Sirvió a los marqueses treinta años en calidad de mayordomo, y ama-

ba a sus señores con verdadero amor; de una sencillez, de una probidad, de una rectitud incomprensibles en estos tiempos egoístas de baldón y miseria, entendía perfectamente en toda su extensión la palabra *deber*, y dió toda su imponente solemnidad al deber que contraía aceptando la misión que el marqués le confiara. Después de pensarlo mucho y viéndose dueño de hacer su voluntad, la niña fué sacada del convento, con grave escándalo de los parientes, sin que nadie se pudiera oponer. ¿Qué iba a aprender la niña con las monjas? Se enteró bien el hombre. Perfectamente: pues aquello mismo que lo aprendiera en su casa con maestros famosos, teniendo él así facilidad para estar siempre al cuidado de la educación de su niñita.

Salió del convento sin desolarse, en contra de lo que dicen que ocurre a estas jóvenes, cuando vuelven al hogar después de recibir educación en esos santos retiros. Tal vez los *teó-*

logos conceptúen esta tranquilidad de Matilde, al salir del convento, como pecado gravísimo; pero sumisamente, por mi gran respeto a las cosas de Dios me atreveré a decir en descargo suyo que merecía indulgencia. Con seguridad, hubiese sufrido mucho al alejarse de las monjas, de haber estado más tiempo con ellas, y en otra edad en que ciertas amistades... ciertas afecciones tienen más ocasión de ser verdaderamente cimentadas.

No quiere decir esto que no se afligiera un poco; pero inmediatamente mostróse en su espléndida casa, como una reinecita, feliz de su poder, teniendo como sus esclavos más sumisos a los venerables ancianos que la habían visto nacer en Córdoba la famosa.

No fué refractaria al estudio, lo hizo de buena fe; si en alguna ocasión tenía pereza, la voz del viejo, haciéndola cargo de su responsabilidad si su hijita no resultaba un portento de

ilustración, era tan dulce, tan humilde, que la muchacha, por complacer a su amigo, se aplicaba al estudio con nuevo afán. Algunas veces pedía al viejo que le pagase el trabajo de estudiar que por él se tomaba, a fin de que su honra de *tutor* no padeciera; y, para cobrar..., ponía la mejilla graciosamente. El viejo la besaba llorando.

El respeto, la grave sumisión de todos en aquella gran casa llena de servidores, hiciéronla comprender y apreciar lo ilustre de su cuna; por otra parte, pasaba el *tutor* junto a ella muchos ratos, contándole la historia de su familia, para que la joven la conociese y por hallar motivo de enseñanzas, que desterrasen de Matilde todo orgullo, con ejemplos de aquella misma historia que el viejo siempre sabía encauzar de modo que resultasen en el plinto la modestia y el honor. Le hablaba mucho también de su madre, muerta tan joven, con la pena profunda de dejar a la niñita huérfana y sola...

¡Sí, sola! Lo afirmaba el *tutor*:—no hay compañía para un hijo si su madre le dejó para irse al cielo.

Los parientes, porque no podía ser de otro modo, mordían, rabiando, al *tutor*—mote que, por burla habíanle aplicado,—pero Matilde oíalos en calma perfecta, compenetrándose lo suficiente para poder admirar ciertas cosas... Los viejos humildes y su parentela de grandes personajes fueron, por decirlo así, el primer capítulo que pudo leer, con triste admiración, del libro de la vida; capítulo que le enseñó a deslindar, con tristeza, sí, pero por suerte suya, lo malo de lo bueno.

Fué, en fin, la joven, que ya conocéis. Llegó a los diez y ocho años sin haber sufrido una pesadumbre; lo dejaba comprender en su calma plácida, en aquella dulce jovialidad perenne, que era su más fino encanto. No por eso vayáis a creer que desconocía el dolor del mundo; el viejo amigo había hecho pasar por su corazón, susceptible del bien, el espec-

táculo humano, con toda su miserable tramoya, prudentemente, con tacto feliz, y vivía sin desconfianzas, pero con un sentimiento de prevención, centinela vigilante que siempre iba a su lado. En su carácter, frívolo en apariencia, había un fondo de seriedad y rectitud, tal vez no comprendidos ni apreciados por todos... El viejo *tutor*, a su manera, había sido un mentor muy severo, sencillamente, sin afectación, con una humildad de efecto singularísimo en el ánimo de Matilde. Si Matilde cometía una ligereza propia de sus pocos años y de una niña que sabe que todos sus caprichos han de realizarse, el *tutor* no la reprendía, pero ella adivinaba en la tristeza del viejo una reconvención tan dulce, que le hacía bastante más efecto que un castigo durísimo.

Su educación fué muy esmerada, sin que esto sea decir que la que le daban las monjas no lo fuese también... De la santa casa trájose con ella, aunque sólo estuvo allí dos años y aunque

sólo tenía doce, un orgullo desmedido de su nacimiento. No supo el *tutor* a qué atribuirlo, como no fuese al trato con las otras niñas. Confió, sin embargo, en que esta propensión al orgullo del linaje desaparecería con el tiempo junto a él, pensando—y tú juzgarás, lector, si con poca o mucha cordura—que lo que más ennoblece a un poderoso es la sencillez y el olvido completo de su condición privilegiada en el trato con sus inferiores. Con secreta alegría vió su afán realizado; podía creerlo así, ante aquella tranquila posesión de sí misma que empezó a demostrar la joven, en aquella calma jovial que no le hacía perder su condición de gran señora, en su trato sencillo y en su corazón franco, propenso a la lealtad y a la ternura. No era una romántica, ni una modernista; era una mujer. ¡Oh, dulce nombre, que tan gran tesoro de armonías encierras en ti!

Pero llegó un tiempo en que la influencia del *tutor*, sobre la joven no fué

tan directa ni sugestiva. Matilde se lanzó al gran mundo—era lógico;—lo pensó el viejo suspirando; estaba en la edad. Entre sus parientes había una duquesa viuda, joven, hermosísima, oráculo de la moda en ese gran mundo, la más altiva, la más bella, la más admirada y envidiada mujer de Madrid. Presentó la duquesa a Matilde, y Matilde alcanzó un gran triunfo; no lo extrañéis; Matilde, por su gran fortuna, era un partido soberbio para los egoístas; pero lo era también para los hombres de corazón por sí misma, aparte de su mucha riqueza y su gran nombre. Había algo indefinible, pero que atraía lentamente, hasta subyugar, en su cuerpo menudito y esbelto, de formas purísimas; en su rostro oval, blanco, con una blancura que tenía algo de celeste; en aquellos ojos grandes, negros, de transparencias inconcebibles en su misma negrura, como esos lagos tranquilos en cuyo fondo, allá, muy profundo, se ve copiado el cielo, y en aquella

boca primorosísima de donde jamás salió palabra dura para rico ni para pobre, valvulilla misteriosa y admirable, dispuesta siempre a dejar irse aquel dulce humorismo de su inteligencia profunda, velada por una tranquila modestia, sin alardes estúpidos, en donde veíase a leguas la marca especial del viejecillo *tutor*, que tan cumplidamente lo había sabido hacer.

Pero llegó una hora bien crítica para Matilde; se debió este instante psicológico al influjo grande que empezó a ejercer en su ánimo la duquesa de que ya tenéis noticia, contrarrestando la del *tutor*; fué un pugilato increíble, del que nadie se percataba, el que se entabló entonces entre el *tutor* y la gran señora. Supo hacerse ésta indispensable al lado de Matilde; en todas partes las vieron juntas, en los teatros, en los salones, en los paseos, en las iglesias; a la una, con su aire frío y desdeñoso, mirando desde su carruaje, desde su palco—desde el primer lugar

siempre—a los demás humanos como un Faraón a las multitudes; la otra, bella, serena, con su cuerpo de tallo de flor, su mirada profunda y dulce y su calma plácida de ángel y de mujer.

Se unieron de tal modo, que los pobres viejecitos casi estaban olvidados; nunca el *tutor* había hecho uso de su autoridad para con Matilde y le hubiera sido muy penoso hacerlo entonces; pero observó con dolor que su obra paciente y sufrida la estaba destruyendo aquella gran dama, que creía que Dios hizo el mundo expresamente para que ella lo esclavizase. ¡Gran Dios! ¿Y no podía decirse que la pobre niñita era para la soberbia señora un esclavo más? El viejo lo veía con tristeza profunda; Matilde, sin perder nada aún de aquel fondo de sencillez y rectitud, dejábase influir demasiado por la duquesa; la duquesa se burlaba finamente de su elevación de pensamiento, de la jovialidad tranquila, que era su más dulce adorno, de aquella propen-

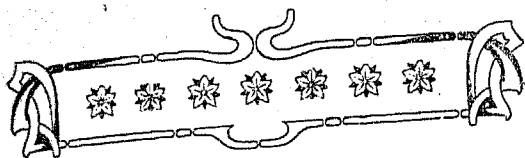
sión a la sencillez, particularmente en el trato con seres inferiores, que era en lo que el *tutor* había puesto principal ahinco; todo, en fin, lo que embellecía y engrandecía su carácter fué asunto de sátira en su parienta y amiga, pareciéndole cosa baja y de mal gusto. ¡No fué estéril la obra del gustano en la fruta sanísima! Matilde hallóse en ese gran momento crítico de su existencia, llevado a él por dos fuerzas impulsoras bien aquilatadas: la de la duquesa y la de su *tutor*. Hallábase Matilde como un viajero ágil, fuerte, ansioso de ver mundo, detenido en una senda que se bifurca de pronto y no sabe cuál de los dos nuevos caminos ha de seguir, época peligrosísima que el viejo *tutor* lloraba silencioso con lágrimas de sangre. De aquellas dos nuevas sendas, una, la que había seguido hasta entonces, era la mejor; así lo pensaba el viejo dolorido; otra, la mala, la que tan sencillamente iba a emprender, cogida de la mano de

la mujer funesta que en mal hora se atravesó en su camino. Los dos primeros alarmantes retoños que el *tutor* aterrado vió brotar en aquella finísima rama llena de jugo y hermosura, fueron aquel orgullo del linaje que ya el viejo había tenido ocasión de observar otra vez, y una afición que él encontraba irritante a las cosas de la iglesia, amalgamadas, como en el gran mundo se estila, con las diversiones de teatros, bailes y otros variadísimos *sports*, que son a la iglesia y aun a las cosas de iglesia, lo que a Dios el diablo.

¡Cuán verdad es que, para el estudio de un carácter no habría suficiente en ocasiones con varios volúmenes! Todo lo que dejo dicho no son más que apuntes, en fin; pero creo que bastan para que el lector forme idea justa del estado moral de Matilde. Matilde era el imán donde venían a converger las oscilaciones de aquella gran batalla, misteriosa y singularísima, que

entablaron la arrogante duquesa y el modesto *tutor*... ¿Qué camino seguiría Matilde? ¿De quién sería el triunfo?





VIII

El misterio.

Por este tiempo y al cabo de siete años el marqués empezó a hacerse más asequible; primero, una carta muy breve con sellos de la China o de la Cochinchina... del fin del mundo. Afirmaba en el papelito que había alguna novedad en su importante salud y anunció vaga, muy vagamente, como algo nebuloso la probable vuelta. A don Mariano—este era el nombre del mayordomo,—no le extrañó la noticia; hablando con verdad, la esperaba hacía algunos meses. Es lo fijo que el *tutor*

veía largo hasta más no poder, aunque no lo pareciera y, unido esto a su gran corazón, bajo un exterior casi rústico, hacían de él un hombre inapreciable. Había combinado la cosa con mucha calma, sin hacer a nadie revelación de sus maquinaciones. Había puesto un cebo al marqués, y el cebo, precisamente, fué Matilde, aquella pobre Matilde a quien tanto desvío tuvo el fantástico señor desde un principio. El mayordomo había ido inclinando el ánimo de Matilde hacia su padre de tal manera, cuando empezó a darse cuenta de la vida, que brotó de ella misma el impulso de escribirle. El marqués fué sorprendido con una carta que le produjo efecto muy hondo, sin que pudiese analizar si aquel efecto había sido favorable o contrario. Recibió otra después y después otra, acostumbrándose al fin a las cartas de Matilde; hallaba en ellas un aroma extraño de originalidad y ternura que le hacía conmover unas veces y sonreír otras. El *tutor* estaba

al tanto de lo que la muchacha escribía, sin decir una palabra en pro ni en contra; dejábalo ya todo a su gran instinto de mujer y a la inspiración de su juicio sereno. En su correspondencia con el marqués, respetuosa y breve, no aludía nunca el mayordomo a las cartas de Matilde. ¡El marqués contestó al fin! La primera carta de su padre fué para Matilde un triunfo; su lectura produjo un estallido de risas y lágrimas; no vayáis a creer por esto que el marqués se había extendido en su epístola; no había más que tres renglones de letra inconcebible por lo dificultosa y descomunal, para decir que le eran agradables sus cartas y que podía seguir escribiéndole. ¿Por qué el marqués había resuelto escribir a su hija? Fué consecuencia de una astucia del viejecillo *tutor*; y fué esta astucia indicar a Matilde, como al descuido, que tal vez las cartas si eran frecuentes podrían turbar al señor marqués y distraerle de sus *muchas ocupaciones*. Matilde, sin

explicarse la razón de aquellas palabras de su viejo amigo, lloró a solas y no escribió más a su padre. Entonces escribió el marqués. Había empezado a echar de menos aquel dulce aroma de inocencia y amor de las cartas de su hija. Cuando ella, loca de felicidad, mostraba orgullosamente al mayordomo lo que su padre había escrito, diciéndole:—¿Ves? ¿Ves como no le molestaban mis cartas? ¿Lo ves? ¿Lo ves, viejo tonto?—El viejo tonto alejábase sonriendo y pensando muy ufano:—¡Ya le cogió! ¡Ahora es cuando viene!

Detrás de la primera carta del marqués llegó otra, aunque fué muy esperada por la muchachita; sucediéronse después con intervalos más tranquilizadores; por último, todas las cartas de Matilde fueron contestadas con exactitud, normalizándose así una correspondencia que vino a demostrar al padre, en resumen, que había cometido un error abandonando a esta criatura en-

cantadora, de corazón inmenso, de voluntad firme y de juicio grave y sorprendente para considerar el mundo y las cosas del mundo; y la hija, que no era todo insensibilidad en aquel padre a quien sus parientes, con mucha razón si se reflexiona, querían hacérselo ver como un desnaturalizado; pero el *tutor* estaba allí para contrarrestar con su prudencia y ternura las malas semillas que en el corazón de la muchacha pudiesen germinar.

Esta noble evolución que iba operándose en aquellos dos corazones, no impedía ni menguaba la sugestión peligrosa que la gran duquesa ejercía sobre el espíritu de Matilde; por eso el *tutor* ambicionaba con gran ahinco el momento suspirado de que el padre regresara.

Es lo cierto que un día inesperadamente se presentó el marqués en su palacio de Madrid, a los ocho años de ausencia, y Matilde creyó que moría de felicidad al verse en brazos de aquel padre tan querido. El marqués estaba

viejo, muy viejo; la vida en realidad no le había sido grata; aquella cabeza blanca prematuramente no era nuncio para Matilde y el mayordomo de que la felicidad del marqués hubiese sido mucha, en su ausencia de tantos años. Pero nadie tuvo la indiscreción de aludir a la misteriosa ausencia; hallábanse los tres demasiado contentos con el presente dichosísimo: Matilde, por hallar un padre, no como el *tutor*, sino un *padre verdadero*; el marqués, porque veíase de pronto acompañado en su soledad inmensa, y el mayordomo, porque era feliz con la felicidad de aquellos tan amados señores. Es la vida: aspirar a la felicidad siempre; creer que se encuentra alguna vez; no tenerla nunca.

La casa del marqués adquirió un movimiento y animación extraordinarios; pero el marqués apareció melancólico siempre, abstraído; sólo conseguía animarle, haciendo brillar en sus ojos y en su sonrisa un destello de luz, la figura mágica de Matilde. Grandes

inquietudes parecían combatir la existencia de este hombre, bueno en el fondo, pero fatalmente equivocado siempre. Ya lo dije: su único acto feliz había sido pensar en el viejo mayordomo para que cuidase de aquel tierno sér, abandonado en edad peligrosa, cuando más necesitaba de protección y cariño. Haciale morir de un profundo terror la idea de que hubiese podido estar desacertado en escoger al pobre viejo para la misión delicadísima y abrazábale, henchida el alma de gratitud, por su abnegación y desinterés. Quería consolarse pensando que su indiferencia para con Matilde fué aparente; que había escogido al mayordomo para compañero de su infancia y su juventud, si no con mucha meditación, con secreto instinto de que no se equivocaba. Quería disculparse también del abandono en que dejó a su hija alegando el amor inmenso que a su mujer tuvo y el dolor que le producía la contemplación de aquel pequeño ángel, por su parecido singular

con la adorada mujer; pero con estos sofismas no pudo descargar su conciencia de una acción vituperable. Bien. ¿Y qué logró en aquellos ocho años de inercia, de abandono absoluto de su hogar, de sus negocios, de todo contacto, en fin, con la humanidad civilizada? Hacíase esta pregunta constantemente y era otro motivo secreto de terror y cavilaciones. Encerrábase con el *tutor* largas horas; de estos conciliábulos salía el mayordomo con la frente sombría, y el marqués pálido y taciturno, hundiéndose entonces en un mutismo desconsolador. Matilde, feliz con tener a su padre, no profundizó más, ni pensaba en otros asuntos; tanto el marqués como el mayordomo disimulaban como se hallase presente; por otra parte, la gran duquesa habíase apoderado otra vez de Matilde, lo que traía al viejecito *tutor* bastante entristecido.

Tomó de pronto la vida del marqués nuevo rumbo: su melancolía y taciturnidad aliviáronse un poco; salió de casa

con más frecuencia; rió ya y bromeó con Matilde; su corazón parecía haberse abierto a la esperanza; una actividad feliz fué apoderándose de él; llegó al fin al punto de dejarse ver en las horas de la comida solamente en aquel viejo palacio donde Matilde pasó su niñez y su juventud sola como una lucecita de amor. El pobre mayordomo no parecía satisfecho de la nueva faz que presentaba el carácter del marqués. Al verle salir, de prisa, preocupadísimo, movía la cabeza suspirando; y al ver luego, solas, desanimadas, en silencio profundo las habitaciones de Matilde que vivía siempre bajo la dura garra de oro de la gran duquesa, un sentimiento mortal apoderábase de aquel viejo corazón esclavizado como todo su sér al amor de sus señores.

Pero Matilde se mostró de pronto muy preocupada; algunos accesos de melancolía a los que siempre fué refractario su temperamento igual y equilibradísimo llenaron de inquietud el cora-

zón del *tutor*; esto duró un mes; súbitamente, aquel estado de preocupación y melancolía entró en un período que pudiéramos llamar agudo, y Matilde se encerró en sus habitaciones, sin ganas de hablar con nadie, ¡oh caso estupendísimo!, ni con la gran duquesa tampoco; ni con esta sin igual señora que había logrado ser el alma, el pensamiento, la esencia, en fin, de la vida de Matilde. Inútil es decir que la resolución de Matilde fué un alivio para el viejo *tutor* dentro de la gran alarma que aquel estado de ánimo de la marquesita logró inspirarle.

El marqués estaba ausente; había marchado a París dos días antes a asuntos urgentísimos. Como Matilde pareciese decidida a no salir de sus habitaciones, el *tutor* creyéndola enferma, tembloroso, tímido, con lágrimas de amor y ternura, le propuso llamar al médico... Matilde contestó sonriéndose:

—No, no.

—¿Pero qué te pasa entonces?

Y el viejo la contemplaba admirado.

—Me pasa que quiero irme a esa huerta de Córdoba que tantas veces he oído a usted alabar y que no conozco. Y yo,—añadió mirándole con maliciosa coquetería,—como soy tan obediente, en cuanto usted me lo mande arreglo las cosas para partir mañana mismo con la madrecita—la madrecita era la mujer del *tutor*—si usted no puede acompañarme.

—¿Pero qué es esto?—repitió don Mariano, cuya alarma crecía.

—Lo que le dije.—¡Corriendo, corriendo, mándeme usted que me vaya a mi huerta de Córdoba! ¡Pero ande usted y no se quede así como caído de las nubes!

Y Matilde, al hablar, reía de un modo adorable, el medio más seguro y rápido de que el *tutor* la complaciera.

—No me dices por qué quieres abandonar a Madrid,—exclamó él, preocupado;—respeto tu silencio, pero

júrame que este viaje no obedece a cosa alguna seria que luego nos hagas sentir... No, no, he hecho mal, añadió de pronto muy conmovido, perdóname. Confío en ti.

Matilde repuso gravemente:

—Haría el juramento, pero es mejor decirte la verdad y cumplo así mi deber contigo, diciéndote lo que tal vez no le diría a mi padre.

Le echó los brazos al cuello, y añadió muy bajo y en voz temblorosa algunas palabras que el viejo oyó conmovido.

La besó después en la frente, diciéndole:

—Hija mía, mañana te irás a tu huerta de Córdoba.

Al otro día se presentó la duquesa como un torbellino en casa de Matilde. Iba a arrancarla de su clausura—frase textual.—El *tutor* salió a su encuentro, e inclinándose profundamente, exclamó en tono helado que cortaba como un cuchillo:

—La señora marquesa se ausentó esta mañana de Madrid por bastante tiempo.

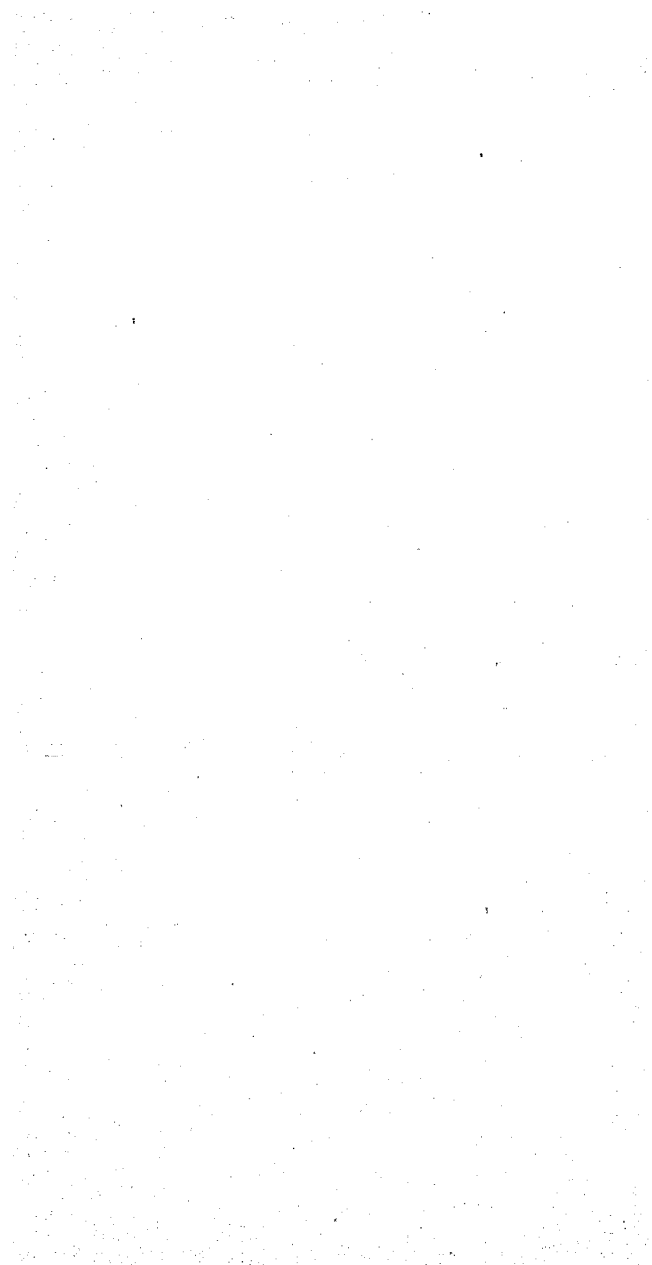
—¿Adónde fué?,—preguntó la gran señora soberbiamente.

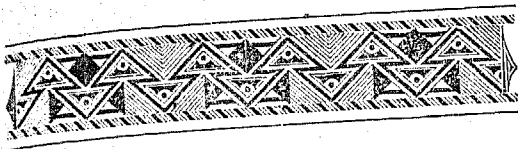
—No lo ha dicho.

Miráronse un momento los dos mantenedores...; ella, feroz de orgullo; él, rebosando alegría. Volvió ella la espalda de pronto y salió sin hablar. Volvió él la espalda asimismo, frotándose las manos de satisfacción y murmurando en tonillo de triunfo:

—¿Y ahora?







IX

En Marrubiales.

Hasta mucho más tarde no se supo qué secreto fué el que Matilde reveló a su anciano amigo. No tenía casa en Córdoba, y dirigióse desde la estación a *Marrubiales*. Las fincas del *Limón* y *Marrubiales* estaban juntas, pero aisladas las dos en la sierra. La vecindad de Matilde era sólo la del *tío Claudio*, y aun no le satisfizo; hubiera deseado un aislamiento total, como si su alma necesitara reposo absoluto.

No tenía así trato con nadie; la esposa de su *tutor*, excelente mujer que

la amaba con delirio, no pecó nunca de comunicativa; su doncella limitábase a desempeñar sus funciones. Los criados que allí había hablaban con pocas personas, sin que llegase *el eco* a oídos de Matilde, como supondréis. Le agradó mucho esta soledad, que contrastaba tanto con su anterior existencia, agitadaísima.

Necesariamente tuvo que conocer al *tío Claudio*, por estar las dos huertas unidas, limitadas sólo por una pared de poca altura. La curiosidad femenil pudo más que su deseo de aislamiento; una tarde se asomó a la tapia, y con quien primero tropezaron sus ojos fué con el *tío Claudio*. Matilde se acordó inmediatamente del *tutor*; era el *tío Claudio* un viejecito venerable como él, pero sin la timidez, sin la dulzura de su fiel amigo. En los ojitos negros, de vivo mirar, del *tío Claudio*, en la decisión de sus ademanes, en su palabra breve y segura, halló un atractivo que fué cautivándola poco a poco. Bien dis-

tinto del *tutor* era el *tío Claudio*; pero no podía pensar Matilde entonces hasta qué punto iba a ser el uno continuador de la obra del otro.

Cuando se conocieron, el *tío Claudio* tenía ya noticias de ella; sabía que en Madrid estaba *el ama* de *Marrubiales*, una damita que nunca salió de la corte—para visitar a Córdoba, a lo menos,—lo que era ya para él un precedente malísimo. «Quien no guarda amor en su alma por la tierra en que nace, no merece nacer.» Este cargo que el viejo le hacía ya sin conocerla, era precisamente lo que menos podía preocupar a Matilde, y mucho menos entonces, acabada de salir de manos de la soberbia tía... o prima—no se conoce bien ese detalle,—que tan tristes gérmenes había sabido arrojar en aquel surco, barro dispuesto, que no les fué posible moldear del todo a las monjas porque se interpuso el *tutor*; que no acabó de moldear el *tutor* por haberse interpuesto la duquesa, y que no acabó

de moldear la duquesa por un suceso misterioso, de gran importancia en el destino de Matilde.

El *tío Claudio* había intentado por segunda mano comprar a *Marrubiales*, pero halló siempre una negativa seca, y no contribuyó poco esto a que la damita le pareciese más antipática.

Marrubiales estaba en poder de un jardinero. No iba nadie nunca, a no ser algún curioso, a quien se le diera permiso para visitar aquella admirable posesión, cuya huerta constituía su más hermoso y principal atractivo; aquella huerta donde se admiraban flores maravillosas, mucho más que los tulipanes de que ya oísteis hablar, que eran la desesperación del *tío Claudio*. ¡Ay, él había tenido ocasión de ver estas flores varias veces, lo que no es de extrañar, siendo vecino y residiendo siempre en el *Limón*.

Si él estaba prevenido contra la dama de *Marrubiales*, no quiero decir nada cuando la marquesa, después de haber tenido con él el primer encuentro, y haber *obtenido* de él un saludo frío y ceremonioso, supo que era un ricacho, antiguo maestro de obras; ¡ella que estaba tan acostumbrada a los obsequios y adulaciones de todo el mundo! Ni el apellido del buen señor se sabía... ¡Ni hacía falta! ¡¡¡El tío *Claudio*!!! Llamábanle así solamente, sin que ningún nacido se cuidase de otra cosa... ¡Y que no mostraba el viejo mucho orgullo porque le llamasen así! «Era un nombre que no lo había heredado de nadie. Se lo conquistó él solo.»

Se halló Matilde bien en la sierra. Al principio, sus discusiones con el tío *Claudio* fueron una distracción; después, una necesidad. Encontraba en el viejo un atractivo inexplicable; un poco aficionada a indagar el porqué de las cosas, aquella inclinación al tío *Claudio* solamente podía atribuirle a su comple-

ta soledad, y a ser el viejo la única persona de su trato desde que llegó a la huerta.—Quería encontrar otra causa, en el parecido, hasta cierto punto, del *tío Claudio* con su *tutor*, a quien ella amaba sinceramente.—Lo que no podía resistir eran las ideas espantosas de radicalismo que el viejo complacía en esparcir a los cuatro vientos con osadía feroz y desdén absoluto a todo cuanto tuviese que ver con privilegios de raza y demás puntos relacionados con divinos orígenes. ¡Vaya un tonito agrio y ferozmente irónico el del viejo contumaz refiriéndose a tan sagradas cosas!

Menudearon las entrevistas, y el lugar de sus encuentros fué siempre el mismo: la tapia, el viejo en su huerta y la joven asomada a la tapia de la suya. Concluían siempre por tirarse los trastos a la cabeza, asustada la joven de aquel jacobino furioso (así llamaba al viejo), y el viejo indignado contra aquella almita dañada con el virus de preocupaciones aborrecibles.

Lo que en primer lugar combatió el *tío Claudio*, sin saber el juego singular que al *tutor* hacía, fué aquel *mal retoño* de rancios privilegios—palabras del *tío Claudio*—que la duquesa acababa de reverdecer en el corazón de Matilde. La odiosa muñequita feudal— así la llamaba también el *tío Claudio*— hallábase completamente desahuciada; era un fruto podrido. Matilde oyó los primeros días estas cosas, y retirábase de la tapia, haciéndose cruces, muerta de horror; pero volvía otra vez... para oír lo mismo y retirarse con gran enojo, sin perjuicio de volver de nuevo y volver siempre, para oír la eterna cantilena que tanto la horrorizaba y tanto la atraía.

Concluyó por hallar una diversión en aquellas rociadas tremebundas del viejecito, y alejábase riendo cuando le había hecho rabiar a su gusto. ¡Ah, no se daba cuenta, de este modo, de lo que el *tío Claudio* iba llevando con lentitud, insensiblemente, al parecer, a su

corazón; pero fué, en resumen, la última y más portentosa obra de este maestro!

Eran horrores tan espantosos los que el *tío Claudio* lanzaba algunas veces, que la muchachita echábase a temblar, y se santiguaba con una devoción, para vista y no para que se explique, lo que hacía estallar toda la máquina nerviosa del viejecillo. Entonces había que oírle. Ella reía, poníase a meditar luego a solas, y se acordaba, al fin, riéndose de nuevo, de su intransigente parienta. «A propósito, la tengo que escribir,» pensaba sin apelación en estos momentos; y siempre, sin apelación también, dejábalo para otro día. No la escribió nunca.

A todo esto, de la vuelta a Madrid no se hablaba. Contra lo que la buena esposa del *tutor* figuróse al principio, la estancia en la huerta iba a prolongarse no poco. Matilde no pensaba en Madrid, ni en sus fiestas, ni en ningun-

no de los atractivos que allí la podrían llevar.

Se levantaba y hacía su visita al viejo; oía siempre la andanada feroz y ya tenía tema para meditar o reír, según estuviese su ánimo. Lo repito; había una simpatía misteriosa en el corazón de Matilde para aquel viejo que tan cruelmente la fustigaba. ¿Qué tenía su vecino, para que ella le considerase y estimase de un modo tan extraordinario, cuando tan poco hacía él para merecerlo? Esta pregunta hacía se Matilde y concluyó por no estar satisfecha de las razones que se daba a sí misma, para justificar su inclinación misteriosa.

De noche, encerrada en su habitación era cuando solía entregarse a sus melancólicas abstracciones. Cierta sorpresa agradable interrumpió aquella vida normal y monótona. El marqués se presentó una mañana como llovido del cielo. «Iba a reunirse con su hija porque no podía estar más tiempo separado de ella; quería ver a *Marrubia*»

les, donde no había estado desde el fallecimiento de la marquesa; pensaba hacer allí reformas que habían de encantar a Matilde: iban a vivir allí juntos siempre, si ella deseaba más la tranquila existencia de *Marrubiales*, que el artificio y ajetreo de la corte». Hablaba alegre, animadísimo; pero Matilde no cayó en el lazo; aquella alegría y animación exageradas diéronla mucho que pensar; todo era fingido, todo era estudiado, para que ella no penetrase algún oculto dolor de su corazón.

En efecto, la animación del marqués duró poco; vióse acometido de aquella huraña tristeza, de tal modo, que Matilde concluyó por notarlo. Una honda preocupación, la misma de otros días, más exaltada y cruel ahora, estaba hiriéndole. Sintió Matilde en lo hondo de su sér aquella herida que adivinaba en su padre, y que no le era posible cicatrizar. Le consoló, sin embargo; su naturaleza confiada y noble la hizo alentar, observando que el marqués se reanima-

ba... que tenía momentos de feliz expansión. Indudablemente *Marrubiales* era una panacea; la compañía de Matilde no ayudó poco a que el buen señor recobrase de vez en cuando la animación de otro tiempo. Al oír hablar a su hija de la vecindad de aquel *tío Claudio* originalísimo, deseó conocerle. No se visitaron; el marqués tenía muchos humos, y no los tenía menos el *caballero del Limón... aquel* hijo de *sus obras*. Matilde encontraba un singular placer en oír las reyertas que exasperaban a los dos viejos; las fomentaba algunas veces; distraían a su padre, y era la verdad que el *caballero del Limón* no se encontraba a gusto como transcurriesen dos días siquiera *sin alboroto*.

Un suceso de que no habían tenido noticia el marqués ni el *tío Claudio* ocurrió una semana antes del día en que los habéis conocido. Matilde, al leer unos periódicos, púsose pálida; la buena señora que le había servido de madre algunos años, la esposa del *tutor*,

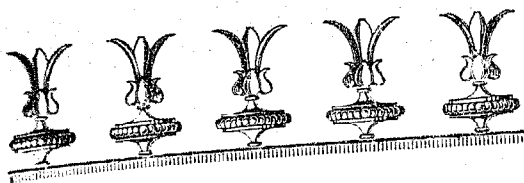
estaba a su lado: vió que desfallecía y corrió a ella. Matilde la abrazó para no caer, y así, abrazadas, permanecieron un momento. Después la acometió una crisis nerviosa; salió de ella llorando mucho... Después nada; guardó los periódicos cuidadosamente, y siguió en su vida de la sierra tan monótona al parecer, con el aliciente único de sus polémicas con el *inaguantable* vecino.

Desde el día de los periódicos y la crisis misteriosa, pareció buscar Matilde con más insistencia el trato del vecino, como si quisiese olvidar de este modo algo secreto y anormal que la agitara. Hacíale rabiar, mareábale, aturdíale, concluyendo por conseguir que el pobre *tío Claudio* diese el estallido.

El viejo no estuvo nunca en *Marrubiales*, ya lo dije; era lógico que Matilde no fuese tampoco al *Limón*. Pero aquella misma tarde se había propuesto Matilde *estrechar* las distancias, valiéndose de todos los medios que su imagi-

nación le sugiriera. Ya visteis que lo consiguió. Yo también conseguí, con mucho trabajo, dar todos esos detalles que creía precisos. Perdóname, lector, si no fui más breve. No pude. No supe.





X

Las extravagancias del tío Claudio.

Nunca, hasta entonces, había visto el *tío Claudio* a su temible enemigo tan cerca; lo examinó con curiosidad y pronto aquella curiosidad convirtiéndose en admiración; nada más gracioso y señorial que aquella damita blanca y risueña, de ojos negros, dulcísimos, acariciadores y serena frente. Observábase tanta nobleza y majestad en su cuerpo de niña, tanto candor y dulzura en su boca perfecta, que el *tío Claudio*, sin dar a entender sus impresiones en un gesto ni en una mirada, sintióse bien junto a

ella. Ella mirábale tranquila y feliz, como si aquel paso dado para obtener la intimidad del viejo lo considerara cual una grande aspiración que se realiza.

Aunque no se lo demostrasen el uno al otro, ella por su orgullo de hembra linajuda y él por su soberbia de plebeyo—que es la más terrible soberbia que se conoce, cuando se trata de un plebeyo encumbrado por *sus obras*—establecióse entre los dos una atracción inexplicable, esa afinidad que une con frecuencia las almas de los viejos y de los niños.

El gestillo irónico, imperceptible casi, de la marquesita, apareció nuevamente, al decir al *tío Claudio*, con su voz de timbre delicioso:

—Accedí a su atenta invitación... y aquí me tiene usted.

—¿Gracias... señora marquesa! ¡Aquí, siéntese usted aquí!—y el viejo la llevó hasta un banco que había a la sombra de unas acacias; el sitio era delicioso; una brisa juguetona parecía salir

como soplo fresco de las verdes enredaderas de campanillas blancas y azules y de los frondosos árboles; el agua caía en el pequeño pilar de mármol de la fuente, bulliciosa como nunca, destrenzando al caer sus cordones de cristales, como de regocijo de contemplar a Matilde,—aquella flor delicada de estufa,—y desbordándose del pilar, deslizábase por la canalilla del apisonado arrecife, como ancho festón de plata con que se ornamentara el suelo.

—No dirá usted que me hice rogar...

Pero no se sentó. No acabó de expresar tampoco su pensamiento; quedóse como suspensa al ver en aquel instante, entre un macizo de claveles, unas cuantas matas tronchadas, y añadió, con un airecillo impertinente de burla, pero tan suave, tan sutil, que el *tío Claudio*, que las cogía al vuelo, como suele decirse, quedó dudoso.

—¿Aquellas matas tronchadas son las de los claveles que le han quitado a usted?

—Aquéllas, sí,—repitió el viejo con los ojillos chispeantes.—¡Tres! ¡Tres noches seguidas!

—¡Jesús..., qué lástima!... ¡Pero mire usted que es atrevimiento!

—¡No, atrevimiento no; robo! ¡Un robo indigno!

Y la terrible niña, añadió en tono admirativo:

—¡Le parece a usted!

«¡Estará burlándose!»—pensó el viejo con ganas de disparar de repente y de una vez todas sus baterías.

Pero Dios tuvo piedad de Matilde, inspirándola el buen pensamiento de mudar en seguida de conversación. Dijo, admirada verdaderamente: al poner la vista en un macizo de violetas.

—¡Ay... qué violetas... Pero qué cosa tan linda!

—No tanto como los tulipanes de usted... ¡Esas, esas sí que son flores!,—el viejo suspiró,—¡yo no las tengo así!

—Son muy hermosos; pero ¿qué hace usted?

El *tío Claudio*, habíase aproximado a las violetas, e inclinándose, cogía algunas.

—¡Violetas!,—añadió, contestando indirectamente a la pregunta de Matilde;—símbolo de modestia, de ternura y de seriedad.—Hacía un diminuto *bouquet*, y se aproximaba a Matilde, —yo me complazco en ofrecer a usted estas humildes flores... Acójalas usted, aunque sea un viejo quien se las ofrece... y aunque el orgullo, la dureza de corazón y la frivolidad... de usted, contrasten con tan delicado símbolo.

«¡Anda, pensó el viejo, por si era burla.»

Matilde había escuchado sonriente hasta donde el lector puede suponer; pero cuando el viejo disparó su cañonazo a quemarropa, dió un salto, como si la tierra fuese a estallar; y exclamó enojadísima:

—¡Pues me ha puesto usted de oro!
¡Y cuando menos lo creía...!

Y con una sal y un desparpajo pro-

pios de andaluz ingerto en madrileño, añadió, seguidamente:

—¡Hijo..., pero usted las da trape-ras!

Y el *tío Claudio* contestó con una risita de garduño, relamiéndose:

—Quien quiera honra que la gane.—
Y le alargaba el ramo.

—¡Digo!, ¿le parece a usted? ¡*Tío Claudio*, que me voy a enfadar! ¡*Tío Claudio*, que va a haber aquí una muy sonada!

Y el *tío Claudio* seguía con el brazo extendido y las violetas en la mano... Ella le miró un instante, y añadió riendo francamente:

—Sin embargo, para que vea usted: tomo sus flores... Con tanto reñir, es la verdad que he concluido por tener a usted afecto.

—No es eso lo peor,—murmuró el viejecillo aparte, ya desarmado,—sino que a mí me pasa lo mismo.

Matilde, jugando distraídamente con las violetas, quedó como absorta en

un pensamiento melancólico; fué un minuto en que pareció olvidarse de cuanto la rodeaba; inconscientemente, sin pensar que había próximos, muy próximos, dos ojillos astutos debajo de unas enormes cejas grises espiándola atentos, imperceptible casi, dejó escapar un suspiro.

—¿Suspiritos ahora?,—comentó el *tío Claudio* con su feroz risilla.

Recobró ella su jovialidad de costumbre y repuso en tono de queja:

—¡Lo raro es que no haya usted dicho ya que sólo suspiran los pobrecitos plebeyos!

—Lo iba a decir.

—Pero entonces, ¿usted cree que yo soy un alma estoica?, ¿una inteligencia nula?, ¿un sér inútil? ¡Ay, viejecito mío, qué equivocado está usted! Usted mismo va a juzgar. Voy a contarle minuto por minuto mi vida de Madrid.

—¡Veamos!... Porque la vida de usted en Madrid será cosa interesante de verdad.

—Despierto a las siete.

—¡Hombre, buen principio!

La contempló admirado. Efectivamente, para él era cosa de admirarse. ¡Un aristócrata despertando a las siete de la mañana!

Ella prosiguió en tonillo docto-
ral:

—Llamo, me traen el desayuno, lo tomo en la cama..., y para digerir bien el desayuno otro sueñecillo hasta las diez...

El viejo la miró asustado... ¡«Y él que había creído...»

¡A las diez no despertaba nunca; era obligación de su doncella el hacerla despertar! Perfectamente: levantábase a las diez. ¿Qué menos de una hora para la *toilette*? A las once, a misa a las Calatravas... A la misa era imposible faltar; ¿qué hubieran dicho los buenos padres de las Calatravas? A las doce, de vuelta, en casita... Otra vez a la *toilette*... Estaba en su tocador hasta las trece...

—¡Hasta las trece!, —repitió el viejo admirado.

—La una, hombre, la una; pero ¡qué atrasadísimo se vive en estos montes!

—¡Ah! ¿Pero usted también trastocó sus horas?, —exclamó el viejo impasible. —¡Parece mentira!... ¡Usted que nunca se sale de su esfera!

Matilde rió alegremente: «¡Vaya con el viejecito, si era malo!»

—Verá usted; a las trece, el almuerzo; después, lectura de alguna novela..., de algún periódico de modas... Un poco de piano... No sabe usted lo insensiblemente que llegan las catorce. A las catorce y media, poco más o menos, al tocador otra vez... A vestirme... pero sin correr mucho... El coche está esperándome... Alguna visita..., algo de paseo, un ratito de sermón en la iglesia donde predique el fraile de moda.

—¡Oh, qué religiosidad tan digna de ejemplo la de algunas damitas de hoy!

Y prosiguió Matilde con aquel aire

cándido que tan inquieto ponía a su enemigo:

—Con esto, llega la hora de la comida; después de la comida, los teatros, las reuniones, según..., morder allí a todo bicho viviente... A casita luego... A la cama... ya tarde, muy tarde... En fin. ¿Y qué más? Dígame usted si una existencia puede estar más ocupada.

El pobre *tío Claudio* quedó mudo, absorto, como si esperase oír algo todavía. Pero como ella quedó también silenciosa, mirándole, exclamó sarcásticamente:

—Bien, me parece muy bien. ¿Y eso es todo?

—¿Pues qué más quiere usted?— preguntó la marquesa chispeantes los divinos ojos de malicia y placer.

Y el viejecillo contestó airadamente:

—¡El argumento! ¡Eso es lo que ignoro! ¡El argumento, que no ha salido todavía!

Rompió a reir la joven, y el viejo añadió amargamente:

—¡Es verdad!, ¡qué voy a pedir! Las señoras del gran mundo no tienen argumento; si lo tuvieran, algo más valdríamos los de arriba y los de abajo; en esta sociedad no es el hombre el que forma a la mujer; es la mujer la que forma al hombre. La mujer, con mucho corazón quizás, pero mal orientada generalmente, equivoca su destino..., y vuelvo a lo de antes: la superstición es su rémora; con la mejor buena fe se abandonan a exterioridades deslumbradoras que las cautivan; y este abandono de sus nobles facultades de pensar y sentir, se refleja en todo lo que a su alrededor vive; en el hogar, en el esposo, en los hijos. Con la doble impulsión de su idea errónea—porque todo error es apasionado—y de su influjo indiscutible de mujer, de esposa y de madre, esta influencia, pesando primero sobre la familia, imprime después su sello en la sociedad. Viéndose todo

desde un punto equivocado, la nación marcha arrastrándose sobre su pecho, como si sobre ella hubiese caído el anatema que Dios lanzó a la serpiente tentadora...

El *tío Claudio* interrumpióse de pronto para pensar en su mujer; sus ojos llenáronse de lágrimas, que no pudo ni quiso ocultar. Pensó en su hijo, aquel joven dueño de la vida, por su gran ciencia, y la despreocupación que su madre le supo infundir de todo lo que no fuese la idea de Dios de verdad... ¡de Dios y el trabajo!, y dijo tristemente, para concluir:

¡Oh, sabios!... ¡Oh, pensadores del mundo! Si queréis regenerarnos, haced una cosa antes; educad... conseguir que se eduque la mujer.





XI

El viejo y la niña.

Matilde no pareció oírle; olía, como absorta, las violetas. Sin ser un gran observador, notábase al instante cuán lejos estaba entonces de allí su pensamiento. El *tío Claudio* sorprendióse de no haber oído la contestación pronta, rebatiendo aquellas que, sin duda, la muñequita feudal consideraba como herejías. Quedó mirándola un instante, y cambiando de idea, preguntó súbitamente:

—¿Por qué no se casa usted?

Matilde, a esta pregunta intempestiva, se puso encarnada hasta el blanco

de los ojos y miró al viejo con cierta vacilación.

—*Tío Claudio*, que se quema usted, —dijo después riéndose.—Que va usted a dar con mi secreto antes que yo se lo revele.

—¡Ah, con que aquel secretito!...

—*Tío Claudio*, si usted supiera!

Y Matilde clavó en él sus ojos hermosísimos, acariciadores, tímidos, llenos de encanto y luz, nuncios de la fuerza física y moral de aquella vida.

—¿Qué voy a saber?, —preguntó el viejo con cierta alarma, pensando otra vez en cosas estupendas...

Ella pareció sumergirse en su absorción anterior. Miró vagamente a todas partes, como buscando con los ojos alguna cosa que el alma ambicionara, y dijo bajo, muy bajito, sin mirar al viejo y aspirando dulcemente sus violetas:

—¡Ay, *tío Claudio* de mi corazón!... ¿Querrá usted creer que si no me caso es porque no me quieren?

«Iba a decir el *tío Claudio*. —A usted no la querrá nadie por burlona y pérfida; porque vive usted de añejas tradiciones en este principio de siglo de trabajo y de luz, en que los ojos y el corazón siempre van hacia adelante.» Pero la miró cuando iba a decir todo esto, la miró... y díjose a sí mismo: «No, la verdad es que será un pillo ese que no la quiere.»

—Una tarde, al salir yo de la iglesia con los ojos muy bajos... advertí que me miraba.

—¡Con los ojos tan bajos!

—Para que vea usted... aquella tarde le ví por vez primera. Le ví después otras veces... hablamos... ¡Oh, estoy segura, mi corazón no se equivoca, era un alma leal! Un hombre de una ilustración vastísima, de una distinción que sólo puede existir en ciertas razas, por más que usted lo dude, viejecito mio. ¡Qué amenidad en su trato! ¡Qué pensamientos! ¡Qué alteza de miras... ¡Ay, no lo dude, quedó bien prendida

en la red la muñequita feudal, *tío Claudio!*

Matilde hablaba lentamente, como absorta en un pensamiento penoso, mezcla de dolor y ternura; no miraba al *tío Claudio*: olía las violetas o juguetaba con ellas entre sus dedos; los ojos, húmedos entonces de emoción, se fijaban, sin ver, en la temblorosa trenza de cristales del arroyo que corría con ruidillos sutiles...

—Estas florecitas traen a mi imaginación sus últimas palabras..., también me dió un manojito de violetas... No—añadió de pronto con su graciosa coquetería de niña,—pero no me dijo al dárme las lo que usted me dijo dándome éstas, viejecito malo... Verá usted. Parece que estoy oyéndole.

Tomó su tono una inflexión dulce de vaguedad y melancolía, como imitando el de la persona a quien estaba refiriéndose.

—«Matilde: una gran empresa me obliga a marchar; se juega mi porve-

nir en ella... Más que eso; se juega mi honra..., y tengo que alejarme de usted... en el preciso momento en que sus ojos me dicen que no parta...»—Y era verdad—añadió ella en un tonillo, mitad cómico, mitad serio, sin poder ocultar la gran emoción de su alma en aquel instante.—Era verdad que yo le decía aquello con los ojos... ¿Ha visto usted?...

—¿Dice usted que una empresa?—preguntó el *tío Claudio* con interés, a su pesar, porque se había propuesto hacer el desdenoso cuando llegase la hora del secretito.

—¡Colosal! Por los periódicos lo supe hace una semana; que lo que es él, si te ví no me acuerdo. Ni me dió explicación ninguna, ni me ha escrito... Yo sólo sé que al darme las violetas y al decirme lo que usted ya sabe, acababa de tocar un vals que me había vuelto loca. ¡El vals de la vida! Sus palabras, el tono en que las pronunció, hicieron lo restante... Aquel vals y

aquellas sencillas violetas decidieron mi suerte, *tío Claudio*.

Y la pobre muñequita feudal, se echó a reir con los ojos llenos de lágrimas.

Recogiósese de pronto, como turbada. Tal vez se le ocurrió pensar en lo importuno de aquella relación al viejo... Quedó mirándole, temerosa, inquieta. Una burla hubiera sido entonces para ella peor que la muerte... «¿Por qué hizo aquella revelación a un hombre que tal vez no la sabría comprender?»

He ahí una pregunta a la cual el autor no sabe contestar; le queda el consuelo de que Matilde no hubiera sabido contestar tampoco.

—¿Qué más?,—preguntó vivamente el *tío Claudio*.

—¡Cómo!,—exclamó ella admirada.
—¿No me riñe usted? ¿No halla usted en lo que le he dicho asunto para una reprensión grave?...

—¿Quién piensa en eso? Pero siga usted, ¿qué más? ¿Qué clase de em-

presa era la de ese genio... nunca visto?,—repitió el viejo ardientemente.

—Empresa de minas..., pero una cosa monumental, atroz. Dicen que hay allí tesoros inconcebibles... ¡Y en cobre! Figúrese usted... ¡En calderilla! ¡Para que vea usted el valor que tienen algunas cosas!

¡Pobre Matilde! Quería en vano dar a sus palabras en aquel momento su expresión jovial de costumbre; pero del fondo de su corazón subían a sus ojos destellos de pasión y lágrimas, mal velado todo con su frivolidad aparente.

Ha hecho enloquecer a medio mundo con las dichas minas. ¡Un triunfo! ¡Un delirio! Pero ¿ha visto usted? Un hombre..., un solo hombre, con su inteligencia soberana..., con su voluntad poderosa, hacer que surjan de una tierra mezquina, estéril, fuentes inagotables de riqueza. Porque descubrirlas,—añadió, chispeantes los ojos de entusiasmo

y alegría,—es lo mismo que hacerlas brotar, ¿no es cierto, *tío Claudio*?

—Cierto,—repitió el viejo anhelante.—¡Gracias a Dios que pensamos una vez del mismo modo!...

Pero Matilde no le escuchaba; seguía hablando como si el viejo no hubiese dicho una palabra...

¡Luchar contra todo! ¡Vencer obstáculos que aterrarían al más batallador!... ¡Y sobreponerse! ¡Y subir! ¡Subir a la cumbre!

—¡Eso, eso!,—gritó el viejecillo, con frenética alegría.—Subir a la cumbre, tremolando su bandera! ¡La bandera de los hombres libres! Porque esos triunfos los arranca sólo quien lucha desde niño; quien cultiva su entendimiento sin vanidades ni preocupaciones. ¡Libre el corazón! ¡Libre la voluntad!... Pero ¿qué hace usted? ¿Se ha vuelto usted loca?,—exclamó el *tío Claudio* interrumpiendo su discurso y quedándose con la boca abierta.

Lo que hacía la marquesita era una

cosa muy usual en ella; la aprendió en el convento; era la costumbre de santiguarse siempre que leía o se pronunciaba al lado suyo la palabra *libertad* y aun cualquiera de sus derivadas. Figúraos el efecto que produjo en el *tío Claudio* verla santiguarse con gran devoción cuantas veces sus labios pecadores deslizaron la dichosa palabra y cuando vió que la boquita de flor movíase para decir a cada signo de la cruz con ligera modulación nada más, pero que el viejo lo entendía como si lo lanzaran con todos sus más horribles sonos las trompetas del Apocalipsis: «¡Pecado! ¡Pecado!»

Se apagó de pronto la hoguera entusiástica del caballero del *Limón*. Quedó frío, suspenso. Matilde respondió a su pregunta con gran reposo:

—¡Dice usted unas cosas! ¿Qué tiene que ver *eso* de *libres*... ni de *libertad*—y se santiguó dos veces la muy taimada, y dijo dos veces más «¡Pecado! ¡Pecado!», muy contrita—con lo que

yo estaba hablando del triunfo del... minero?

Y después, exaltándose:

—¡*Tío Claudio*, va usted derecho a los profundos!

—¡Señora Marquesa!,—gritó el *tío Claudio* con un arranque feroz.—¡Es usted insufrible! ¡Usted lo pase bien!

Volvió la espalda y alejóse sin hablar más.

—¿Pero me deja usted así, *tío Claudio*? ¿Así... y en su misma casa?—exclamó Matilde consternadamente.—*¡Tío Claudio, tío Claudio!*

Y el *tío Claudio* gritaba, sin dejar de andar y sin volver el rostro:

—¡No quiero conversaciones con cabezas huera!

¡Se iba..., se iba de verdad! Matilde exclamó entonces en tono mimoso de diablillo juguetón:

—¡Venga usted, *tío Claudio*!... ¡Venga usted..., que ya no lo haré más!

¡Y el viejo se iba... se iba!... Y

Matilde añadió de veras, como con ganas de llorar:

—*Tío Claudio!*... ¡Pues ya no le diré lo más importante de mi secreto!

—Ni falta,—gritó el viejecillo, inquebrantable ahora como nunca.—¡Con lo que ha dicho usted... y ha hecho, tengo suficiente!...

¿Qué dijo entonces Matilde? ¿Qué palabras fueron aquellas y qué modulaciones dió a sus palabras, que hizo volver el rostro al viejo, que le hizo detenerse después, que le hizo retroceder al fin, admirado ahora de verdad, conmovido, absorto? Sí, estaba seguro. ¿No era aquello el alma de Matilde, desbordándose de sus ojos en lágrimas divinas y de su boca en frases como gritos ahogados de amor, de fe y ternura? ¿Arrullos dolorosos de avecilla solitaria, quejas suaves de corza moribunda que espira sin tener a su lado al amante fiel que bese sus heridas?...

—¡No, *tío Claudio!* ¡Ya no le diré mi

secreto! ¡Ya no le digo que si me pone usted a soñar algunas veces, es porque usted, sin pensarlo, sin quererlo, trae a mi corazón la memoria de aquel hombre genial y fuerte! ¡Que le oigo hablar a usted, aunque sea con su tono gruñón y cavernoso, y me acuerdo de su voz! ¡Que he venido aquí, a mi huerta de la sierra de Córdoba, donde nadie me viera, donde a nadie viera yo, para que nada ni nadie me conturbe ni pueda substraerme de su recuerdo..., a vivir a solas con su imagen y con sus promesas, que no viene a cumplir... Y para olvidarle, si me es posible...—Olvidarle ya, puesto que él me olvida,—y es aquí cuando con más insistencia le recuerdo. ¡Que quiero olvidar... olvidar siempre, hablando con usted, única persona con quien hablo, aparte de mi padre y la buena mujer que me acompaña desde que estoy en la sierra, y es precisamente cuando menos olvido! ¡Que desee venir aquí, a su misma casa, por distraerme tal

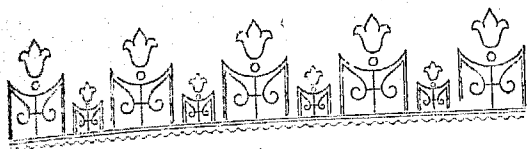
vez de los pensamientos que me torturan, y es aquí donde más me combate el misterioso enemigo! ¡Aquí, donde me parece que le tengo más cerca!... Como si esta casa... y este jardín... y esos ojos de usted, que me miran burlescos y maliciosos..., y hasta las matas tronchadas de sus claveles... y hasta las violetas que me dió usted... ¡y usted, siempre! ¡Usted, antes!... ¡Usted, cuando me las daba!... ¡Usted, ahora, contribuyesen más a la tortura de mi ánimo... y a que no olvide!... ¡A que recuerde! ¡A que recuerde más!... ¿Cree usted que los pobres..., los desgraciados, son los que lloran de veras?... ¿Y yo?... ¿No soy yo desgraciada?... ¡Sin madre!... ¡Sola siempre!... ¡Tan solita en el mundo!... ¡Ya ve usted... ya ve usted como también lloro! ¡Ya ve usted como no oculto mis lágrimas! ¡Ya ve usted como no soy tan dura ni tan frívola!

Su voz extinguíase; lloraba, lloraba ahogadamente... Tenía los brazos

extendidos... El viejo llegó hasta ella, la cogió en los suyos y sólo dijo, porque las lágrimas impedíanle hablar también:

—¡Pobre!... ¡Y yo que la creía sin corazón!...





XII

Complicaciones.

¡Oh, cuán lejos estaba el *tío Claudio* de las complicaciones que llevaría a su hogar la dichosa damita de *Marrubiales*! ¿Qué era aquello? Porque era imposible la duda. Aquel a quien Matilde se refería..., aquel a quien amaba, era su hijo... ¡Su Alfonso, su gran hombre! Y el orgullo y la emoción le volvían loco. Se había hecho amar de Matilde, de aquella marquesita preciosa, de aquel diablo sin igual, superior a todos los ángeles... ¡Ah, no le pareció entonces Matilde la marquesilla in-

substancial y frívola! La muñequita feudal desapareció un instante de sus ojos, para ver en ella solamente una dulce niña enamorada y amante, que había dejado su existencia de fausto deslumbrador en el gran mundo, donde era la más adorada y la más envidiada, para vivir con su recuerdo, adorando la imagen de aquel Alfonso—de aquel hijo, que era su orgullo,—adorándola en su corazón, guardándola, conservándola allí como una luz bendita y perenne. El viejo se explicaba la grandeza de aquel corazón de Matilde, quizás mejor que ella misma. Explicábase lo mismo aquella inclinación de Matilde hacia él, por una secreta afinidad cuyo lazo era el amor de su hijo. ¡La sangre, el alma, el pensamiento del uno, que era el del otro!...

Pensaba el *tío Claudio*. «¿Acaso mi hijo y yo no somos un mismo sér, una vida misma?...»

Llevó a Matilde al banco rústico donde antes estuvo sentada; la colocó

suavemente, y mientras, otros pensamientos asaltáronle de pronto. «¿Sería de verdad su hijo el hombre a quien la marquesita amaba?» ¿Lo creeréis? Y al pensamiento de que no fuera su hijo, poníase ya de un humor negro. «Bien y si era su hijo, efectivamente, y él no correspondía a este amor, como la muñequita feudal necesitaba y era justo? Nuevas zozobras e inquietudes del *tío Claudio*. Y todo esto se le borraba de la imaginación para preguntarse: «Y si se unen, ¿serán felices?»

Ella enjugábase el llanto silenciosamente, con la cabeza baja, como si no se atreviera a arrostrar después de su confesión la presencia del *tío Claudio*. Pero hubo un momento en que alzó los ojos, velados aún de lágrimas; las dos miradas encontráronse, y Matilde exclamó entonces, queriendo reír como de costumbre:

—¡*Tío Claudio!*..., ¿ha visto usted?

Pero lo que al *tío Claudio* le removió de veras las entrañas, en una con-

moción terrible, fué el tono con que añadió la muñequita feudal, sonriéndose melancólicamente:

—¡*Tío Claudio*, qué cosa más buena será tener madre!

Se contuvo, limitándose a decir en un tonillo de gravedad cómica, que logró reanimar a la joven:

—¡Con que tan solita!...

—¡Tan solita!... Para que usted vea...

Pero no era hombre el *tío Claudio* a quien duraba mucho el sentimentalismo, lo que se comprende en un sujeto tan práctico de la vida. Bien pronto empezó el nuevo trabajo de exploración a que quería entregarse en el alma de la muñequita feudal. Arduo se presentaba el negocio... Eran muchos los puntos adonde aquella exploración tenía que dirigirse.

—Vamos a ver,—preguntó con aire de inocencia,—¿y cómo se llama... ese gran hombre?

—Alfonso.

«¡Vaya una noticia!».—¿Y qué más?

¡Aquel sí que fué un trance amargo para Matilde! ¡Y qué más!... Bajando los ojos, como ruborizada por lo vulgar del apellido de su héroe, contestó con modestia:

—¡Jiménez!

Pero no conformándose con aquel estúpido Jiménez, añadió al punto con volubilidad y pedantería extraordinarias:

—Yo no sé, pero debe de ser un Jiménez de Cisneros o cosa por el estilo... Porque Jiménez a secas... ¡Ya ve usted..., un hombre de tanto mérito no va a ser un Jimenillo de cualquier clase!

—¡Ea!,—gritó el viejo, dado a todos los demonios.—¡Ya salió con sus humos! ¿De modo que ha de ser aristócrata por fuerza? Nada, que no hay medio de corregirla. Pero ¿no le he dicho a usted mil veces que el apellido del hombre toma lustre o se denigra

por sus actos solamente? Mire usted: yo soy el *tío Claudio*; nadie conoce mi apellido—y el *tío Claudio* clavó en Matilde sus ojillos brillantes y escudriñadores—y si conocen mi apellido, no se acuerdan de él.... ¿Usted lo oyó en boca de alguien?

Matilde, sonriéndose, movió la cabeza en sentido negativo.

—Pues bien,—añadió el viejo en tono de triunfo,—pregunte usted en la sierra y en Córdoba y en toda la provincia por el *tío Claudio*, mondo y lirondo, y lo que le digan a usted cuando pregunte por mí, eso..., eso precisamente, es lo que *ilustra* y lo que honra a *este tío*.

Como Matilde moviera la cabeza de nuevo en ademán de duda, añadió el *tío Claudio*, resignadamente al parecer, pero siguiendo en su exploración disimulada:

—¿No se convence usted? Bueno; pero es la verdad que usted, como todo el mundo, se conforma con mi nombre

histórico «¡tío Claudio!» ¡Pero qué bien suena! ¿es verdad? Vamos a ver: ¿a que no ha necesitado usted todavía oír mi apellido para apreciarme un poco... y hasta para quererme también, aunque tanto le haga rabiar?

Matilde, contestó, con su más divina sonrisa:

—*Tío Claudio*, ¿va usted a darse importancia ahora?

—¿A que no tuvo usted necesidad de saber mi apellido?,—insistió el viejo imperturbable.—Porque usted no lo conoce, ¿no es así?

Y le clavó en el corazón sus ojos agudos, ansiosos de la verdad.

—Cierto, *tío Claudio*, no lo pregunté ni hablé con nadie por casualidad que pudiera decírmelo.

—¿Ni cuando estuvo usted en Córdoba o en la sierra en otras ocasiones?

—añadió el viejo taimado, insistiendo en su pregunta.

—¿Pero no sabe usted que yo nunca estuve en Córdoba, y que no había es-

tado nunca en la sierra cuando vine?

Así habló la muñequita feudal, y añadió después volviendo inconscientemente a la idea que la esclavizaba:

—Nací en Córdoba; fuí con mis padres a Madrid, chiquita..., muy chiquita. Murió mi madre; se fué mi padre lejos, allá, muy lejos... Muchos..., muchos años... Viví siempre al lado del *tutor*, que es un viejecito como usted, ya se lo dijo muchas veces,— como usted de presencia, que lo que es de genio, ya quisiera usted igualársele...—hasta que vino mi padre..., y hasta que conocí... al gran hombre. Entonces, cuando le conocí, fué cuando me acometió el deseo de venirme a mi huerta de la sierra. Se fué... el minero. Yo esperaba..., esperaba siempre noticias tuyas... Pero como no supe del dichoso minero por ninguna parte y tenía siempre muchas ganas de llorar, «Adiós, Madrid», dije—, me vine... a mi sierra cordobesa.

—¿Y por qué no se casó usted con otro?

—¡Y dale!, —repuso Matilde con impaciencia. —No crea usted..., los pretendientes, así.

Y para expresar bien la multitud de pretendientes, unía y separaba con rapidez las puntas de sus dedos, que semejaron bulliciosos duendecillos de nieve.

—Muchos..., muchos aspirantes, sí... Pero ¿y *el minerito*? ¡Seis meses de esta manera! ¡Ingrato! Esos son los hombres. ¡Ay, viejo de mi vida! —¡No se case usted nunca con ningún minero!

—Vamos, y usted... ¿se casaría?

—¿Que si me casaría?

La muñequita bajó los ojos, y así, con los ojos bajos, añadió, bajo al igual, muy bajito:

—¡No lo sabe usted bien!

El viejo decíase, mirándola de reojo:

«¡Pero qué guapaaa!...»

—Vamos a ver, —exclamó el pér-

fido muy lenta, muy dulcemente:—¿Y si el gran hombre fuera... así... como yo, vamos, de sangre colorada?...

—¡Qué cosas tiene usted!

—Pero... ¿y si lo fuera?

—Yo le digo a usted que no es posible.

—¡Quién sabe!

—¡Que no lo es; yo se lo digo!

—¡Pues lo es, eal,—gritó el viejo coléricamente.

—¿Qué..., qué dice usted?... ¿Usted le conoce? ¿Usted sabe a quien yo me refería?

Y Matilde le miraba anhelante. De pronto, como si una rápida idea cruzase por su cerebro, añadió abatida:

—¡Pero qué tonta!... ¡El *tio Claudio*!...

—¡Es verdad, no le conozco!,—repuso él, pasando de su cólera a un sentimiento amargo que conmovió a la joven.—Un pobre viejecillo que pasó la vida acarreando mezcla, no va a

conocer y tratar a esos señorones de la sangre y del saber.

—No se enoje usted, *tío Claudio*.

—¿Yo enojarme? ¡Yo! ¡Si es una verdad!

Diciendo esto el *tío Claudio*, compungidamente, pensaba:

«¿Pero cómo le daría yo una lección que no la olvidase nunca?»

Se acordó entonces de Frasquito; de lo que habló con él. ¡Ah, y lo había olvidado! Con más motivo que antes, resolvió llevar a término lo que se propuso. Pensó que Agustín y Frasquito estarían esperando la señal... y a la vez que contestaba a Matilde, sacó el pañuelo indiferentemente.

—¡*Tío Claudio! ¡tío Claudio!*,—gritó Agustín al punto.

—¡Demontre!,—exclamó el viejo al oírse llamar;—con esta conversación tan tirada... y con *las historias* de usted, no le dije que mi hijo había venido...

—¡Cómo!—¿Vino ya?

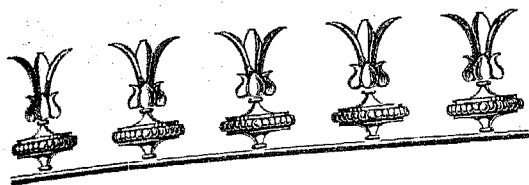
—Llegó cuando usted se retiraba de la tapia... casi al mismo tiempo. No almorzó siquiera; le hice acostar porque venía muy cansado. Se levantó quizás y me busca.

—¡Ah, me voy entonces, me voy! Pero ¿por qué no me lo advirtió usted, tío Claudio?

—De ningún modo, no se vaya usted... Volveré al momento... Le hablé de usted... Dice que la conoce... Quizás anda por ahí y no se atreve a presentarse. ¡Es tan tímido! Vuelvo, vuelvo.

Y se alejó... se alejó, pensando:

«¡Anda, muñequita feudal, yo te daré humos!»



XIII

El gran hombre y la muñequita feudal.

Se alejaba el *tío Claudio*, y Matilde decía, viéndole ir:

«¡Pobre viejo! ¡La verdad es que le tomé cariño sin saber cómo!»

Y cumpliéndose una ley de la vida, —la más humana de todas las leyes, la de la ingratitud,— el *tío Claudio* comedia mientras con la pobre muñequita feudal una horrible traición. ¡Ah, monstruo, si Matilde lo hubiera sabido!

¡Y que no hubo obstáculos de ninguna clase! ¿Qué será que sólo las acciones honradas presentan inconve-

nientes en su desarrollo? No, el plan inicuo seguía desarrollándose en la sombra con suavidad siniestra.

¡Apareció *Troncho*!

¡Y qué *Troncho*, cielos piadosísimos! Era un *Troncho*, de pantalón ancho hasta lo inconcebible, que le llegaba, no obstante *su capacidad*, a los tobillos solamente; de botas negras, de becerro, con muchos pespuntos, y corchetes negros también, que iban con el roce poniéndose dorados; botas sin rival, las mismas que *Troncho* usaba los días de fiesta,—que le habían parecido a Agustín las mejores,—chaquet de moda atrasadísima, corto de faldón, corto y estrecho de mangas, de bordes ribeteados con cintas; chaleco de piqué, amarillo, largo, tan largo como la cola de la otra prenda era corta, teniéndose con esto que allá se iban en majestad las dos históricas prendas; corbata roja, que parecía un incendio, sobre la pechera blanca de la camisa, debajo de aquella gran carota negruzca, y som-

brero, que no se pudo descubrir jamás cómo había llegado a la huerta del *Limón*. Las grandes manoplas de *Troncho*, saliendo de aquellas mangas—cómo pudieron entrar es otro problema—parecían más grandes aún. El *padrecito*, poseyéndose de su papel de ayuda de cámara, adobó muy sigularmente la carota estúpida y grandaza, de labios gordos y dientes enormes, blanquísimo, de tal modo, que hacía la cara *pendant* muy notable con la ropa y con el tipo de aquel bruto perfecto.

¡Allí estaba! ¿Habéis pensado bien lo que parecería esta figura al lado de la de Matilde?

Ella no le vió; al volverse para seguir con la vista al viejo, había dado la espalda á *Troncho*. Entró él, cautelosamente, y con grandes esfuerzos para no lanzar su espantosa risotada, pensó relamiéndose:

«¡Ahora..., ahora es la mía!»

Tengo que contar la escena que siguió; no hay más remedio; algo daría

por poder seguir la dulce costumbre de los noveladores de a cuartillo de real, cuando afirman muy serios, en los trances dificultosos, que no hay pluma para describirlos...

Decir *Troncho* «¡ahora es la mía!» y avanzar hacia Matilde, todo fué uno; pero verla un poco de perfil solamente, —no la había visto hasta entonces, como sabéis,—y quedarse parado como un bruto, más bruto aún de lo que ya era, todo fué uno también; había que verle: altos los hombros, la cabeza hundida entre ellos, los labios contraídos apretadamente por la admiración y saliendo hacia fuera de un modo horrible; los brazos, como dos listones rectísimos, pegados al cuerpo; las manos abiertas, los dedos tiesos, abiertos también, los ojos salientes, el sombrero hacia atrás, el chaquet flotándole con pérfida coquetería, la corbata echando fuego, y relamiéndose él, en fin, con la descomunal lenguota de buey, diciendo muy bajito:



—¡Mareeee... qué jeeeeeeeembraaaa!!

Aproximóse de pronto a Matilde; dándole un empujón con el codo, abrió a la vez la exclusiva de su risa y salió ésta despeñándose y atronando los espacios.

Matilde, asustada, se retiró vivamente. Miró entonces al que se había permitido tan descortés acción, y contó con gran trabajo un grito de miedo a la vista de aquel monstruo. Pudo dominarse y el miedo fué dejando paso a la admiración.

—Señor mío, ¿usted quién es?— preguntó con poca seguridad.

Y le miraba de arriba abajo, una vez y otra, sin acabar de comprender que aquello era un hombre.

—¿Que quién soy?— contestó Troncho plenteramente, dejando ver con la sonrisa su dentadura de perro de presa.—¿Pero *osté* no me lo conoce en la cara?

—No... no tengo el gusto.

Y la pobre Matilde no sabía ya qué hacerse.

—*Andosté ya!... Paese mentira que me digasté esas cosa!*

Fué a dar otro cariñoso empujón a Matilde, pero ella pudo evitarlo, retirándose prontamente.

—Pero ¡de *vera* que no *sabosté* quien yo soy?

—Ya le dije que no, señor mío.

Troncho disparó la ametralladora de su risa, y exclamó entrecortadamente, entre el convulso reír:

—¡*Pos* yo... *Pos* yo soy yo!

—Enhorabuena; quedo enterada.

—Yo... yo soy... ¡*Pos* el hijo!

—¡Ah!—exclamó Matilde. ¿Usted es el que ha venido? ¿El hijo?

El estupor impedíale hablar, como a *Troncho* se lo impedía la risa.

Matilde, entonces, no pudo resistir; fué una tentación tan loca de reír a su vez la que le acometió, que hubiera estallado si no se contiene con violencia. Reíase hasta llorar. Lloraba de risa realmente. No había razón ni poder que la contuviese. Iba a concluir, y

empezaba de nuevo con más brío. A *Troncho* no le pareció mal esto, y reía doblemente al ver la risa de Matilde. Reía también, reía como un demonio, retorciéndose, descoyuntándose, con las manos en las rodillas unas veces, y en el vientre otras; y a su risa hueca, tonante, cavernosa, acompañada del resoplido de buey, uníase siempre, como dulce compañera, aquella otra risa de Matilde, sonora, de timbre delicioso.

Se sentó ella rendida, pero siguió riendo aún. *Troncho*, calmándose un poco, y viéndola reír con tanto ardor, dijo aparte:

—¡Cómo se ríe! ¡Me *paese* que estoy dando golpe!

«¡Pobre *tío Claudio!*, pensaba Matilde, calmándose también al fin. ¡Tan orgulloso de su hijo!... Pero ¿es posible que el amor paternal ciegue de esa manera? No, añadió mirando a *Troncho* más atentamente. ¡Si es que pasa de la raya!»

«¿Qué estará mirándome?», pensó *Troncho*, mirándose también de arriba abajo, como Matilde lo hacía.

Ella le miraba entonces con un sentimiento de piedad, no por él precisamente, sino por el *tío Claudio*, persona a quien profesaba afecto. «No, en adelante no le daría más bromas con su hijo; era necesario respetar las desdichas ajenas... Porque realmente, un hijo como aquel, ¿no era una desdicha?»

Y entretanto, viéndose objeto de una atención tan profunda, *Troncho*, relamiéndose el hocico, pensaba ufana-mente:

«¡Pero cómo me mira! ¡Si siempre me pasa lo propio en cuanto le echo el ojo a una!»

—¿Con que ha venido usted ya?,— exclamó la marquesita afablemente.

—Sí..., sí que vine.

—Perdón, señor... ¿Tuviera usted la bondad de decirme su gracia? Se me olvidó preguntárselo a su señor padre.

—¿Qué gracia?

—Su nombre, quise decir.

—¿Mi nombre? *Pos* yo me *yamo*..., me *yamo*... *Pos* Troncho.

—¿Troncho? ¡Avemaría purísima! Matilde no quería reir más. Pero Troncho no era de la misma opinión, y soltó por cuarta vez su andanada, pensando al mismo tiempo:

—¡Se está *queando* tonta *na* más que de verme!

—¡Con que dos años de ausencia! ¡Y tantos viajes! Porque habrá usted viajado mucho... Si yo fuera hombre, sería un *tourista* furioso.

—¿Un *tu*... *qué*?

—*Tourista*.

—¿Qué será eso?—pensó Troncho apuradísimo.

—Pero siéntese usted aquí, a mi lado,—añadió ella, invitándole graciosamente.

Fué al banco rústico y tomó asiento, haciéndole sitio al mozo. Él, pensaba, resollando fuerte como nunca, y haciéndosele la boca agua, como suele decirse:

—¡Anda, anda, que me *asiente* a su vera!

Y Matilde, como si adivinase el pensamiento de *Troncho*, exclamó muy gentil:

—Para que vea usted que le trato sin ceremonia.

Ante cuyas palabras el gran *Troncho* lo pensó confuso: «¡*Na*, que no había más paraje que *isí arguna* cosa fina *pa queal* bien!» Quiso hacerlo como lo pensaba; quiso hablar, y empezó su discurso en esta forma:

—*Pos... pos... pos.*

Comprendiendo Matilde que no iba a salir nunca el sin par *Troncho* de su interesante *pos* como ella no le ayudase, dijo sencillamente:

—Tiene usted para poseer mi confianza un título muy hermoso: el de la amistad... el cariño que profeso a su señor padre.

—¿Qué padre?—preguntó él cándidamente.

—¡Pero hombre, su padre de usted!

—¡Ah, sí!—Y soltó su gran risa.

—¡Qué atrocidad!,—pensaba Matilde,—¡no se acuerda de que tiene padre!

Miró a *Troncho*; parecía muy agitado; movíase convulso, resoplando como una fiera.

Pero ¿qué es eso?

Troncho contestó ingenuamente:

—*Na*, que estoy *jecho ascua*.

«Válgame Dios, pero ¿qué hombre era aquél?»

—¿Se siente usted mal?—preguntó aún, observando aquella exaltación del hijo del *tío Claudio*.

—*Cá*, no *zeñora*,—respondió él valerosamente;—es que de *está* tan a la vera... tan a la verita *dosté*, me da un gusto... un gusto...

La pobre Matilde no sabía ya lo que decir, ni lo que hacer; tenía miedo de hablar, de levantarse, de irse; por otra parte, sus tentaciones de reír no habían concluido. Miraba ansiosa, con la esperanza de que el *tío Claudio* se presentase.

Troncho, después de sus palabras, quedó muy satisfecho. Decíase con orgullo.

La caío... la caío bien.

—¿Y de dónde viene usted ahora?... ¿De Madrid?—preguntó Matilde, indecisa, por hablar algo.

—*Cá*, no *zeñora*, de *Madrí* no. Vine... *pos* de *Cabra*... Es *decí*...

Quería decir del extranjero, como le indicó el *tío Claudio*, pero no acordándose de aquella palabra, quedó pensativo, con un dedo en la boca, sin ocuparse de Matilde.

«¿Pero de dónde..., de dónde me dijo que dijera?»

—Recuerdo que en *Cabra* hay un buen instituto. Estudiaba usted, ¿es verdad?

—¿Yo? No, *zeñora*; yo no hacía eso; yo... *pos* sembraba nabos... Y coles... Y *to* lo que *caía*... Y tiraba de la noria.

Matilde no pudo contenerse y exclamó muy afable:

—Pues siga usted tirando, señor

mío... ¡Qué hombre tan original! —añadió, disponiéndose a salir.—En mi vida ví otra cosa.

Hizo una inclinación pronunciadísima, como si se hallase en un besamano... y *Troncho* quedó mirándola supenso.

Salía ya Matilde, e interponiéndose él, exclamó confundido:

—Pero ¿se *vasté* a *dí*?

—A no ser que usted me detenga,—contestó Matilde con una graciosa sonrisa;—pero le creo a usted bastante amable para no hacerlo... Ya tendrá usted la bondad de despedirme de su señor padre.

Dió un paso; pero *Troncho*, sin entender *aquel galimatías*, cerrándole el paso, dijo consternadamente:

—Pero ¿se *vasté* a *dí* de *verdá* ahora que iba yo a *decile asté* una cosa tan *güena*?

—¿Que va usted a decirme una cosa buena?,—repitió ella sorprendida.

—¿A que se la digo *asté*?

Soltó su gran risa, y riéndose añadió, meciendo los brazos cadenciosamente:

—¡Que se lo digo *asté!* ¡A la una!... ¡A las *dó!*

«¡Pero qué hombre!, pensaba Matilde hecha un mar de conjeturas. ¿Y de qué me conocería a mí *este?*»

—¿Pero no *ma entendió osté toavía?*
—preguntó *Troncho*, llevándose las manos al corazón y mirándola con horribles visajes.

«¡Dios mío!... ¿estará loco? ¡Y no me deja salir!... ¡Y el *tío Claudio*, que no viene!»

Troncho había entrado en situación, y caminaba muy a gusto en su machito. Quería hablar pero se ruborizaba como si fuese de veras.

—*Mirosté*, lo que es yo...

Tomó resuello, acordándose de la propina que le ofreció el *tío Claudio*, y se lanzó con esta declaración a quemarropa, de carretilla, en tonillo de ciego de romance:

—En fin, *po ayá* voy: *dende* que la vi *asté*, siento una cosa que me *jase cosquiya* y que me trae medio muerto. ¿*Osté quié casase* conmigo? Yo voy con *güen fin*.

—¡Insolente!, —gritó Matilde encendida de cólera. —¡Déjeme usted pasar!

—¡Ay *co nesta!*, —dijo Troncho muy picado. —¿Es que no *ma salió* bien? *Po lo jaré e* nuevo.

—¡Quítese usted de mi vista!

—¡*Andosté, so escastá!*

Iba a empujarla galantemente al decir esto, pero ella se retiró de un salto como si fuera a tocarla un bicho inmundado.

—¡Esto es bochornoso! —Gritó con lágrimas de rabia: —¡*Tío Claudio! ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!*

Seguía Troncho, con sus amantes y fieles protestas, sin dejarla salir. Quizá el desdichado se excediera un poco, porque Matilde gritó de nuevo angustiosamente:

—¡*Tío Claudio! ¡Tío Claudio!*

El viejo pérfido presenciaba la escena escondido detrás de unos ramajes. Hizo apurar a Matilde la copa todo cuanto pudo. Pero creyendo, con razón, que era peligroso dejar al admirable Frasquito en su papel de Adonis, acudió apresuradamente a los últimos gritos de Matilde.

—¿Qué es eso?—preguntó pacíficamente.

Hizo como que veía a *Troncho* y añadió muy satisfecho:

—¡Hola..., conque estabas aquí! ¡Hombre, apenas si te hemos buscado!

Matilde exclamó entonces, hermosísima de soberbia:

—¡*Tío Claudio*, tiene usted un hijo que le honra extraordinariamente! Con razón está usted orgulloso.

—¡Ha visto usted!—contestó el viejo muy ufano fingiendo no comprender el tono en que ella le hablaba.

—¡Páselo usted bien!—gritó Matilde, y dé usted a su señor hijo lecciones de urbanidad, alternadas con sus gra-

ves estudios... alrededor de la noria.

Fué tremenda la ironía con que pronunció estas palabras; las pronunció gozando anticipadamente del efecto que iban a producir; pero se confundió, se exasperó doblemente cuando oyó decir al viejo, con honda satisfacción, muy conmovido:

—Gracias, señora marquesa; continuaré amaestrándole para que pueda seguir alternando con personas tan ilustradas como usted.

Era atroz aquel hombre. ¿Pero estaba loco o había entontecido también de la felicidad de tener a su lado al portento de su hijo después de tan larga ausencia?

El viejo añadía en tono que pareció por primera vez a Matilde de una ironía espantosa.

—¿Ha visto usted? ¡Qué gallardo! ¡Qué noble! ¡Oh..., es el consuelo y la gloria de mi vejez! ¡Y qué lenguaje tan expresivo!

—¡Muy expresivo! Pensaba, roja

de indignación, en los achuchones de *Troncho*.

—¡Ha visto usted!

Y el *tío Claudio*, al repetir aquella frase, estaba a punto de llorar de dicha.

—Pero *tío Claudio*,—gritó ella loca de coraje,—¿hasta cuándo va a durar esta burla? Su hijo de usted es un animal feroz.

—Vamos—repuso el viejo calmosamente con su risita fisgona.—¡Quién sabe las vueltas que puede dar el mundo!

Matilde avanzó hasta él, sin saber lo que hacía.

—¿Está usted en su juicio, *tío Claudio*?—exclamó desesperada.

El viejo, con una flema que estuvo a punto de volver loca verdaderamente a la muñequita feudal:

—¡Quién sabe si no se casará usted todavía con mi pri... mo... gé... ni... to!

—¿Lo dice usted de verdad, *tío Claudio*?

Matilde comprendió al fin que era una locura sostener aquella conversación en serio. Las últimas palabras del viejecito habían disipado su cólera; fué un viento fuerte que barrió todas las nubes; nunca, ni en los momentos más terribles de cólera, le había parecido el viejo tan gracioso. Pero el viejo contestó a su pregunta con un estoicismo admirable:

—¿A que se casa usted con mi hijo?

Estas locas palabras fueron así como otro gran barrido de nubes que el *tío Claudio* le dió al cielo entoldado del buen humor constante de la muñequita feudal. Al fin apareció el sol; al fin brotó la risa, iluminándolo todo.

—¿Pero va usted a casar a su hijo con una aristócrata? ¿Va usted a rebajarse y a rebajar a su hijo hasta ese extremo?

—¿A que se casa usted con él, y a que me suplica usted que lo consienta?

—¡Ay, Dios mío!... *Tío Claudio*..., pero usted nunca me ha hecho reír como esta tarde!

Efectivamente: ¡quién le hubiera dicho a Matilde hacía un momento, que iba a reir tanto aún y que tendría fuerzas, después de lo que la hizo reir el sin par *Troncho*! Pero el *tío Claudio* prosiguió como un augur singularísimo:

—¡Y aunque usted me lo suplicará, estoy seguro!, ¿a que no daré mi permiso, mientras usted no ofrezca solemnemente renunciar a todas esas antiguallas de la sangre?... ¿Mientras su espíritu no se liberalice?...

—¡Pecado!—exclamó la muñequita santiguándose con rapidez asombrosa.

—Lo veremos, muñequita feudal. Y la voz de la muñequita feudal sonó armoniosa y dulce, pero con un feroz dejillo burlesco:

—¿Y tardará mucho la boda, *tío Claudio*?

—¡Quién sabe! ¡Quizás sea muy pronto!

—¡Vaya..., pues lo veremos! ¡Usted lo pase bien, viejecito mío!

Y como un refinamiento de cruel-

dad puramente femenil, añadió al alejarse, poniendo el dedo en la más dolorosa de las llagas:

—¡Y memorias a sus claveles!

—¡También veremos eso!—gritó el tío *Claudio* encolerizándose de pronto.

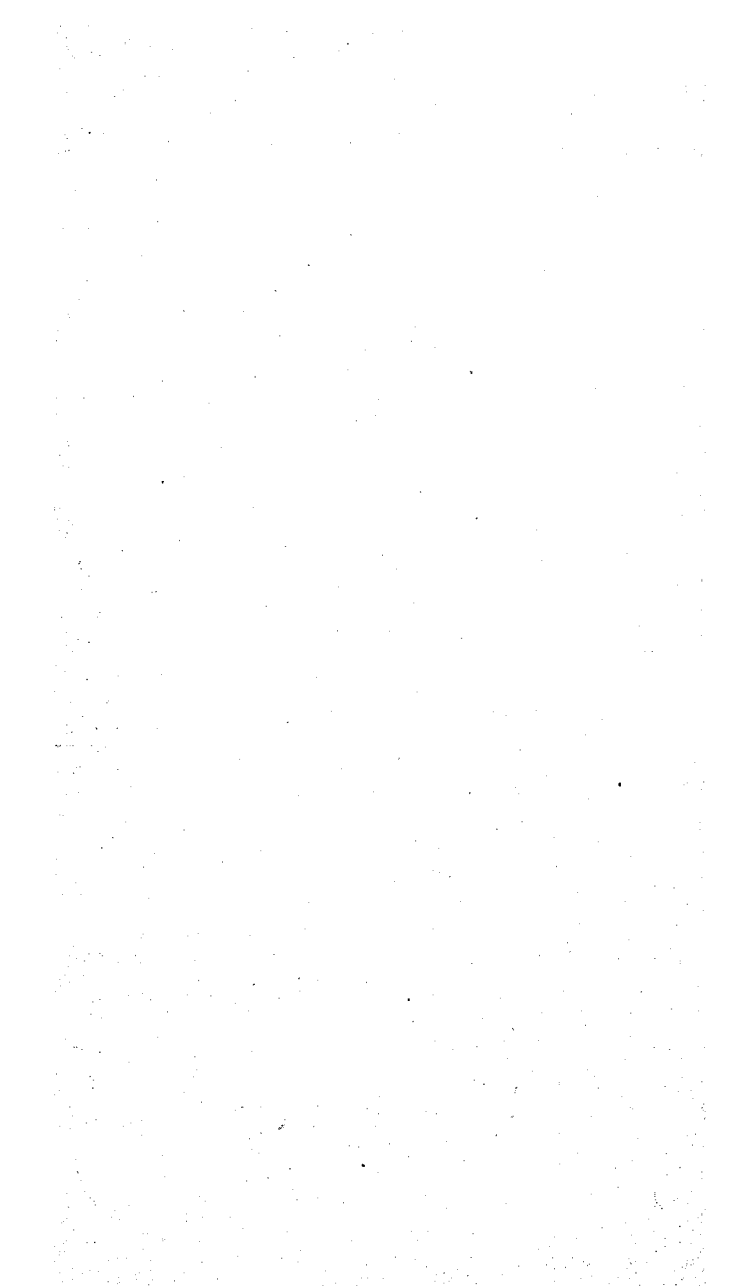
Matilde reía y se alejaba.

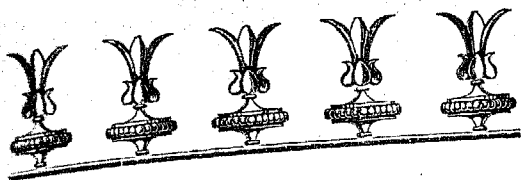
—¡Tío *Claudio*, buenas tardes!

—¡Buenas tardes, querida... nuera!

Sonó a lo lejos la última risa; las notas alegres iban perdiéndose en los aires, y la muñequita feudal se alejaba por el camino enarenado, destacándose su silueta gentil entre los verdes bojes, como con líneas vigorosas de luz. Allá iba... Allá iba... y se perdió al fin... Se perdió como una raya de oro fundida de pronto en el sol que caldeaba los campos.







XIV

La vuelta del vencedor.

Fué una tarde de Junio, ardiente, ya lo dije, como la más ardiente de la canícula; el viejo iba de acá para allá, muy feliz por la lección que había empezado a dar a la marquesa, y más feliz aún por lo que restaba. Pero toda su satisfacción por ese motivo, no era suficiente para calmar la inquietud nerviosa que le produjo el recuerdo de los claveles, evocado por la odiosa personita.

Llamó a Frasquito, el mozo de cuadra, y Frasquito, con cierta confianza

presuntuosa, preguntó a su amo, cuando estuvo en su presencia:

—¿Me porté bien, mi amo?

—Admirablemente... Pero vamos a otro punto ahora: Te acordarías de mi encargo, ¿es verdad?

—¿Pos no había de acordame? puse *laz trampa*, pero *mu* requetebién, sin que me viera ningún *nasío*: están con mucho *isimulo*, mi amo, *naide* jurgará en los *clavele*, sin que caiga en *arguna*.

—Troncho... ¿puedo fiarme?

—¡Vengasté, vengasté!

Siguió el *tío Claudio* a Troncho hasta el macizo de los claveles y le enseñó las trampas; eran como a especie de cepos, con resortes a propósito, que al más leve contacto cerrábanse cogiendo apretadamente aquello que las había movido; máquinas muy primitivas que, dicho sea sin ofender, cogen bonitamente del mismo modo a un animal que a una persona. Había buen número de las infernales máquinas alrededor del macizo. Era lo que decía Troncho:

—*Mirosté* con qué *cuidao* están a *to el reor*; y como *encima* es de noche cuando el ladrón viene..., *pos* no se ve. Si esta noche viene, cae, mi amo, yo le digo *asté* que cae.

El *tío Claudio* quedó satisfecho; encargó mucha reserva a *Troncho*, que se la ofreció cumplida. Entretuvo esto al buen señor algo, pero le abrasaba el deseo de que llegase la noche. Desde que recibió la carta de su hijo anunciándole su próxima presencia en el *Limón*, no podía resistir a nadie, ni resistirse él mismo; sus polémicas con la muñequita feudal distraíanle un poco de aquella tensión nerviosa, pero se necesitaban emociones muy fuertes para absorber un poco aquellas energías.

Declinó la tarde. El sol iba a su ocaso; allá, en el cielo, como rozando con la cúspide del monte, parecía una gran bola de oro detenida en la coronación por milagro y próxima a rodar la vertiente para incendiar la tierra; frescas brisas empezaron a orear las

flores, estremeciéndolas de placer al soplo vivificante; oíanse en el fondo de las cañadas las esquilas de los rebaños o los cantares de algún pastor; allá en la altura resonaba también, de vez en cuando, una caracola; las golondrinas volaban a cobijarse en sus nidos, y el soplo fresco, embalsamado con los perfumes campestres, parecía traer hasta el *Limón* y *Marrubiales* ecos vagos de campanas de otras regiones misteriosas.

De pronto, pareció que algunos de aquellos sonos vagos de campanas se fundían con otros más agudos y argentininos, viniendo en el aire sus alegres notas; creció aquel ruidillo mágico, creció más; el oído sutil del viejo apreció ya las notas alegres como sonos de campanillos muy lejanos; aquellos campanillos serían seguramente de los collares de unas mulas; aquellas mulas tirarían con seguridad de un coche; en aquel coche vendría tal vez... El tío *Claudio* sintió una cosa fría en la san-

gre... Quedó inmóvil, sin voz, sin aliento... «¿Y por qué no había de ser?» Sus labios temblaban ligeramente cuando se hizo esta reflexión. El rumor de los campanillos aumentaba. ¡Qué repiqueteo, Dios grande! Pero ¡qué prisa llevaban las mulas... o lo que fueran! Se oyeron ya las herraduras con el sonar de los campanillos; se oyó también el rodar de un coche... Pero ¿sería posible? Señor, ¿es cierto que hay dichas que hacen sufrir, como los dolores más hondos? ¿Era, pues, la hora de sufrir aquella dicha?... Y el *tío Claudio* no se movió, no pudo; sus músculos habíanse aflojado; quizás por primera vez en su vida, se apoyó aquella tarde en la muleta que siempre le sirvió de adorno... Un sudor helado bañaba sus sienes. «¿Y si no era?... ¡No, no era!» Y de pronto, sin que el coche se hubiese detenido aún, pero escuchándose muy cerca herraduras, campanillos, rodaje y restallar de látigo—de pronto, dije—una voz nerviosa, la voz de Agustín, que gritaba:

—¡Ay!... ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y el *tío Claudio* creyó sentir una fuerte mano en el cuello, apretándolo para que no hablara. Y la voz de Agustín repetía desencajadamente:

—¡Que es verdad! ¡Que es verdad! ¡Que está aquí!

¿Dónde? ¿En qué lugar de la finca resonaba aquella voz? Quería ponerse entonces el *tío Claudio* a dilucidar aquello... Pero no fué posible; su pensamiento no le obedecía, se le desmandaba. Permaneció inmóvil aún, sin hablar, sin respirar... El coche se detuvo; se oyeron voces conmovidas de los sirvientes; después, pasos rápidos y otra voz, otra voz vigorosa, de hombre en la plenitud de la vida; otra voz que pareció resucitar al viejo, como la de Jesús resucitó á Lázaro:

—¡Padre! ¿Dónde estás, padre?

—¡Aquí, hijo, aquí!—respondió el *tío Claudio* apagadamente.

Lanzóse hacia él Alfonso con los

brazos tendidos, extendió los suyos el padre, y apoyándose sobre el robusto pecho la venerable cabeza blanca, permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos. Agustín, algo apartado, se enjugaba las lágrimas; la servidumbre detrás de él, permanecía silenciosa. La luna alumbraba la sierra con pálida luz.

Después de una solemne pausa, separó el *tío Claudio* la frente del pecho de Alfonso y exclamó con grave acento:

—Bien venido a este hogar que santificó una madre y una esposa buena, que hoy lo ennoblece el hijo... Un sabio y un hombre de bien.

—¿Y tú, padre?—contestó Alfonso ardientemente.—Sin ti, ¿qué sería de este hogar... y de este hijo? Sin estas canas venerables que eran mi sostén y mi amor, ¿hubiese yo triunfado?

Y como había ofrecido en la famosa epístola, las besó religiosamente.

—Déjanos ahora, Agustín—dijo el viejo en voz ahogada.

—¡Bien venido!—exclamó Agustín queriendo besar las manos de Alfonso; pero él las retiró riéndose y le dió un abrazo.

El viejo decía impaciente:

—Ven, siéntate... Siéntate aquí... Quiero hablarte, quiero oírte.

Agustín se fué con los otros, y el tío *Claudio*, tirando con suavidad de su hijo, condújole a un banco—el mismo precisamente donde aquella tarde estuvo sentada la muñequita feudal.—Miró con orgullo aquel rostro noble, de rasgos acentuados, que se destacaban perfectamente a la luz de la luna. Alfonso decía:

—¿Qué me quieres oír y qué he de decirte? Te lo conté todo en mi última carta. Lo que no te conté, te lo habrás figurado.

—¡Y no habérmelo dicho!

El viejo habló en un tono de queja tan dulce, que conmovía.

—Porque tu tranquilidad era para mí antes que todo. Cuando yo, con

los datos que me habían dado, visité detenidamente los terrenos, cuando hice mis experiencias y sostuve que estaba la riqueza allí, ¡entonces, entonces empezó mi calvario! Yo estaba convencido; yo tenía fe... Pero ¿cómo llevar la fe, la convicción al alma y al cerebro de los demás? Poner en práctica mis planes por mí solo, era imposible; mi fortuna personal, la que heredé de mi madre, hubiera sido una gota de agua en el mar inmenso.

—¿Y no me tenías a mí?

—Hubiera sido una gota más, padre... Y desde el primer momento, me había jurado no turbar tu reposo en esta gran lucha que iba a sostener. Era preciso, primeramente, adquirir aquellas inmensas planicies; después, máquinas de todas clases, con todas las perfecciones; mantener, por último, a una inmensa familia obrera, Dios sabía cuánto tiempo, un mes, un año... ¡Quién lo hubiera podido decir! Hasta que el filón se hallase; hasta que la

tierra pródiga compensara con su producto el trabajo impropio, las infinitas penalidades y zozobras de quien tuviera valor para arrostrarlo todo. Era necesario, en fin, la reunión de muchos capitales para emprender la gran obra.

—¡Hijo mío! Hiciste bien en no contarme nada; hubiera muerto de inquietud pensando en ti.

Y al pobre *tío Claudio* parecía un sueño, un dulce sueño, que todo hubiese pasado ya, y que su hijo estuviera allí, en el *Limón*, rodeado de flores, como en sus cartas decía.

—Sin embargo—había añadido Alfonso cuyo acento vibraba nerviosamente al recordar aquellas horas de enconadas luchas—no fué eso lo más difícil; convencer a un hombre, a dos, a ciento, reunir todas esas voluntades, hacer sentir a estos hombres todo lo que yo sentía, hacerles confiar en todo lo que yo confiaba, ese trabajo no es de hombres, es de colosos, ahora lo sé, padre... Pero se consigue... Se

consigue como Dios quiera; pisando zarzas... Dejándose en las zarzas el corazón, las energías... Pero se consigue. ¿Qué importa dejarlo todo, si las creencias, la fe, van siempre con uno?

—¡Bien, hijo, bien!—exclamó el tío Claudio henchido el corazón de lágrimas.

—¡Yo lo conseguí!—añadió Alfonso;—pero cuando estuvo conseguido, empezó la segunda parte, la parte más gigantesca de la lucha; la lucha contra la envidia, contra la calumnia, contra la indiferencia, porque la indiferencia, padre, yo te lo digo, es el mayor, el más temible obstáculo de las aspiraciones nobles. ¡El filón!... ¡El filón hacía falta!—añadió Alfonso, chispeantes las pupilas de poder y fiereza. El filón era mi único argumento, mi arma única para vencer... Yo la buscaba, y mientras tanto, el enemigo esgrimía todas las suyas... Mientras tanto, aquellas galerías inmensas, aquellos fosos pro-

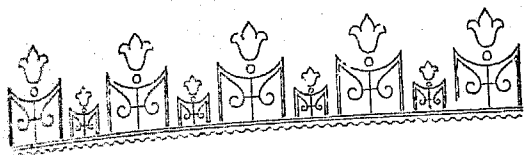
fundos, eran abismos donde iban hundiéndose las fortunas de los seres que se habían confiado a mí. Yo pedía *más...* ¡Siempre *más!* Y más se me daba. Y todo y más se hundía en los abismos insondables. El enemigo, mientras, revolvíase feroz sin tener enfrente a nadie que le contrarrestara. Y mi continuo grito «¡Más!... ¡Más!», era como puñal que yo mismo hundiera en mi cuello al lado de los que contra mí combatían. Se inició con esto la duda, empezó la desconfianza, y a mi grito doloroso respondiódome ya con la mofa y con el insulto... ¡Oh, padre! ¡Y yo estaba convencido! Allí, bajo mis pies, al alcance de mis manos, las entrañas de la tierra, estériles hasta entonces, iban a convertirse en raudal infinito de oro. ¡Y ya no tenía a nadie! ¡Con nadie contaba ya! ¡Solo! ¡Era el descrédito!... ¡Era la muerte!... ¡Algo peor que la muerte! La deshonra, padre, la deshonra, en la cual yo pensaba, loco de terror, atravesando, como una visión

maldita, con la lámpara en una mano y la piqueta en otra, aquellas galerías solitarias, en lúgubre silencio... Aquellas galerías, donde antes resonaba imponente la voz del trabajo como la voz de Dios... Y allí, en mi soledad, en el corazón de la tierra, corría frenético pensando en mi madre, pensando en ti, pensando en otra visión dulce que parecía deslizarse, silenciosa, delante de mis ojos..., y pensando en todo esto, y en mi deshonra, y en mi muerte, veía girar en torno mío la felicidad, el amor, el trabajo, figuras simbólicas que nunca hasta entonces había yo entrevisto en mis sueños, y golpeaba furioso, desesperado, y saltaban las chispas del acero al chocar contra el terruño, como de mis ojos hubiera yo querido que saltase fuego para abrasar a la tierra que me repelía... ¡Y entonces lo conseguí!... Lo conseguí porque la fe, porque la perseverancia, no me abandonaron. ¡Era el filón! ¡El manantial inagotable! ¡La espada vencedora que al fin podría

ser esgrimida para destruir de un solo golpe la calumnia, la envidia, la indiferencia! ¡Para destruir los desalientos y la desconfianza! ¡Para destruirlo todo! ¡Era el filón! ¡Era la verdad! ¡Allí estaba! ¡Y después, la fortuna, el poderío!... ¡Y mi honra, padre! ¡La honra de tu hijo, que quedó incólume y subió alto, muy alto, cuando iba a morir sepultada, en la última, en la más honda capa de la tierra!

Habíase levantado y accionaba fieramente como en la hora inmensa del combate, descubierta, erguida la cabeza, brillando en su frente poderosa y pálida y en sus ojos avasalladores, la inspiración y la verdad. Pero sus últimas palabras fueron secas, desgarradas, como crujir de tronco que el rayo hiende por en medio. Al decirlas, cayó en brazos de su padre como sin vida. Le acogió el viejo sin decir nada entonces; ni una palabra, ni un ademán, ni un suspiro. ¡Todo, hasta la misma demostración de su sentimiento, le hubiera

parecido una impiedad en aquel instante; la naturaleza pareció callar también todos sus misteriosos ruidos ante aquel grupo hermoso, representación de la vida; las flores inclinábanse en sus tallos, como misteriosos, diminutos seres, ávidos de oír aún en la boca del hombre aquel himno ardiente al trabajo, Dios grande que le redime; las brisas parecieron oír también, calladas, entre las frondas, aquel canto singular nunca oído; hasta las aguas del pilar borbottaron y deslizábanse por el diminuto canalillo con recogimiento para no interrumpir el solemne reposo de aquellas dos almas que se fundían. La luna, en la inmensidad silenciosa, apagando con su brillo el de los otros mundos lejanos, vertía su luz sobre la tierra como una bendición; y los montes, los arroyos, los árboles, la naturaleza, en fin, parecían doblar la frente alabando a Dios con esas mil plegarias misteriosas del silencio.



XV

A la luz de la luna.

—¡Ea, no hay que sufrir por lo pasado!—¿Será preciso inspirarte valor ahora?

—No, padre, —contestó Alfonso, como si saliera de un sueño penosísimo,—tienes razón; ya pasó todo.

—Bien; hablaremos de este asunto aún; puedes suponer que no voy a satisfacerme tan pronto. ¡Ea! Ahora a cenar, y luego a dormir. Estarás muy cansado... Mañana te enseñaré la huerta; verás qué flores... Mira—añadió de pronto con mucha naturalidad:—ahora que me acuerdo, te haré una pregunta...

Es cosa de mucha importancia, no creas.

—Me pones en cuidado. ¿Qué es ello?

—No es tampoco para alarmarse; pero oye: en tu historia entrecogí algunas palabras... «Una peregrina visión, como otro imposible, iba deslizándose o escondiéndose delante de ti, en los rincones y las encrucijadas, como el genio misterioso de las minas».

—¡Oh, padre!,—murmuró Alfonso, confundido.

—¿Hay, pues, en el mundo una mujer que es para ti tanto como la vida, cuando en trances tan supremos piensas en ella?

—No te engaño, es verdad,—contestó Alfonso apenadamente.

—¿Por qué esa pena? ¿Tanto la amas?

—No sé decírtelo; pero el triunfo, la misma vida, todo es inútil para mí sin ella... ¡Y ella...

—¿Qué ibas a decir, muchacho?

¿Que ella no te quiere? No seas tonto. A un hombre como tú le quiere todo el mundo.

Y el viejo se echó a reir pensando en la singular coincidencia que le hacía tener en sus redes a los dos más bellos tórtolos que cantaran amor en el mundo.

El *gran hombre* decía reflexivo:

—Tengo mis dudas; no todos han de pensar de mí como tú, padre... Se trata de un espíritu superior... Bajo una apariencia frívola, hay allí un carácter pensador y fuerte.

Y el viejo, mirando con disimulo hacia la otra huerta murmuró.

—¡Ya verás, muñequita!

Alfonso continuaba:

—Pero hay algo que me entristece, padre: orgullosa de su nacimiento, no es lógico que quiera unir su destino al mío. No sabes hasta qué punto la absorbe esa estúpida preocupación de las razas.

—¡Dímelo tú a mí!—exclamó el viejo ingenuamente.

—¿Qué dices?—preguntó Alfonso admirado.

—Nada, nada, continúa,—repuso el viejo con fingida impasibilidad, disimulando así su indiscreción.

—Sin embargo,—prosiguió Alfonso, absorbiéndose otra vez en su pensamiento,—creí entrever al despedirme de ella una confesión tácita; la ví llorar y me lo dijo besando unas flores que yo acababa de darle.

—Sí, el ramito de violetas,—exclamó el viejo sin poder contenerse.

—Pero, padre, ¿qué dices?

Le miró su padre aturdido, de un modo tan cómico, que hubiese hecho reír a cualquiera en aquel momento. Pero el *tío Claudio*, sin ganas de reír, renegando interiormente de sus indiscreciones, añadió con mucha candidez:

—Bueno, sigue, anda.

—¡Pero es que fué un ramo de violetas lo que la dí!

—¡Ah, con que fueron violetas!

¡Vaya un apuro el del viejo! Salió de él añadiendo admirativamente:

—¡Para que veas... lo que es la experiencia de un viejo! Hasta adiviné la clase de flores que le diste... Vamos, anda... ¿Qué te dijo?

Le pareció al *gran hombre* que la experiencia de su padre era ya mucha; pero sin fijarse más en este detalle, exclamó melancólicamente:

—¡Me parece oírla! «Tenga usted fe; vencedor o vencido, le espera un alma honrada con alegrías para sus alegrías, con lágrimas sinceras de pesadumbre para sus pesadumbres».

El *tío Claudio* pensó al oír lo que antecede:

«¡Digo, supo engancharmelo la muy gitana!»

—En medio de mis triunfos, conmigo iba ella en mi corazón y en mi memoria. No me atrevía a escribirla unas veces... No pude otras, en el mortal conflicto en que vivía... La busqué ansioso al regresar a Madrid y no pude verla; me recibió un antiguo servidor de la casa; creí morirme cuando me dijo que

estaba ausente... Aunque le ví vacilar no quiso indicarme su residencia. ¡Ella se lo encargaría, es seguro! Inútilmente he buscado... ¡Ya ves, padre! Si al despedirnos pude abrigar alguna esperanza, lo que es a mi regreso, no puede estar peor el asunto... No, no me es posible vivir en esta incertidumbre. Me aguardabas y he venido; pero eres bueno y me dejarás ir otra vez; me dejarás ir en su busca,—añadió exaltadamente,—me dejarás conseguir mi gloria, ¡padre!, buscando ese otro filón más bello y más rico que ninguno... Agua cristalina, de la que mi corazón sediento quiere beber para no ahogarse.

—¡Muy bonito!,—contestó el *tío Claudio*, en el tono que usaba para hacer rabiar a Matilde.—Esto es lo malo que tienen los grandes hombres, señor; en enamorándose, son unos hombres simples como todos los demás.

—Sí, sí, padre, ya lo sé... Pero me dejarás ir, ¿no es cierto?

—¡Calma, hombre, calma..., que ya parecerá *tu marquesa*!

—¿Qué dices? ¡Repítelo...! ¡Habla por Dios! ¿Por qué has dicho *mi marquesa*?... ¿Por qué lo has dicho en ese tono?

—Pero ¿dónde vas a parar, muchacho? Dije tu marquesa porque es lo menos que tú te mereces. Lo que es por mí, ni con una reina tendrías bastante.

Alfonso quedó abatido; el viejo proseguía, animándole:

—¡Ea, a cenar ahora, y a descansar seguidamente! Mira, antes que te duermas iré a darte un ratito de compañía como en otros tiempos.

—Sí..., sí,—dijo el *gran hombre*, resignándose.

Se dieron otro abrazo. El joven alejábase.

—Y no te apures,—añadió el *tío Claudio* marrulleramente.

—¡Me admiras, padre!,—gritó Alfonso, deteniéndose como sobrecogido.

—¡Silencio!

—Pero, ¿qué pasa? ¿Quieres explicármelo, por Dios?

Y volvía otra vez hacia su padre.

—¡Silencio... y a la camita en cuanto cenés!,—contestó el *tío Claudio* en tonillo que intrigaba al *gran hombre*, de un modo profundo.

—Bien, hasta luego.

Y alejábase otra vez resignadamente.

—Tardaré poco; mientras doy algunas órdenes nada más.

Y prosiguió en seguida, alzando la voz, porque Alfonso estaba ya algo distante:

—En tu cuarto hallarás una cosa de muy dulces recuerdos.

—¿De dulces recuerdos?,—repitió Alfonso como si tratase de adivinar y deteniéndose nuevamente.

—¡Tu *Stradivarius*! ¡El regalo de la pobrecita que murió!

—¡Ah..., voy..., voy!,—gritó Alfonso conmovido.

Y avanzó apresuradamente hacia

la casa. El *tío Claudio* le habló aún.
—¿Te acuerdas del *Vals de la vida*?

Y se oyó lejana la voz de Alfonso, dejando en el silencio de la noche un eco dulce, de suspiro:

—Me lo enseñó mi madre... ¿Quieres que lo haya olvidado? ¡Ya verás! ¡Ya verás!

Necesitaba el viejo quedarse solo para reflexionar bien en aquel asunto magno en que se había metido; no era de cualquier cosa, era de la felicidad de Alfonso de lo que se trataba. Sin creer en augurios, aquella coincidencia que había reunido allí a la muñequita feudal y al *gran hombre*, tenía encantado; por lo pronto, lo primero que pensó, no menos feliz, fué que el *gran hombre* correspondía al amor de Matilde, noble, y lealmente, como era de esperar por su índole caballerosa, y por merecerlo ella. ¿Eran dignos el uno del otro? ¿Serían felices?... El *tío Claudio* estaba tranquilo. Bajo el exte-

rrior de aquella joven ligera y bulliciosa, sabíalo él. demás, había un alma fuerte y pura. ¡Ah, su hijo la conocía bien! Las preocupaciones de Matilde, referentes al nacimiento, le inquietaban un poco; pero concebía cierta esperanza pensando que Matilde no pasó junto a él algunos meses inútilmente; llevó muy duras lecciones; y el carácter de la muñequita no era de los que dejan pasar las lecciones sin aprovecharlas. Inspirábale desde luego bastante tranquilidad la lección última, cuyos resultados iba a saber muy pronto, puesto que su hijo estaba ya en el *Limón*. ¿Qué diría Matilde cuando supiera que el hombre de su amor, el genial, el fuerte, el alma generosa, el *gran hombre*, en fin, admiración de su época, era el hijo del *tío Claudio*? Comparó la figura monstruosa de *Troncho*, envuelto en su ridícula indumentaria, con el tipo noble de Alfonso, su belleza varonil, sus ademanes llenos de gracia y distinción, y gozaba como un niño al pensar

en el efecto que la estupenda nueva iba a producir a la odiosa muñequita.

Paseábase absorto en sus reflexiones. «Pero ¿cómo dispondría las cosas para el primer encuentro? Era importantísimo prepararlo bien; que pareciese todo muy natural. Era la prueba grande y única a que el amor de Matilde iba a ser sometido».

Detúvose en esto junto al macizo de claveles; se acordó entonces de las trampas. Si hubiera dado un paso más cae. Para evitar este peligro sentóse en un banco. Pensó en los claveles... ¿Quién sería el ladrón? Estaría bueno que se presentara aquella noche.

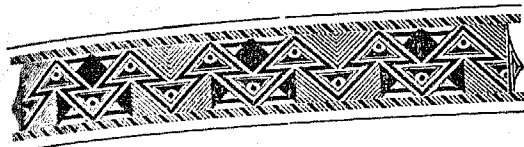
La noche era hermosísima; un vienteillo húmedo, saturado de perfumes, henchía los pulmones del viejo, alegrándole y rejuveneciéndole. Sonreíase de su fortuna; confiaba siempre en Dios.

Cerró los ojos un momento y pensó en su mujer; las figuras de Matilde y Alfonso uniéronse a ella en su cerebro, girando allí como chispitas brillantes.

«¡Qué noche!, —pensó profundamente conmovido.—Llegan hasta mi corazón, fortificándole, estas brisas balsámicas de nardos y claveles; induce a los pensamientos graves esa inmensidad silenciosa poblada de mundos... Esa luz de la luna, de eterno misterio!... el ruiseñor canta...—¡Oh, sierra, sierra cordobesa mía!,—dijo, descubriéndose y mirando al cielo con inefable quietud.—A estas horas, y en tus solitarias cumbres, es cuando mejor se comprende la grandiosa comunidad de Dios con el hombre.

Y en el silencio misterioso, los ruidillos del agua borbotando del pilar, parecieron decir suavemente una vez y otra: «¡Amén! ¡Amén!»





XVI

El vals de la vida.

A la hora en que se pronunciaron estos *amenes*, soltó Matilde la pluma; acababa de escribir una carta, era para el *tutor*, contestando a otra que había recibido aquella tarde.

¿Qué hora sería?, miró el reloj; las once. Las once de la noche en el corazón de la sierra, es una hora que no se concibe; nadie la conoce; a esa hora el mundo duerme... En *Marrubiales* a lo menos, dormían todos, a excepción de Matilde.

Abrió una puertecita del fondo del comedor, y descendiendo dos o tres

peldaños, hallóse en la huerta. Anduvo hacia la tapia famosa, y conforme iba aproximándose, su paso se hizo más sigiloso. Tendidas al pie de la tapia había dos pequeñas escaleras de mano; las apoyó juntas en el muro, subió lentamente por una y se asomó a la huerta del *Limón* despacito, con gran cuidado... «Qué, ¿me venderás tú?», pensó, mirando a la luna; y la gran cara de madrota complaciente sonreíale sin hablar. Si la luna la vendía, ¡buena la iba a hacer entonces! Subió otro peldaño y detúvose para observar... ¡Si no hubiese tenido que escribir aquella noche! Si se hubiese asomado antes, ¡cuántas cosas, gran Dios, hubiera descubierto!

No vió a nadie. El banco donde el viejecito estaba aún, no se distinguía, medio oculto por una pared de enredaderas, que daban sombra y frescura a este sitio.

Quedó un momento como indecisa; inclinóse después de pronto; cogió la

otra escalera, y pasándola al *Limón*, sin el más ligero roce en el caballete, sin el menor ruido, la apoyó bien sobre la tapia, encontrándose, hecho esto, en el minuto verdaderamente peligroso de tener que pasar ella asimismo. ¡Qué apuro! Latíale el corazón con rapidez; en aquel momento sentía una inquietud *regular*, como si de veras fuese a cometer un robo. Salió al fin del empeño con menos trabajo del que hubiera podido pensarse. ¡Ah, muñequita! Conociase bien; no era la vez única que había pasado aquel Rubicón. No se había sentido ni el roce siquiera de la falda.

Descendiendo por la escalerita, entregábase a reflexiones muy graves, temblando y sonriente, gozando con anticipación del mal humor del viejo al otro día, y temerosa de que la sorprendieran. No sabía explicárselo aún, pero llegó a tomar verdadero cariño al *tío Claudio*, ¡aquel viejecito de arranques tan feroces... y corazón tan bonda-

doso!... Le divertía hacerle rabiar como se les hace rabiar a los niños, para colmarles después de caricias. Sí, aquella noche se los llevaba también y serían los más hermosos; los había visto perfectamente por la tarde. Acabó de bajar y anduvo con gran cuidado el trecho que la separaba de los claveles... Pero al otro día, muy tempranito, cuando estuviera el viejo con el sofoquín, le mandaría los tulipanes, todos aquellos tulipanes que a él tanto le gustaban; y un billete muy perfumado, diciéndole: *Obsequio a su mortal enemigo*. Y la firma: *La ladrona de los claveles*.

Le faltó poco para soltar la risa, pensando en la escena; pero contúvose a tiempo. Se había detenido junto al macizo, en la espesa sombra formada por unos árboles. ¡Ah, muñequita feudal! Ella no sabía que un momento de descuido puede perder al batallador más famoso. «¡Ea! ¡Manos a la obra!» Dió un paso... Dió otro paso... En el silencio augusto de la noche, únicamente

sentíase el ruidillo del agua, borbotando del pilar... ¿Estaría diciendo amenes todavía? ¿Estaría tal vez aconsejando a la incauta que retrocediera?

Dió otro paso... ¡Cielos! La punta del menudo piececillo tocaba ya una horrible trampa de aquellas... Pero quedó inmóvil, extática, con una palidez de muerte. Había llenado los aires de pronto un raudal divino de notas. Eran las notas de un violín... No, no fué la seguridad, la maestría de la mano que arrancaba aquellas notas, lo que la dejó paralizada como muerta, trastornando en un segundo todas sus facultades: fué la música. ¡Era *El vals de la vida!* ¡Dios poderoso! ¿Había enloquecido de repente? ¿Qué le pasaba? ¡Era el vals, sí, aquel vals tocado por Alfonso en otra ocasión; aquel vals compuesto por una madre para su hijo, que solamente su hijo lo sabía, que su hijo solamente lo tocaba! Pero ¿no era un delirio aquello? Quedó transpuesta, sin respirar, las manos sobre el corazón... Sí, era el

vals, no dudaba... ¡Ay!... ¿Pero quién podía tocar allí, en la casa del *tío Claudio*, con tanta precisión y ternura?... ¿Y quién podría tocar aquel vals, escrito por una santa mujer ya muerta y sólo conocido por Alfonso, que estaba cumpliendo entonces su gran misión redentora, de trabajo, en cualquier parte, la más lejana tal vez del mundo?... ¡Oh, Alfonso, Alfonso!... Pero ¿qué zozobras eran aquellas?... ¿Qué presentimientos los de su alma?... Y el vals seguía mágico, sugestivo, enloquecedor, imponente de tanta hermosura, más imponente y más bello en la quietud santa de la noche. Las notas llenaban el espacio, sollozantes, risueñas, como ansias sin realizar, como gritos ardientes de amor a la vida y al mundo... ¡Oh, mujeres! Aquel vals fué primero el himno lanzado por una mujer joven que espiraba, y después de muerta, la madre saliendo de su tumba para llorar de amor junto al hijo adoradísimo... El vals seguía... seguía... Pero de pronto

se oyó un grito inmenso; la música cesó súbitamente, como copa finísima que se quiebra; el *tío Claudio* empezó a dar voces; dentro de la casa oyéronse voces también; el jardinero abrió su ventana para disparar desde ella; fué una confusión espantosa. Alfonso, desde un balcón, llamaba a su padre alarmado. «¡El ladrón! ¡El ladrón!—decía el viejo—¡ya ha caído!»... Corría todo el mundo... Agustín se presentó con una espada formidable; *Troncho*, con un tranco como un demonio... El *gran hombre*, lanzóse también a la huerta... Y en aquel concertante singularísimo, se destacaba la voz llorosa de la muñequita feudal, pidiendo clemencia al caballero del *Limón*. ¡Ay, sí! La pobre muñequita, que al primer movimiento que hizo cayó, porque era inevitable, en la emboscada que el viejo había preparado al ladrón de sus claveles.

—¡*Tío Claudio!* ¡*Tío Claudio!*

Y la muñequita feudal gemía desolada.

¿Qué era aquello? ¿Quién nombraba al *tío Claudio*?

Se aproximó el viejo cautelosamente al macizo, y soltó una risa estrepitosa. ¡Había conocido al ladrón!

—¡*Tío Claudio*,—decía ella—que no lo haré más! ¡Sáqueme usted de aquí! ¡Sáqueme usted, por Dios!

—¡Con que era usted! Digo... ¡Y la carita mansa que ponía esta tarde hablando de mis pobres claveles! ¡Ah, pérfida!

—¡No, no soy pérfida, *tío Claudio*! —clamaba la culpable en tonillo mimoso y doliente.—¡No soy pérfida! ¡No le dije a usted la verdad cuando le hablaba de mí! ¡Era todo broma, como esto de robarle los claveles! ¡Yo no duermo tanto!... ¡Ni paseo tanto!... ¡Ni estoy en el tocador tanto!... ¡Ni hablo tan mal de nadie!... ¡Yo trabajo mucho en mis labores!... ¡Yo estudio mucho! ¡Yo hablo mucho de cosas útiles con mi padre... Y con el *tutor*, el otro viejecito bueno!... Me gusta más

eso que todo lo que le dije. ¡Ay, tío Claudio de mi alma! ¡Pero por Dios, sáqueme usted de aquí, que si yo venía en broma por sus claveles, ya era la última vez, y mañana muy tempranito iba a descubrirme yo misma y mandar a usted todos, todos mis tulipanes. ¡Ay, tío Claudio! ¡Tío Claudio! ¡Sáqueme usted de aquí!

—La saco a usted, pero con una condición... ¿Se casará usted con mi hijo?

—¡Oh, eso nunca!—exclamó la muñequita feudal horrorizada.

—Pero ¿qué ocurre aquí? ¿Qué es esto?—decía Alfonso llegando apresuradamente.

—¡Alfonso!—gritó Matilde (le reconoció al instante)—¡Dios..., Dios mío!, ¿qué pasa aquí esta noche?

Fué esta una exclamación inmensa: el asombro y la alegría estuvieron a punto de volverla loca.

«¡Divinos cielos!... ¡Y sin que la sacasen de allí! ¿Qué iba a pensar el

gran hombre?... Pero el *gran hombre*, ¿qué hacía en la huerta del *Limón*? ¡Ay, sí!... ¡Enloquecía!» Figuraos por otra parte lo que pasó por Alfonso, al conocer a Matilde, la criatura adorada a quien tan lejos y tan oculta creía.

—¡Matilde!... ¡Matilde!

Y estrechaba las manos que ella le abandonó inconscientemente, con un feliz aniquilamiento de todas sus facultades.

—Pero ¿qué hace usted aquí, Matilde?

—Cállate —díjole el *tío Claudio* aparte.

Alfonso contúvose mudo de sorpresa; y el viejo, hablando entonces a la muñequita feudal, añadió riendo con pavorosa perfidia:

—¿Se casará usted con mi hijo?

«¡Pero padre!,» iba a gritar Alfonso.

¡Ay!, no pudo; le quitó el habla y aun el aliento la respuesta de Matilde.

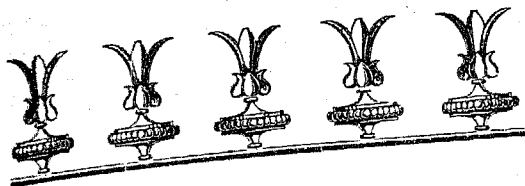
—¡Horror! ¡Nunca!—había gritado

prontamente la triste damita de *Marrubiales*.

«¡De buena cosa le iban a hablar! ¡Y estando allí él!... ¡Su adorado Alfonso! ¡Era feroz aquel viejecillo!»

El *tío Claudio* reía... reía delante de la muñequita feudal con toda su alma, como ella había reído por la tarde, delante de Frasquito. Matilde miraba ahora a la tapia, consternadamente, con temor tal vez de que su padre despertase, miraba al *tío Claudio*, con elocuencia dolorosísima, para que no la abrumara delante del *gran hombre*, que se había presentado allí, como surgido de la tierra..., y miraba al *gran hombre*, en fin, henchida el alma de ternura... «¡Ay, Alfonso!» El *gran hombre*, a su vez, los miraba a los dos, atónito, confuso, suspenso, convencido enteramente de encontrarse en tal hora en otro mundo... en el mundo sin igual de las quimeras.





XVII

Idilio matutino.

Temprano ciertamente despertó al otro día el *gran hombre*, pero la muñeca feudal no durmió. Había sido mucho aquello. Lo enorme, lo terrible no era precisamente que la hubiese sorprendido el *tío Claudio* en aquel instante cruel, sino que se hubiese presentado también el dichoso minero en tal punto. ¡Muy esperado era en verdad, pero llegó cuando menos falta hacía! No tuvo tiempo la muñequita ni para volver en sí de su sorpresa, por lo pronto que el *tío Claudio*, sin más explicaciones, inte-

rrumpiendo su risa, hizo repartir guardias, no sin ofrecer antes para el día siguiente muy grandes cosas. «¿Qué grandes cosas eran aquellas?»

—Mañana será otro día—exclamó el viejo marrullero—señora marquesa, figúrese usted que no ha pasado nada; figúrese usted que no hemos cogido al ladrón de los claveles; el señor don Alfonso y yo nos vamos al punto; la dejamos a usted sola, para que se marche lindamente por el mismo sitio que hasta aquí la trajo; porque la verdad, ahora, no es posible volver por otro... —¡Y cómo reía el viejo malvado explicándose!—Buenas noches, señora marquesa.—Y el otro, como embobado, sin decir una palabra... Y allá se fueron... Y así quedó todo. Vamos a ver: con estas cosas, ¿cómo le hubiera sido posible dormir a la muñequita feudal? La impaciencia la hacía morir. «¡Gran Dios, qué noche!»

Madrugó Alfonso mucho; bajó al jardín muy temprano; llevaba ya una

carta en el bolsillo y tenía el propósito firme de hacer que llegase a la muñequita feudal inmediatamente, a costa de lo que fuera. ¡Qué carta! La tenía escrita desde la noche antes; la escribió en el punto en que, forzosamente y sin más explicaciones, tuvo que separarse de Matilde, después de haberla dado libertad, él mismo, *deshaciendo dulcemente* los yerros. Le parecía soñar... Un sueño inconcebible, de voluptuosidad y ternura, cuando sus dedos rozaron temblorosos los lindos pies del ídolo, mientras aflojaba las pavorosas trampas.

Sí, tuvo que marcharse con su padre; irse de allí... Dejarla sola, en aquel rinconcillo delicioso del verjél del *Limón*; dejarla con su sorpresa, con sus confusiones, con su inquietud. Encerrado en su cuarto, escribió aquella carta, nervioso, febril, como hundido en un sueño y rodeado de quimeras. Escribió la carta y tuvo fortuna, digo, porque logró su intento de hacerla llegar a su destino inmediatamente.

Apoyó sobre la tapia la escalera del jardinero, y se asomó a la huerta de *Marrubiales*. No pudo entonces formarse idea del bello cuadro que se presentó a sus ojos, de árboles frondosísimos, de arbustos raros, de artísticas fuentes, de estatuas maravillosas, de misteriosos pabellones, todo riente, fresco, fragante, como despertando con el alba a nueva vida. El sol no había apuntado aún; el rocío inundaba las verdes hojas, las figuras de piedra, los bancos rústicos, los cristales y los techos de colores, las hierbecillas que bordaban el suelo como sutil, invisible manto de hadas ornamentándolo todo, en fin, con temblorosos encajes cristalinos. Allá, algo lejos, había una elegante marquesina, sobre la misma hermosa fachada; en la menuda arena mecedoras y algunos sillones en desorden; apoyada en un gran jarrón una preciosa sombrilla... ¡prenda de Matilde, indudablemente! Hasta le pareció distinguir las señales de los pies del ídolo sobre la fina arena.

Abstrájole de su recogimiento extático la súbita aparición de un lindo muñequillo de *biscuit*... de una muchacha bajita y pizpereta, de ademanes sueltos y mejillas encarnadas; un tipo singularmente acabado de doncellita de casa grande. Alfonso no la conocía, no la había visto en otra época en casa del marqués; pero se hizo cargo al punto; era la doncella de Matilde. Sin andar con rodeos, la llamó, siseando misteriosamente. Al volver la niña la cara, la indicó que se aproximase; acudió con presteza, y el *gran hombre* le entregó su carta, más listo aún, diciéndole:— Para tu señorita; ahora mismo.—Y desapareció de la tapia, dejando al muñequín con la boca abierta por el estupor y con la carta en la mano.

A la media hora no sabía ya Alfonso qué hacer; parecíale que había pasado una eternidad desde que entregó su carta; hizo doscientas mil cosas en aquellos treinta minutos... creyó que las había hecho, no se explicaba que el

tiempo pudiese andar tan despacio. Recorrió toda la huerta diez veces; se metió en la casa y salió de ella otras tantas; como último recurso, desolado, muerto de ansiedad e inquietud, se asomó a la tapia de nuevo. Vió otra vez a la doncella... ¡Ay!... ¡Entonces comprendió su locura! Matilde estaría descansando aún. La doncella no le habría entregado la carta.

—¿Cómo?, ¿es usted?—exclamó la muchacha, acercándose ligeramente como un cervatillo.

—¿Te sorprende verme aquí otra vez?

—No, no señor;—y la muchacha reía picarescamente.

—¿No habrás podido dar la carta todavía?...

—¡Digo! La entregué al punto... La señorita estaba ya levantada; es muy madrugadora, pero lo que es hoy ha madrugado como nunca.

Alfonso creyó que se caía la escalera, que se caía la tapia, que se caía

él... «Matilde estaría leyendo... habría leído ya tal vez las locuras que él había escrito la anterior noche!» La muchacha seguía charlando: «¡Cómo había madrugado su señorita! ¿Estaría esperando la carta?»...—¿Va usted a darme otra?—preguntó de pronto, relamiéndose el hociquito.

—No, hija; con una es bastante,—contestó el *gran hombre*, alarmadísimo.

—Es que mi señorita recibió la carta muy contenta.

«Menos mal», pensó Alfonso con horrible inquietud. Y le preguntó candorosamente:

—¿Estás segura?

—¡Vaya! Le dije de parte de quién era.

—Pero ¿tú sabes quién yo soy?

—¡Ya lo creo! De parte de un caballero guapísimo, que se asomó a la tapia... Y por eso, como le ví a usted asomado otra vez, creí que iba usted a darme otra.

Iba a contestar Alfonso y la muchacha no le dejó, añadiendo prontamente:

—La señorita está en la huerta, pero no se ve desde aquí. Aguárdese usted un momento que corro a avisarla. Verá usted, verá usted,—y se alejó.

No creía Alfonso que iba a tener tanta fortuna; lo que faltaba era que el caballero guapísimo tuviese arrojo para continuar allí hasta que la marquesita fuera. Y se lo preguntaba interiormente con mucho temor. «¿Quería ir?» Entonces, de pronto, un pensamiento que venía mortificándole desde la noche antes, se arraigó en él con más fuerza. «Su padre le había prohibido en absoluto que hiciese mención a Matilde, si hablaba con ella, del lazo que los unía.» Matilde no estaba al tanto de que el *tío Claudio* era su padre y dependían además intereses muy serios de que no lo supiera mientras no levantara la singular prohibición... «¡Ni en broma quería Alfonso negar a su padre!» «Ni aunque él mismo se lo pidiera!» Fortuna que

sería por unas horas solamente, según aseguró el viejo; y el viejo no era hombre de faltar de ningún modo a una palabra. «Pero ¡qué compromiso! ¿Qué le iba a decir a Matilde cuando hablase con ella? Lo mejor era no hablar... evitar estudiadamente toda clase de explicaciones hasta que el viejo levantara la extraña prohibición...» Iba—con muy gran sacrificio—a retirarse de la tapia, pero quedó allí, como enclavado, al sentir una vocecita de timbre de oro, diciendo entre enojada y risueña:

—Buenos días, señor mío.

—¡Matilde!, —murmuró tembloroso; —perdone usted el atrevimiento. —Se había olvidado de la huerta, de su padre, de la prohibición de éste, de sus propósitos de no hablar con Matilde.

—¡Buena estoy con usted para otorgar perdones! —exclamó la damita muy picada... —Pero ¡qué sorpresa! ¡Cuán lejos estaba yo de pensar que íbamos a encontrarnos de aquel modo!

El *gran hombre* sintió un escal-

frío. «Iban a empezar las preguntas, como si lo viera.» Pero tuvo ánimo para decir:

—¡Tan lejos de usted estaba mi imagen!

—¡Cuidado con lo que se habla! Prohibido en absoluto tergiversar las cuestiones. ¡Yo sí que debiera estar quejosa! ¡Si no es por casualidad,— ¡una casualidad inconcebible!,—no hubiese tenido el honor de cruzar otra vez mi palabra con la del *gran hombre*!

—La ironía sienta mal en usted, yo se lo digo.

—No, no es ironía; es la verdad, sencillamente.

Inclinando el busto sobre la tapia, para acercarse más a Matilde, díjola con sinceridad que hizo conmover a la joven:

—¡Si usted supiera! Cuando regresé a Madrid estuve en su casa al punto. La convicción de que se había usted marchado, de que no me dirían en su casa el lugar de su residencia, duro

golpe fué para mí. Todas mis indagaciones resultaron inútiles.

—Era de usted de quien menos esperaba ya una visita,—repuso ella ruborizada.—Le dí ya por perdido. ¡Tanto tiempo!... La consigna no hubiera reza-do con usted!... créalo.—Y añadió, con el mismo tono de antes, arrugadillo el ceño:

—Me vine a mi huerta de Córdoba... Sí, señor; a llorar aquí, *solita*, mi desengaño... ¡A meditar sin testigos, en la mala condición... en la falsedad de algunos hombres!

—¿Falso yo, Matilde!

De tal modo pronunció el *gran hombre* estas palabras, que ella sintió latir su corazón apresuradamente... Mirándole, sonriéndole con candor de niña, añadió temblorosa:

—La carta de usted me complace mucho; lo he comprendido... Lo he perdonado todo.

—¿Y qué más?—preguntó él, respirando apenas.

—¡Que estoy contenta! ¿Qué más quiere usted?

Alfonso estaba más animado; conociéronse sus alientos, en que pudo expresarse con más facilidad. Lo dijo como lo pensaba: «En lo sucesivo, se acordaría siempre de aquella hora, como de una hora en que, para mirar al cielo, no tuvo que dirigir la vista arriba; que miraba abajo, abajo, y cuanto más miraba, más hermoso creía ver el cielo, más azul y más puro.»

Ella escuchábale riente. «Si el cielo estaba abajo, entonces los diablos ¿andarían por las alturas?... Ella conocía alguno...»

—Diablo soy, sí, lo que usted quiera. Un diablo hechizado; un diablo convertido... Un diablo loco por un ángel... Un diablo que está dispuesto a *descender* del infierno al cielo ahora mismo... si usted se lo permite...—y añadió de pronto, con íntima dulzura, inclinándose mucho sobre la tapia—porque no resulta bien decir a usted a

voz en grito, todas estas cosas... y otras muchas que le quiero decir, callada, muy calladamente.

—¿Son de gran urgencia?—preguntó la muñequita feudal, con gestillo burlón, queriendo así ocultar las conmociones de su alma.

—¡Son... de muerte o vida!

—¡Qué miedo!

—¿Consiente usted?

—Va a salir mi padre.

—Con más motivo; le saludaré cuando salga; él... y usted, saben el gusto que tendré en ello.

—Diablo y tentación todo es uno... La muñequita feudal reía...

Alfonso agregó afectadamente:

—Ya el *tío Claudio* me hizo ciertas confidencias, no crea usted... Por estas escaleritas...

Pero Matilde le interrumpió, para exclamar roja de vergüenza:

—¡Con que el *tío Claudio* le habla a usted de mí! ¡Malo! ¡Malísimo! Por supuesto, cuando llegue la hora, se ajustarán las cuentas.

Pero el *gran hombre*, prosiguió, implacable.

—Por estas escaleritas que se quedaron anoche aquí... y por donde tantas veces subía para hacer rabiar al *tío Claudio* la ladrona de sus flores, yo bajaría ahora para *hacerla rabiar a ella*... digo, si ella me lo permitiese.

—¿Le digo a usted una cosa?

—Ya oigo.

—Pero en confianza.

—Se lo agradezco; venga.

—Que le llevo una ventaja al *tío Claudio*.

—¿Una ventaja?—y el *gran hombre* quedó suspenso de curiosidad, por lo que iba a saber, y de admiración por la seductora malicia que se transparentaba en aquel rostro franco y riente.

—Sí, una ventaja... y muy regular; la de que, si usted bajase, no rabiaría yo, sino todo lo contrario.

Alfonso creyó morir de alegría; trepó la tapia con rapidez, y descendió por la escalera, cómplice de la ladrona

de los claveles. Matilde decía en su tonillo, burlón y bondadoso:

¡Me figuraré que entró usted por la puerta...! ¡Y como tiene usted que decirme tantas... tantísimas cosas...!

Además, mi padre le verá a usted con gusto... Sólo que... no le diremos por dónde ha entrado usted.—Concluyó, así, confusa, emocionada, dejando sus manitas en las del *gran hombre*, que había llegado ya hasta ella y las besaba tiernamente.

—¡Oh, Matilde! ¡cuánto suspiré por este minuto inmenso para mí!... ¡Por estar junto a usted! ¡Por estrechar sus manos como las estrecho hoy! Yo quisiera saber expresar ahora lo que tantas veces dije en mi soledad, durante aquellos días de combate desesperado. Pero no puedo. Delante de usted parece que la voz me falta. No es gratitud sólo lo que le debo a usted por esta indulgencia suya; le debo también la vida... ¡Le debo también el honor, que vale más que la vida!... Porque era

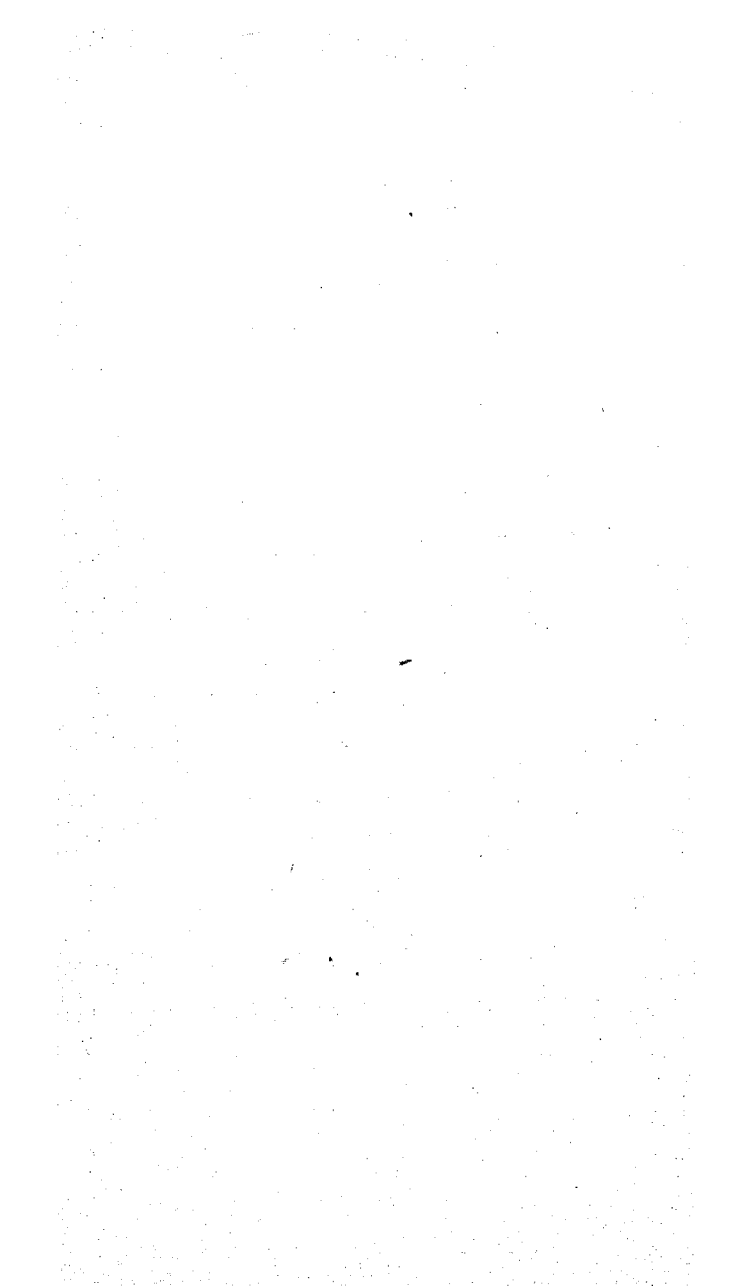
usted aquella silenciosa, dulce imagen... Porque era usted aquel genio misterioso de las minas, que aparecía en mis horas desveladas de terror y desaliento, para decir: «¡Adelante!» y yo seguía adelante, adelante siempre; revolviéndome como un titán que tuviera sobre su pecho un mundo... Revolviéndome, para arrojarlo de mí. ¡Para correr en busca de mi visión adorada; de mi luz salvadora; de mi virgen peregrina; del agua pura, transparente, donde el espíritu sediento se anegase!

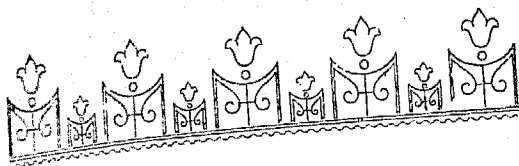
Matilde había ido inclinando la cabeza: escuchaba con religioso recogimiento; sus ojos humedecíanse con lágrimas de amor y ternura... Calló Alfonso, mirándola anhelante, como si la vida le fuese a faltar... Calló Alfonso y ella permanecía aún con el rostro inclinado, sugestionada, rendida, como si una gran voz del cielo estuviera repitiendo lo que el *gran hombre* acababa de decir. Alzó la frente, pálida, temblorosa; encontráronse sus ojos con

los del hombre, que la miraba siempre, anhelante, hermoso, pálido también, conocíase: jugaba su vida Alfonso en aquel momento.

—Alfonso,—dijo ella al fin, en voz apagada, alargándole la mano con un temblor que no podía reprimir;—Alfonso; no es usted un hombre de genio solamente: es más todavía, es usted un hombre de corazón... y fuera para mí una pena grande... ¿lo entiende usted? una pena muy grande... si algún obstáculo se opusiese a la realización de *nuestro sueño*. Esta es mi mano. En vida y en muerte.

—¡Oh, Matilde!—El *gran hombre* no pudo hablar ya. Estrechábanse las manos y mirábanse... ¡Fundíanse sus corazones! En aquel minuto supremo, piaron las golondrinas, lanzándose de sus nidos. Las violetas, los claveles, las mil galanas flores de los arriates y los macizos, estremecíanse de felicidad. Salía el sol.





XVIII

El hijo del tío Claudio.

Oyeron de repente en lo alto de la tapia una voz cascadilla y socarrona hasta lo indecible:

—Buenos días, señores.

La muñequita feudal lanzó un grito de sorpresa. Al *gran hombre* le sentó malísimamente la interrupción. Alzaron los ojos y encontráronse con el *tío Claudio*. ¡Ah, sin que le hubiesen visto, ya sabían ellos quién era el importuno! Lo habían conocido en la primera modulación, solamente, de aquella vocella, que sajava la carne.

—*Tío Claudio*, —exclamó Matilde con mucho enojo;—es usted horrible; es usted feroz; es usted espantoso como una pesadilla... la pesadilla más negra que se pueda imaginar.

—Pero no me meto en la propiedad de otro a tomar lo que no es mío;—repuso el viejo, impasiblemente.

—*¡Tío Claudio*, empezamos ya!

—No, no... me callo... Era al señor don Alfonso... a mi huésped—añadió el viejo, acentuando las anteriores palabras y mirando a su hijo con intención para que no las desmintiera.—Señor don Alfonso... Madruga usted de un modo extraordinario.

—Sí, que madrugo,—contestó Alfonso, sin darse cuenta de lo que decía;—me asomé a la tapia por casualidad... ví aquellos nidos de golondrinas... ¡pshst! y bajé por este lado para verlos mejor.

—¿Y se ha caído alguna del nido?—preguntó el viejo gravemente.

Aunque la cosa mereciera la pena,

Matilde no rió; impedíasele el asombro que le causaba la confusión del *gran hombre*. «La verdad, no habían sido sorprendidos en ninguna acción indigna, para que el *gran hombre* se intimidase de aquella manera.» Alfonso, por su parte, miraba al *tío Claudio* con desesperación cómica, cual si quisiera decirle: Si no te marchas inmediatamente descubro tu secreto.

El viejecillo pareció comprender. Se oyó su risita pérfida y añadió con intenciones malvadas.

—Pueden ustedes continuar; yo me marchó... Señor don Alfonso, cuidado con los nidos... hay que contemplarlos, admirarlos, pero sin hacerlos caer... Hasta luego, señora marquesa... y cuidado con las *minas*... Yo sé la historia de una *mina* que estalló. Le contaré a usted esa historia.

—*Tío Claudio*—gritó la marquesita, furiosa;—le detesto a usted.

No contestó nadie. Oíase la risilla pérfida. El *tío Claudio* había desapare-

cido. El *gran hombre* estaba furioso también contra el viejo. Después de lo ocurrido, no tenía más remedio que marcharse, para evitar la conversación que sin duda, vendría, en la cual hallábase seguro de antemano, de no saber qué decir. Pero no pudo despedirse; no halló ocasión. La muñequita díjole al punto riéndose... Riéndose, sí, no lo extrañéis; tratándose del *tío Claudio* no podía estar enojada ni un minuto seguido:

—¿Ha visto usted qué oportuno? Debe ser sino de esa familia, importunar a todas horas. Pero ¡qué originales son! ¿Conoce usted a su hijo?

«¡Dios Padre! — Pensó Alfonso, temblando; — ahora es ella!»

—Eso no es un hombre, —decía Matilde, riendo aún al acordarse de *Troncho*; — es un fenómeno sin igual.

—Bueno, pero usted ¿de quién habla? — preguntó el *gran hombre*, un poco amostazado.

—¡Del hijo del *tío Claudio*, hombre!

¡Se lo estoy a usted diciendo! No ví nunca un salvaje mayor.

—No tanto, Matilde, no hay que exagerar las cosas.

—¿Cómo?—exclamó Matilde muy admirada.—¿Usted también le defiende?

—Lo que es como defenderle...—
Quedóse parado sin saber qué añadir...
«Pero ¿en qué demonio de enredo le habla metido su padre...?»—Sólo sé... que se habla bien de él... Que se le distingue.

—¿A quién? ¿Al hijo del *tío Claudio*?
¿A esa acémila?

—Pero ¿qué dice usted, Matilde?

—Una acémila... una caballería... un buey... ¡Como que tira de la noria y todo!

—Pero Matilde, ¿usted conoce bien al hijo del *tío Claudio*?

—¿No lo he de conocer? ¡*Troncho*!
¡El ínclito *Troncho*! ¡El que habla a empujones! ¡El de la risa tremebunda!
¡*Troncho*! ¡El que tira de la noria! ¡El que siembra coles y todo lo que cae!

¡Si supiera usted la declaración que me hizo!—Y añadió cómicamente, imitando con sin igual gracejo, los ademanes y la voz de *Troncho*:—«*Dende* que la ví *asté* siento una cosa, una cosa...»—No pudo continuar: la interrumpió la risa.

Cuando se hubo calmado un poco aquel acceso, prosiguió alegremente:

—Le digo a usted que es divertidísimo; se declaró a mí, sí señor, pero no es eso todo, sino que el *tío Claudio* empezó a sostener que la pretensión de su hijo no era descabellada.

—¡Ah...!—decíase Alfonso muy preocupado;—«de manera que mi padre le ha hecho creer que su hijo *no es su hijo*... Que es otro hijo... Y que tiene otro hijo, que no es su verdadero hijo... ¿Pero qué lío es éste y cómo lo habrá podido mi padre levantar... y dónde habrá buscado ese nuevo hijo que *tanto favor* me hace?» Dirigiéronse hacia la marquesina. Caminaban lentamente. Dijo ella con cierta timidez:

—Se ha quedado usted así, un poco pensativo.

—Supóngase usted; la noticia no es para menos... Tengo un rival.

—¿Le daría a usted cuidado de que me quisieran casar con otro?—preguntó ella malignamente.

—Si ese rival es como usted lo pinta, la verdad, no debiera yo tener celos.

—De pronto, como por un impulso noble, de amor y fe, añadió apasionadamente:

—Y aunque fuera un rival superior a mí; aunque lo fuera mil veces, yo sé que Matilde, ¡mi Matilde!, no hubiera alimentado mi esperanza... No hubiera traído la paz a mi corazón, sin estar segura de sí misma; sin comprender que un paso atrás ahora por su parte, sería para mí peor que la muerte.

—Me hace usted justicia—exclamó Matilde sintiendo otra vez aquella gran conmoción. Empezaba el sol a molestar; resguardáronse bajo la marquesina. Ella, apenas llegó, hizo sonar un timbre. Se presentó al momento la doncella, a la que preguntó si el marqués se había

levantado. Contestó afirmativamente. Matilde, tendió sus dos manos al *gran hombre* y díjole muy conmovida:

—Es un capricho de niña voluntariosa; quiero hablar con mi padre antes que ustedes se vean. ¿Ve usted allá el invernadero?—Y le indicaba un hermoso pabellón que se distinguía entre los árboles.—Vaya usted; vea usted mis plantas; vea usted mis flores; todas le conocen a usted, porque todas tienen mi alma; todas tienen mis pensamientos. ¿Irá usted? Mi padre viene... Espéreme usted allí. Yo iré en su busca... Tardaré muy poco.

—Adiós, Matilde—murmuró él con gran emoción.—¿Defenderá usted mi causa?

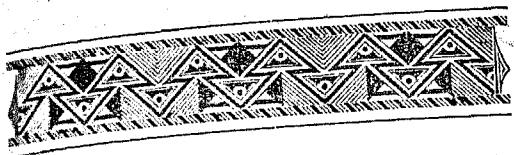
—Es la mía;—contestó ella sencillamente.

Se alejó Alfonso por una hermosa senda que acababa en el invernadero. Iba muy despacio, queriendo analizar lo que pasaba en su alma. Su felicidad, su alegría, eran indecibles. Pero había

un punto obscuro que le perturbaba. ¿Qué conspiración era la que su padre había fraguado contra la muñequita feudal? ¿Qué maquinaciones eran las del viejo astuto y hasta dónde las llevaría? ¿Qué hijo era aquel de quien Matilde le habló? ¿Qué haría, qué diría Matilde cuando supiese que el *tío Claudio*, aquel viejecillo extravagante cuyo corazón inmenso, cuya generosidad y grandeza, tal vez no habían tenido los señores de *Marrubiales* ocasión de comprender, era su padre? ¿Se volvería atrás Matilde, cuando supiese que era hijo de aquel viejo rudo, maestro de obras primeramente, campesino sin pretensiones después, que se burlaba de todo cuanto no fuera pueblo y del pueblo?... ¡Ella, la aristócrata, endiosada con sus títulos y privilegios, envenecida hasta la necedad, intolerante y ciega contra todo lo que no fuese de noble origen! Pero pensó, de pronto, que la ofendía juzgándola así. Lejos de amarla doblemente por la nueva y ado-

table faz que había encontrado en la educación, en el temperamento de aquella criatura privilegiada, embebíase en dudas amarguísimas, tan contrarias a lo que era Matilde en realidad. El hecho solo, delicadísimo, de no haber ella intentado, ni por soñación, hablar una palabra de la familia... del origen del hombre de su amor ¿no constituía una prueba real de que para Matilde la felicidad, la verdadera soñada felicidad, estaba exclusivamente en él, sin otras desdichadas vanidades que nada son para entendimientos sensatos y que a ningún bien práctico conducen? ¿Qué vió en ella desde que observaba aquel día, sin querer, intuitivamente, sus acciones, sus palabras, hasta sus más insignificantes gestos? Aquella misma amistad con el *tío Claudio*, aquel sentimiento por el viejecito del *Limón*, engendrado con el trato... con el trato que hubiera podido evitar Matilde fácilmente ¿no era un ejemplo singularísimo de sencillez? ¿De que fraternizaba con

todos, con los de arriba y los de abajo? La misma escena de que él fué testigo la noche antes, junto a la tapia del *Limón*, al ver a Matilde en aquella trampa guardadora del plantel de claveles y todos los detalles que hubiesen dado lugar a aquella escena, día por día, y que, con su cerebro maravilloso, creía entrever, entre la muchacha y el viejo, ¿no eran otras tantas pruebas de que la muñequita feudal tenía un gran corazón? A ella misma ¿no la había oído aquella mañana, hacía unos minutos? ¿Podía darse más juicio, más sensatez, más espontaneidad, más entusiasmo juvenil, más indiferencia a todo lo que no fuese lo inmortal, lo impalpable del espíritu, la vida, con todos sus fuegos misteriosos y todos sus ímpetus engendradores, pero la vida del alma, el alma siempre, en fin?... ¡Oh Matilde, adorada y calumniada criatura! ¡Cuán amada eras por el *gran hombre*! ¡Y cuán deseoso le tenías de pedirte perdón arrodillado!



XIX

Jiménez... ¿de qué?

Ahora veréis, si merecía Matilde aquellos grandes pensamientos que Alfonso le dedicaba.

—¿Cómo... y la visita?—Había preguntado el marqués, mirando en torno con extrañeza. Matilde le miraba sin hablar.—¿Y el recado que me mandaste?—prosiguió admirado.

—Papá, tengo que decirte... muchísimas cosas—advirtió ella riendo.

—¿Pero dónde está Alfonso?

—Allá, allá... ¿Lo ves?—Y señalaba Matilde la silueta del *gran hombre*, cerca del invernadero.

«De verdad que la cosa no podía ser más extraordinaria. ¿Dónde iba aquel buen joven, solo, por medio de la huerta, cuando acababa de llegar a *Marrubiales*, a ver sin duda a sus amigos, después de tanto tiempo?»

Matilde reía, un poco irresoluta. Le costaba algún trabajo empezar a explicarse. El marqués la miró sorprendido. ¿Qué era aquello? Por un instante, las dos miradas cruzáronse y se mantuvieron la una en la otra con tenacidad increíble... Aquella mañana, en aquel momento, a la luz espléndida y vigorosa de aquel sol cálido de estío, observó el marqués por vez primera, un segundo de vacilación e inquietud en su hija. Olvidó entonces las secretas tristezas que parecían combatirle, para pensar solamente en lo que a su hija pudiera afligir; lo olvidó todo, aquel padre indulgentísimo hasta la ceguera, que sólo vivía y alentaba para ella, como queriendo con su amor apasionado hacerse perdonar el largo tiempo de abandono en que la tuvo.

—¿Le ves?...—repitió Matilde, apartando ya la mirada de su padre, y fijándola con inmensa ternura en la altiva y varonil silueta que iba alejándose.

—Pero ¿por qué se va solo, dejándote a ti sola... y por qué se va, cuando yo iba a salir? ¿Quieres explicármelo?

—Vendrá cuando se le avise,—repuso ella, con un gracioso mohín;—tiene que hacer unos estudios importantísimos de botánica... Necesita soledad... ¿Lo ves? Ya entra en el invierno.

—¿Pero estás loca, muchacha?

—Ven, ven conmigo.—Y cogiendo a su padre de la mano, le llevó con dulzura; entraron en la casa, e inmediatamente en una preciosa habitación baja de la derecha, con amplio ventanal, desde donde podía abarcarse el mismo horizonte casi que desde el sitio que habían dejado.

—Siéntate; aquí estaremos mejor.

—Le hizo sentar e inútil es deciros el asombro del viejo.

—Bien,—continuó la muñequita, muy gentil;—el señor marqués ¿me concede ahora su venia?—Y saludó pomposamente cogiéndose la falda con gravedad cómica.

—Asunto gravísimo tiene que ser, cuando tú empiezas de ese modo.

—El marqués parecía muy preocupado.

—¡Ay, papá!—repuso ella, sentándose junto a él.—¡Qué conocidos somos en casa!... No puedo engañarte: es lo mismo que si tú, con muchas y muy alegres demostraciones, me quisieras probar que no te encuentras preocupadísimo desde hace algún tiempo, sobre todo, desde que estás en *Marrubiales*.

—Es verdad, Matilde; y vas a conocer, puesto que es la ocasión, la causa de mis preocupaciones.

No, nada de eso; ahora me toca a mí: quiero saber tus penas, si las tie-

nes,—añadió suspirando;—pero antes quiero que sepas mis alegrías.

—¿Tus alegrías?

—¡Vaya!...

—Pero ¿qué asunto traes entre manos?

—Un asunto que no tiene espera, que no puede aguardar... ¡Ay, papáito!

—añadió con gesto de exasperación cómica, que hizo reír al marqués— ¡como que hace ya dos años que está pendiente! En fin, allá va el secreto.

—¿Sabes, Matilde, una cosa?

—Verá usted; ¿a que resulta que estás tocando casi con las manos mi gran secreto? yo no sé lo que tienen estos viejecitos que siempre han de vivir casi, casi enterados, cuando se trata de asuntos trascendentales de gente nueva. ¿Voy bien, señor marqués?

—*Casi, casi...* Porque hay muchas, que en lo tocante a malicia, dan tres y raya al viejo más empedernido.

—Favor que el señor marqués dis-

pensa a una humildísima joven.—Se levantó y saludó otra vez ceremoniosamente.

—Pero oye.

—¿Qué... qué?

—Lo que me extraña mucho, es otra cosa.

—¿Qué... qué?

—Que tu asunto urja tanto, que hayas tenido que enviar a Alfonso a estudiar botánica para que lo tratemos, sin esperar sencillamente a que nuestro amigo se marche.

—Es verdad; ya ves que no te ando con evasivas.

—Y haces lo que debes—exclamó el marqués, sin recordar los años de abandono en que su hija estuvo;—haces bien tratándose de un padre que tanto te ama.

—En fin, todo lo dicho servirá de exordio... Pero, al concluirse el exordio está ocurriéndoseme...

—Vamos, qué?

—Está ocurriéndoseme... que es

más difícil de lo que yo creía, entrar de lleno en el asunto.

—Pero ¿tan grave es?

—¡Tan grave!—contestó ella ingenuamente.—¡Como que me quiero casar! ¡Ay!—añadió con rapidez, poniéndose muy colorada—¡pues mira qué pronto salí del paso! ¡Digo, papá, tan difícil como me parecía!

—Bien, esa aspiración es muy natural en una joven; pero falta saber ahora si me has dejado la elección de tu futuro, o has elegido tú misma.

—¡Pues elegí yo!—repuso ella prontamente, con un lindo gesto;—la verdad es, que tú tampoco te has tomado mucha prisa. Si te dejo elegir a ti, me quedo para vestir santos.

Estas palabras, dichas con la ingenuidad y gracejo de costumbre en la muñequita feudal, hicieron una impresión tremebunda en el alma de su padre; su rostro pálido, de pómulos salientes y rasgos duros y altivos, adquirió una lividez mortal, que hubiera alarmado

grandemente a su hija, si le hubiese observado ella; pero estaba Matilde en unas regiones, deliciosas, encantadas, de donde le era difícil descender en aquel instante. El marqués la observó sin contestar, como si hubiese querido inquirir si ardía algún sentimiento oculto de agravio y protesta contra él, en el fondo de aquellas palabras, alegres y frívolas; pero, inmediatamente, dejó de pensar así, como avergonzado de su mala idea, al suponer que una criatura tan encantadora y dulce pudiese ocultar sentimientos repulsivos. Un pesar profundo agobió su corazón, encontrándose culpable. Matilde fijaba en él sus ojos límpidos, esperando, con una especie de ansiedad dolorosa. Hallábase bien lejos de pensar en la injusticia de su padre. Creía más bien, que aquel segundo de silencio, era de reflexión penosa, considerando que la hija a quien tanto amaba, iba a pertenecer a un hombre, iba a compartir con un extraño su cariño, sus

ternuras, iba a separarse de él para siempre; y en el fondo de su corazón generoso, se hizo la promesa solemnísimas de consagrarle, aun después de casada, más atención y solicitud que nunca, bien lejos de recordar, que su padre la había tenido tanto tiempo, y en su edad más crítica, abandonada en poder de extraños. El marqués, dijo al fin, con un suspiro penoso:

—¡Cuán verdad es, Matilde, lo que has dicho! ¡Cuán verdad es que nunca te hubiera hablado yo de casamiento!

Iba a continuar; por un instante, creyó Matilde que su padre descubriría sus ocultas penas: pero él se repuso prontamente, y añadió en tono que quiso hacer más ligero:

—Vamos a lo que importa; estoy deseosísimo de conocer a ese fénix que logró interesar el corazón de la señora marquesa. ¿Cuál es su nombre?

—Alfonso Jiménez,—dijo ella muy turbada, mirando a su padre con ojos pedigüños de indulgencia y amor...

—¡Alfonso Jiménez!—repitió el marqués admirado.—Pero Matilde, ¿de quién estás hablándome?

Y ella contestó con una ingenuidad y malicia, que hubiesen hecho reír al marqués, a no encontrarse tan absorto en sus pensamientos:

—De aquel... papá... De aquél que está por allí... por el lado del invernadero, *estudiando botánica*.

—¡Alfonso Jiménez!—volvió a decir el marqués, irguiéndose con orgullo... —Pero ¿Jiménez de qué?...

—Pues no se lo he preguntado.

Ante la tranquilidad seráfica con que la muñequita dió su respuesta, el viejo pareció mortificadísimo.

—Matilde ¿qué es esto?—exclamó seriamente:—¿es posible que así hayas olvidado lo que te debes a ti misma? ¿Lo que debemos a nuestra sangre y a nuestra raza?

—La verdad, papáito mío; no olvidé eso, al contrario, me preocupó mucho al principio; pero no le encuentro ya

tanta gravedad como antes. Así y todo, con mi orgullo de raza y mi gran abo-
lengo, cuando me has dicho irónicamente: «Jiménez de qué?...» yo estuve para contestarte con calor, con muchísimo calor, con un calor como el que voy sintiendo ahora mismo, al decirte lo que creo que debo decirte: «¿Jiménez de qué? Jiménez de su talento maravilloso y aplaudido; Jiménez de su carrera brillantísima; Jiménez de su corazón grande, de su poder soberbio en la lucha por el vivir; Jiménez de su triunfo noble, ruidoso; Jiménez de su éxito y su poderío... y ya ves, padre, que todo eso que ilustra un nombre tan vulgar, es mejor, muchísimo mejor que una rancia aristocracia, no ilustrada con actos de vida nueva, maravillosa y esplendente.

Acabó con ímpetu sin igual en aquella complexión fina de hoja de flor; y después de todo lo dicho, añadió aparte, para ella sola, jovialmente, en uno de aquellos giros de su cerebro sano y bien equilibrado:

—¡Santa Madre!, si me oye el *tío Claudio*, se vuelve loco de alegría.

El marqués, inclinada la cabeza sobre el pecho, quedó callado y reflexivo; una gran batalla parecía librarse en su corazón.

—No pienso como tú, Matilde—dijo al fin, lentamente—ni creo tampoco que tú piensas de verdad en lo que has dicho. Es cierto que los hombres son hijos de sus obras, pero hay algo siempre que está por encima de todo; está Dios que concede en su alta sabiduría misteriosos privilegios a los hombres, en los que tiene su origen el equilibrio humano.

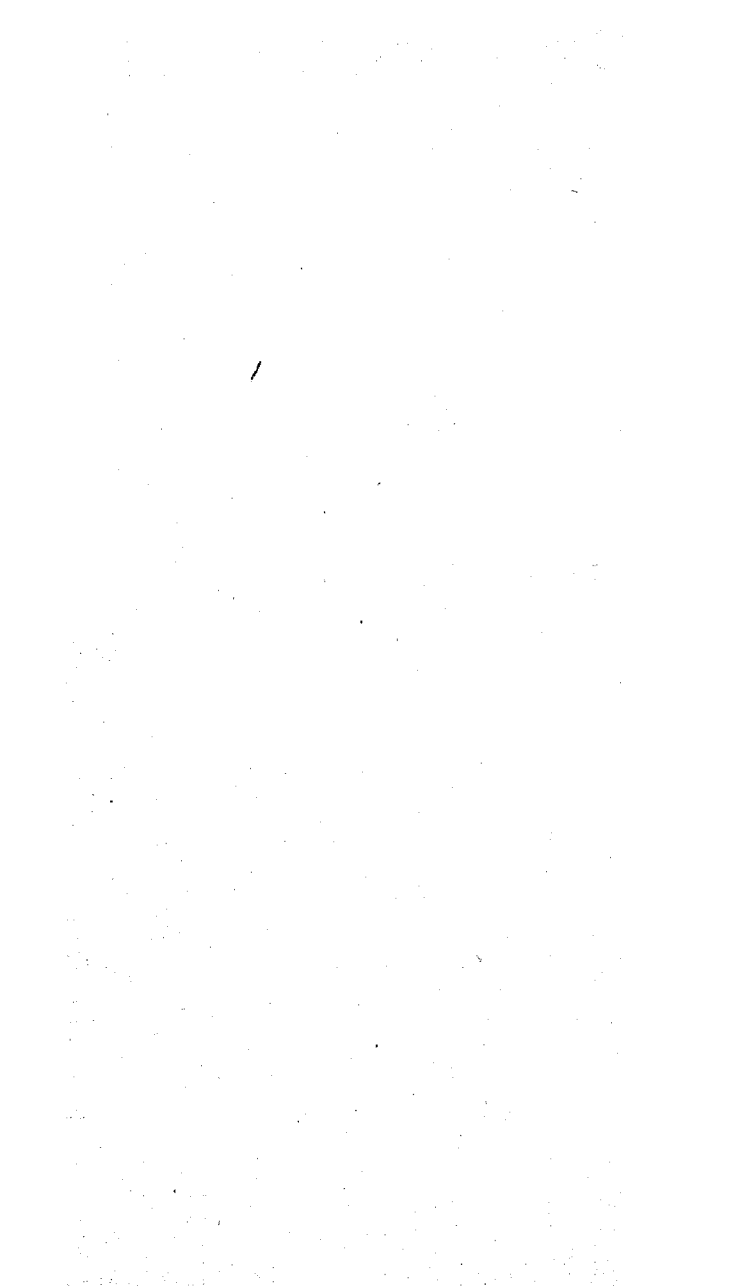
—Bueno, bueno—repuso ella, mimosamente, dejándole apenas acabar.—Pero de toda esa filosofía, papaíto de mi alma, ¿saldrá algo provechoso para mí?

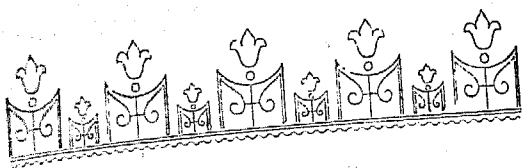
El viejo la miró complacido, acarició riéndose sus finos cabellos castaños.—Saldrá una cosa en resumen,—contestó más animado;—que sin pen-

sar como tú del todo, pienso que *ese Jiménez* a quien tuve tiempo de tratar en Madrid antes de su marcha a las minas, es un espíritu verdaderamente privilegiado; pienso, hija mía, que es un hombre de honor; pienso, señora marquesa, que es un magnífico partido... Pienso, en fin, que, a pesar de todas mis preocupaciones, tratándose de él, no te será difícil quedar vencedora.

—¡Ah padre, padre, qué alegría!— exclamó ella, arrojándose en sus brazos.—Porque estoy contenta. ¿Sabes? ¡Muy contenta! Nunca en la vida me has dado una satisfacción mayor... Voy a llamarle... ¿Me lo permites? Voy a contárselo. Un abrazo... Otro abrazo... ¡Voy, voy!... Se alejó con rapidez; pero volviendo de pronto, aproximóse al viejo; púsole las manos en los hombros, y mirándole con sus ojos húmedos de pasión y ternura, exclamó gravemente:

—¡Gracias, padre!





XX

¡El ogro viene!

Y el padre quedó hundido en gran desaliento. No sabía explicar qué inquietudes eran aquellas, de su espíritu. Había vivido hasta entonces en un error, y los errores se pagan siempre..., con más o menos usura, pero se pagan. A excepción de Mariano, el fiel y modesto amigo, nadie sabía su secreto, y era a Mariano, precisamente, a quien menos podía quejarse, porque fué el único que le quiso evitar las amarguras del porvenir; de un porvenir ¡ay! que ya era presente; el presente

con todo su negro horror... Quedó meditando, sin fuerzas para dirigir la vista al camino por donde Matilde alejándose, como una visión dorada. «Había hecho un daño y le era imposible aplicar el remedio. ¡Y el daño, se lo había hecho a su propia hija! Bien pagaba aquel primero y más grande error, de separarse de Matilde, a la muerte de su mujer... De separarse de Matilde precisamente, por lo que más debió tenerla junto a sí; ¡por el gran parecido de Matilde con su madre! Lejos de considerar aquello con un gran alivio en medio de su cruel pesadumbre por la pobre muerta, le combatió, le hirió, le anonadó. No pudo resistirlo... Se alejó de su hija, como se hubiese alejado de un abismo. Comprendía ahora, después de tantos años, que la triste hija abandonada, hubiera sido desde el fatal golpe, el consuelo de su corazón, evitándole también aquellos años de inercia, que tan útilmente hubiera podido emplear para aquella misma hija

adorada. Ya era tarde... Tarde... y era preciso hablar a Alfonso; hacerle su confesión... a él antes que a nadie... ¡Ah, si aquel casamiento se hubiese podido realizar!»

De sus hondas meditaciones le sacó un criado. Parecía confuso: «excusábase por no haber tenido más remedio que molestar al señor. Acababa de presentarse un hombre que quería hablar con su excelencia. Habiéndosele dicho que la hora no era oportuna, se echó a reír, asegurando desdeñosamente, que para entrar en *Marrubiales* hasta el señor marqués, era siempre hora oportuna. No se había visto mayor orgullo... Pedía permiso para arrojar al viejo... Porque era aquel viejo chillón de la huerta inmediata... El *tío Claudio*.»

Levantó el marqués la cabeza vivamente. ¿Qué podía haber de común entre aquel hombre testarudo y ordinario, y el señor de *Marrubiales*, para que se permitiese tal violencia? Un pensamiento vago, de zozobra le hirió

en aquel momento; pero pudo recobrase pronto también, pensando, que no era por allí por donde llegaría el gran peligro que esperaba siempre. «Sí, era lo mejor; que pasara; que pasara el *tío Claudio*.»

Salió el sirviente, y el marqués seguía pensativo. ¿Qué quería el viejo, en fin? Se encogió de hombros, desalentado. Aquel viejo, con sus ojillos negros, brillantes, sus cejas cerdosas y su risilla pérfida, causábale una impresión de malestar; la impresión que nos produce un enemigo porfiado, aunque estemos seguros de nuestra superioridad sobre él.

Ordenó que le hiciesen pasar, porque, sobre todas sus impresiones, habíase puesto la de su extrañeza, al saber que *solicitaba* una entrevista... Y su extrañeza aumentaba, por la forma *dulce* en que se había presentado. «No, no era miedo. ¿Al viejecillo del *Limón*? ¿Por qué?» Interiormente, repetíasele así, con secreta inquietud, como para

desechar los verdaderos temores que le conturbaban.

Una voz burlona, fría, agresiva, exclamó en aquel punto, a dos pasos de él:

—¿El señor marqués permite que este humildísimo aborto de la plebe, se honre dirigiéndole la palabra unos cuantos minutos?

—Unos cuantos y los que tenga usted por conveniente. Le advierto que está usted en mi casa, lo que significa que es usted sagrado para mí. Basta, pues, de ironías. Tome usted asiento y dígame en qué puedo serle útil.

Mientras el marqués pronunció estas palabras, en un tono mesurado y digno, el viejo del *Limón* clavaba en él sus ojillos felinos y escudriñadores. Quedó callado un momento, como si todavía esperase algunas palabras del marqués, y exclamó al fin, con tremenda ironía, sentándose lentamente y apoyándose en su muleta al sentarse, mucho más de lo que a su cuerpo fuerte y acartonado le era preciso.

—¡Vaya, pues no me resulta ahora el señor marqués tan orgulloso!

—Señor mío; le acogí en mi casa con la cortesía que corresponde a mi sangre y a mi nacimiento. Pero si viene usted en són de guerra, es lo mismo; tampoco le rechazo.

—Perfectamente,—contestó el viejo con gran calma.

—Lo que le dije, señor... ¿En qué puedo serle útil?

—La verdad, tanto como poder serme útil, no sé lo que le diga al señor marqués; pero en fin, no hay que salirse de punto: todos en la vida estamos para servirnos, y Dios, el gran padrazo, para servirnos a todos...

—¿De qué se trata?—preguntó el marqués impaciente.

—Pues se trata... es cosa muy sencilla: de casar a mi hijo.

El marqués contempló al *tío Claudio* suspenso; éste sostuvo su mirada con una calma y una indiferencia irritantes. Miráronse un rato así los dos

viejos, y el marqués exclamó encogiéndose de hombros con una flema digna solamente de la del *tío Claudio*.

—¡Pues cáselo usted!

—El señor marqués ¿conoce a mi hijo?—preguntó el viejo del *Limón*, socarronamente.

—Como si lo conociera: ¿no es el sin par y nunca bien alabado *Troncho*? Me habló mi hija de él; de su persona, de su educación, de su amenidad; me hizo su retrato, rasgo por rasgo..., detalle por detalle.

El *tío Claudio* pareció muy satisfecho. Le convenía mucho que el marqués estuviese perfectamente informado de las esclarecidas dotes que adornaban a Frasquito. Con visible placer, pronunció algunas palabras que parecieron de cortesía: «Retratado su hijo por la señora marquesa, estaba seguro; le conocería el señor marqués como si lo hubiera pa..., es decir, como si lo hubiera visto. Le ahorra por lo tanto la presentación...»

«¡Quería presentármelo!—pensó el marqués;—¡era lo único que me faltaba!... pero ¿a qué habrá venido aquí este hombre?»

Hubo una pausa larguísima: el *tío Claudio*, como si aguardase alguna contestación del marqués; el marqués, indiferente, como si estuviese solo. Al fin, como el *tío Claudio* nada decía, el viejo señor, mientras alargaba la mano para coger un periódico, deslizó estas palabras:

—Con que... ¿casar a su señor hijo?

—Esa es mi intención.

—Bueno;—dijo encogiéndose de hombros y como con ánimos de ponerse a leer.

El *tío Claudio*, contra lo que hubiera sospechado el otro, permaneció impasible, mirándole con sus ojillos astutos. Y mirándole así, añadió con la mayor calma:

—El pobre está enamorado... Muy enamorado... ¿Por qué no complacerle? De modo que me he dicho: ¡Pues que se case!

—¡Pues que se case!—repitió el marqués en un tono encantador de impertinencia. El *tío Claudio* sonrió benévola y afirmó con aire candoroso y satisfecho:

—Y en efecto; he venido a pedir al señor marqués la mano de su hija.

¡Ah, qué buen desquite consiguió el viejecillo del *Limón*, si estaba en su ánimo el desquite, por la anterior impertinencia y frialdad del señor de *Marrubiales*! Su cara resplandecía, sus ojillos chispeaban con increíble fulgor, debajo de sus cejas empinadísimas; el marqués habíase levantado lentamente, trémulo de cólera; su rostro, pálido poco antes, hasta parecer cadavérico, había ido encendiéndose; en su actitud, en su tono, en su mirada, descubríase la indignación, el desprecio, el asombro que le producían las palabras que acababa de oír—que consideraba como viles—y la presencia de aquel hombre, más vil aún, por haberse atrevido a pronunciarlas.

—*Tío Claudio*,—dijo entrecortadamente, porque la cólera le impedía hablar;—nuestra desdichada aproximación en este laberinto de la sierra, me obliga a tolerarle algunas cosas: pero su estúpido atrevimiento pasa de raya. Repórtese usted y comprenda al fin, de una vez para siempre, que *un hijo de usted* no es como *un hijo mío*; y que entre nosotros no cabe lazo alguno, ni más alusión a esto... ni conversación siquiera de ninguna clase.

—Bien, no hay que tomarlo tan a pecho. Dicen que la calma... que la sangre fría, son muy propias de los grandes señores...—y era horrible la sangre fría... la calma del viejo al hablar.—Ya ve el señor marqués, cómo yo trato el asunto. Parece vucencia el *tío Claudio* y yo el gran señor... ¡Ni que hubiéramos cambiado los papeles!

—Tiene razón—pensó el marqués sentándose;—no debo preocuparme de este hombre; me pondría en ridículo.—Bien, *tío Claudio*,—añadió con aparen-

te tranquilidad;—puesto que ya hemos resuelto ese asunto y no creo que tenga usted otro...

—Puedo irme por donde he venido. ¿No es así, señor marqués? Pero todavía he de permanecer un poco, solo un poco. Hay otro asunto.

—¿Será posible?

—Sí, señor marqués, es posible; y muy grave, aunque vucencia haya usado ese tonillo de burla... y aunque es tan grave, ha de notar vucencia con qué sencillez se lo expongo; es lo siguiente: Como la vecindad de vucencia—con perdón de vucencia—sólo me produce disgustos, y como mi hijo, desengañado el pobre, no podría resistir la presencia de la señora marquesa, *he dispuesto*—y recalcó sus palabras de una manera pavorosa—que se marchen ustedes de *Marrubiales*, quedándome yo tranquilo y satisfecho en mis dos huertas... ¿Se levanta vucencia otra vez? ¿Toca vucencia el timbre para que venga un criado y arroje de

aquí a este loco? Perfectamente; pero hay la pequeña dificultad de que *este loco* no es loco, sino cuerdo y avisado... un poco más avisado de lo que el señor marqués se figura. Sencillamente, sin rodeos, sin ambages: vucencia está arruinado, completamente arruinado: vucencia lo sabe; sus deudas superan con mucho a la fortuna que posee. ¡Desastre espantoso!... Pero la catástrofe, la espantosa y verdadera catástrofe, aunque la esperaba vucencia, no pensó nunca que se pudiese presentar en la figura odiada y repulsiva del *tío Claudio*. Señor marqués—añadió de pronto, en voz seca y autoritaria:—aquí tiene vucencia todos los créditos... de todos sus acreedores; todos, absolutamente todos, están adquiridos por mí. ¡Todos vencieron! ¡Qué paciencia, qué tenacidad, qué astucia para llegar al logro de mis afanes, que era el de adquirir estos créditos! Y figúrese vucencia la carga de millones que podrá llevar sobre sus espal-

dotas plebeyas, el pobre diablo a quien vucencia quería arrojar de *Marrubiales*, poco menos que a puntapiés, cuando ha podido desde su rincón de la sierra enterarse del estado de sus negocios, entenderse con todos sus acreedores y ser, con estos créditos vencidos, dueño, pero dueño absolutamente de vucencia. ¿Qué? ¿Hablo con claridad? ¿Quiere vucencia que vaya repitiéndoselo?

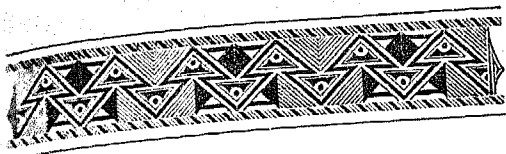
En aquel momento apareció un criado; el marqués, de pie, inmóvil, le miró vagamente como si acabase de perder la memoria; como si no le conociera, ni se hiciese cargo del lugar en que se encontraba, ni de la presencia de su temible enemigo. Al fin, como si empezase a recobrar sus facultades de sentir y pensar,—dijo con lentitud:—Vete, no era nada.

El marqués volvió pausadamente hasta la mecedora donde antes estuvo sentado. Respiraba con dificultad. Parecía abrumarle una gran fatiga. Los ojillos relucientes, clavábanse en él como

garras de fuego. El sol empezaba a caldear la tierra; el aire cálido, pasaba por las frondas, cogiendo sus caricias húmedas, del rocío de la noche; las flores cerraban sus cálices... A lo lejos, se recortaban en un horizonte de azul intensísimo las crestas agudas de las cumbres, que resplandecían besadas por el sol con duro brillo metálico.

Oíanse allá por la parte del invenero, risas sonoras.





XXI

Ultimátum.

—No,—dijo al fin el marqués, con una calma, de que el mismo viejo del *Limón* tuvo que admirarse—no es preciso que lo repita; sé lo que me ha dicho usted y presiento lo que falta.—Y añadió con tal ironía, que hirió al viejo con más dolor que cien puñales bien afilados.—Su baja estofa le ha hecho concebir una idea absurda: la de ennoblecer con sus millones al hijo imbécil, comprándole una mujer de mi raza, que, por no morir de hambre, moriría de horror seguramente, al lado de ese monstruo.

Al principio el *tío Claudio* tuvo idea de lanzarse sobre aquel orgulloso viejo; pero pensó de repente que no era del *gran hombre* de quien el marqués hablaba, que era de Frasquito, y una secreta alegría contúvole; estaba resuelto a realizar sus propósitos. «Se las tenían que pagar allí; la hora del desquite, ¡del gran desquite! había llegado.» Por eso, a las palabras ofensivas del marqués, repuso tranquilamente:

—No quiero discutir; quiero saber una respuesta. ¿Se casan o no?

—Nunca.

—En ese caso, si a vucencia le queda algún pariente, algún amigo generoso que le ampare, acuda a él en el acto. Yo no puedo conceder a vucencia nada más que el tiempo que la ley le concede... Porque vucencia lo sabrá; se lo habrán escrito... Su palacio de Madrid, todas sus otras fincas hipotecadas, esta huerta, todo lo que en todas sus fincas hay, todo me pertenece; hasta el último cuadro, hasta la última

alhaja, reliquia de familia, hasta el último juguete de *biscuit* de la linda marquesa de Nervión.

El marqués inclinó la frente; estaba abrumado, vencido, muerto del dolor y vergüenza. «¡Hallábase a merced del tío Claudio!... ¡De aquel hombre!

—Sí,—dijo:—abusa usted de mi desgracia y serían inútiles las súplicas.— El tío Claudio respondió ásperamente.

—¿Para qué las súplicas?—Vuecencia a su negocio; yo al mío; mi negocio es que los muchachos se casen. ¿Se casan? Bien. Yo devuelvo a vuecencia sus créditos, todos sus créditos ¿lo entiende vuecencia?... ¡Y por Dios que el tío Claudio será generoso! Porque esos créditos representan una gran fortuna... Pero sé hacer las cosas y no me parece bastante aún; doto a la novia como a una reina y no cuento lo que el muchacho aporte al matrimonio, que será otra fortuna tan grande o mayor que la que vuecencia recupera con los créditos. ¿No se casan? Entonces, nada

hay que hablar. Es muy justo que nuestras relaciones cesen y nuestra vecindad acabe.

¡Qué honda súplica, qué sinceridad tan triste tuvieron entonces las palabras del marqués!...

—¿Por qué no me oye usted un instante? Ya está usted viendo que transijo con mi orgullo... Ya está usted viendo que olvido sus ofensas...

—¡Ahora va a perdonarme la vida!
—exclamó el *tío Claudio* bruscamente.

—No, *tío Claudio*, comprenda usted mis palabras, reflexione usted en la imposibilidad absoluta de su pretensión. No es que yo quiero zaherir a su hijo, ni ensalzar a Matilde. Pero ¿qué harían? ¿Cómo vivirían? ¿Cómo sobrellevarían la existencia dos seres tan distintos en educación, en costumbres? ¡Sería una vida horrorosa la de los dos! Lo que usted cree la felicidad para su hijo, sería su desesperación, su muerte... y el remordimiento y la muerte de usted, *tío Claudio*. Usted es padre... Es un padre

quien le habla. ¡Usted conoce a mi hija! ¡Sería matarla también! Le hablo a usted con el corazón, *tío Claudio*; sería matarla, y a mí, como a usted, me mataría el remordimiento. No, no piense usted en esa locura. Si hay alguna otra forma de que yo pueda rescatar esos créditos, dígalos, pero la que usted me propone, no... Mi hija le deberá la existencia... Yo también, *tío Claudio*, y siempre, siempre estará usted en nuestro corazón, ¡yo se lo juro!, como un salvador y como un amigo.

Concluidas estas palabras, el viejo cayó como desmayado; era horrible lo que en aquel corazón pasaba; a sus terrores, a sus incertidumbres, tenía que unir otro sentimiento más repulsivo aún: el de haberse visto precisado a humillarse a un hombre a quien creía ignorante, brutal, desprovisto de todo sentimiento de humanidad y ternura. El *tío Claudio* comprendió, con su claro instinto, lo que pasaba en aquel corazón; lo que batallaba en aquel cere-

bro, y exclamó despreciativamente encogiéndose de hombros:

—¡Doblegado al primer empuje! ¡He ahí el hombre!

—*Tío Claudio*, ¿qué haría usted en mi lugar?—Y el marqués se irguió de pronto, revolviéndose como una fiera, a pesar de su abatimiento. El *tío Claudio*, con un desdén increíble, repuso.

—Decir no, siempre no. Eso es lo que yo hago. Señor marqués, creí encontrar un hombre al entrar en esta casa; no encontré un hombre, encontré un cobarde.

El marqués no pareció hallar un insulto en aquellas palabras, ni en aquel tono; acercóse dificultosamente al viejo del *Limón*. Cogiéndole con fuerza nerviosa de un brazo, señaló por la ventana al fondo de la huerta; aquel espacio luminoso y ardiente, aquel bosque sombrío, de frescas sombras, aquellas sendas enarenadas, bordadas de árboles y arroyuelos, aquel pabellón [originalísimo del invernáculo,

de finos cristales que destellaban al sol... Y como nota delicadísima, entre todo aquello que sugestionaba el corazón y los ojos, la figura gentil de la *muñequita feudal*, apoyándose en el brazo del *gran hombre*, dichosa, emocionada, risueña. El *tío Claudio* disimuló su emoción; un velo de lágrimas cubría sus ojos. El marqués no pudo observarle.

—No es cobardía—exclamó tembloroso;—es aquella mujer; es mi hija; ama, la aman. De un modo o de otro, casándose con su hijo de usted o no casándose, yo lo presiento, he destruido su felicidad. Esa, *tío Claudio*... esa es mi cobardía. Fué el destino.

Todos los rencores, todos los odios del *tío Claudio* contra las razas privilegiadas y contra aquel hombre débil, en particular, subleváronse: miró al marqués con el infinito desprecio y orgullo de quien robusteció su pecho en la lucha fiera por la vida y llegó a la cumbre desde la nada, de donde había

salido. Le pareció aquel hombre cadavérico, tembloroso, indeciso, un miserable gusano representación de toda aquella raza degenerada, a la que había achacado siempre las miserias, las desdichas, las hecatombes sociales. Parecíale cobarde y vil aquel hombre, a quien en el fondo de su corazón tenía juzgado y condenado; aquel hombre que se adormió plácidamente en su propio dolor, desatendiendo familia, trabajo, fortuna; dejando al azar, no sólo su propia suerte, sino la de su hija, para quejarse después de la fatalidad, que ninguna culpa había tenido de desgracias que él mismo acumuló sobre sí. No sabía el *tío Claudio* qué era más grande, si su indignación o su desprecio... «¡Oh, raza degenerada!... ¿Y aquellos eran los hombres superiores?... ¿Y aquél estaría pensando allí, en tal momento, que él—¡el *tío Claudio*!—era un ignorante, un egoísta, sin corazón y sin principios?...»

No tuvo piedad; su voz seca, vi-

brante, desgarrada, resonó en el cerebro del marqués, como un anatema sombrío.

—¡Cobardía! ¡Vergüenza, sí! Creerse un desahuciado porque se nos ha muerto un sér querido; es decir, por un dolor común a toda la humanidad; abandonar la patria, los hijos, los intereses más nobles, hundirse en vergonzosa postración, mil veces más repulsiva que las aberraciones más absurdas, olvidar a un sér inocente en manos extrañas; dejar que se desmorone la hacienda en el cobarde abandono, dejar que la misma vida se desmorone; languidecer, envejecer en la inercia como un parásito, digno de que se le arroje a los muladares; gastar locamente, sin preocupación, más de lo que se tiene—lo propio y lo ajeno—en viajes fantásticos, en locas quimeras, *para olvidar...* como si para olvidar no estuviese el trabajo, cruz y redención del hombre... y luego, de repente, en un arranque ilógico amar a la hija abandonada,

cuando ella puede hacerle ya la vida agradable; pensar entonces con terror, que en esos años de inercia, de imbécil holgazanería, se derrumbó la gran fortuna amasada dignamente por generaciones y generaciones; lanzarse a seguida, sin más reflexión, temerariamente, con la orgullosa suficiencia de los que, por su linaje ilustre, se imaginan que todo es fácil, como si su voluntad fuese un *sésamo* a cuya orden misteriosa todas las puertas se abriesen de par en par; hacer naufragar los restos de esa gran fortuna en empresas locas; perderlo, enajenarlo todo, robar a su propia hija, echando mano de bienes que sólo a esa hija corresponden, y excusándose, para acallar su remordimiento, con la idea de que por ella lo hacía solamente, cuando en realidad había otra cosa más negra y dura, el demonio del orgullo, que le impedía reconocer sus pocas aptitudes para especulador, impeliéndole, no obstante, a seguir especulando; arruinar también

a la hija, dejarla sin hogar, sin pan, perder la salud, la fortuna, el honor y no morir después de todo esto como saben morir los hombres, sino refugiarse en la huerta, acorralado, tembloroso, en espera de la catástrofe final, sin una decisión, sin un arranque, sin un grito, sin el rugido de fiera de quien vive y muere luchando, eso, señor marqués, es lo más vil, lo que más horrible castigo merece... ¡Oh tierra, gloriosa madre! Si todos los hombres de esta raza decantadísima de privilegiados; de esta raza, de donde salen los reyes y los príncipes; de donde salen los primeros ornamentos de las sociedades y las naciones, son a ejemplo de los que yo, por desgracia, en mi ruda existencia conocí, abre tus entrañas nuevamente y húndela otra vez en tu seno para que no entorpezca al siglo en su marcha serena y majestuosa... Para que no le roben su fuerte savia y su vida augusta, los cárdenos, repugnantes labios del vampiro.

Respiró ardientemente, como si al fin hubiera logrado ensanchar su corazón, y añadió más tranquilo, con una frialdad no menos abrumadora:

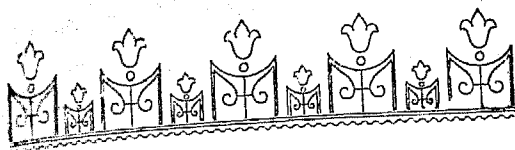
—Basta ya, señor marqués; treinta minutos, ese tiempo concedo para una respuesta definitiva.

El marqués no habló; tenía oculto el rostro en las manos; temblaba. El viejecillo del *Limón* sintió de pronto una piedad inmensa, pero quiso disimularla; era terco hasta lo increíble. Tenía un plan y era preciso llegar a lo último. Fué a salir, pero el marqués, incorporándose un poco, dijo temblorosamente:

—Espere usted, *tío Claudio*; he de cumplir un deber; he de hablar con mi hija; he de revelárselo todo... Tenía la esperanza de poder evitarme este suplicio, pero ya es imposible. Sus palabras me lo hacen ver; yo, que no supe velar por su suerte, no debo inmiscuirme en sus decisiones. Lo sabrá todo...

Que ella resuelva... Se aproxima precisamente. ¡Cuán dichosa es, *tío Claudio!* El golpe será rudo, pero tiene corazón y sabrá resistirlo.





XXII

El golpe.

Alfonso no vió a su padre; dirigióse apresuradamente al marqués y le abrazó conmovido.—Gracias, gracias,—decía con gran efusión.—Me lo ha contado Matilde. Señor, gracias.—Estaba radiante. «Había vencido también». Su padre le miraba disimuladamente, con gesto irónico. El marqués apartaba la mirada del *tío Claudio*, turbado, confundido.

La *muñequita feudal*, habíase quedado suspensa al ver al viejecito del *Limón*; aquella visita inesperada y sor-

prendente la inquietó, sin que se pudiera explicar el motivo; pero no dejó entrever sus inquietudes.

—*Tío Claudio*, ¿qué novedad es ésta?
—exclamó alegremente, dirigiéndose a él, mientras Alfonso y el marqués hablaban.

—Una, muy singular... Hoy es día solemne.

—¡No lo sabe usted bien! ¡La gran noticia!—Contestó ella, riéndose, sin querer fijarse en la actitud extraña del *tío Claudio*; sin querer recordar sus palabras de la noche antes... y de hacía pocos momentos.

—¡La mía sí que es grande!—repuso el *tío Claudio* sencillamente.

—Ya veremos, *tío Claudio*.—Y le miraba con sus ojos serenos y bondadosos, que parecían decir con elocuentísima expresión: «No, viejo, de ti no vendrá daño para la *muñequita*». Y añadió en tanto, animadamente, con aquella malicia y gracia señoril, que con nada podía compararse:—Pero ¡quién

había de pensar que iba usted a tener en su casa al *gran hombre*... y que le conocía usted!

—No le tenía en mi casa... Llegó con mi hijo.

Al recuerdo de *Troncho*, hizo Matilde un mohín, y repuso prontamente, mirando al viejo, con inquietud, que entonces no pudo disimular.

—*Tío Claudio*, hay casualidades increíbles.

—Esta no; soy un accionista; un socio casi, del señor don Alfonso; teníamos que tratar asuntos urgentes; le invité hace tiempo a pasar unos días en el *Limón*. ¿No se lo ha dicho él?

«No, no se lo había dicho; no le había preguntado ella tampoco. ¡Preguntar!...»

—¡Señor don Alfonso!—exclamó el *tío Claudio*. Acercábase éste: el viejo mirábale como diciendo: «¡Cuidadito!». Matilde no le observó. Decía entonces, dirigiéndose al marqués, con aquel tono voluble y sutil, tan propio de ella:

—¡Ah, papá! No sabes lo que me alegra ver aquí al *tío Claudio*... ¡Pero si viene con buen fin!

—Ahora te diré a lo que viene, hija mía,—dijo el marqués gravemente.

Ella le miró confusa; miró también al *tío Claudio*. «¿Qué querría en su casa aquel hombre?... ¿Qué querría allí... en aquella ocasión?»

—Padre, soy dichoso... Nos casamos,—decíale Alfonso al *tío Claudio*, en voz baja.

—Me alegro.

Matilde hizo a su padre esta pregunta, muy bajo también:

—¿Qué ocurre?

—¿Será que lo presiente?—pensó el marqués, aludiendo a Matilde.—¡Me parte el corazón!

—Señor marqués, creo que se lo manifesté todo a vucencia—dijo el *tío Claudio*.—Y añadió en voz baja a su hijo:

—Vente.

—«¿Qué querrá mi padre?»—pen-

só Alfonso.—*Tío Claudio*, nos iremos juntos.

Se despidió del marqués; de Matilde...

—Ven pronto—dijole ella. Y el *tío Claudio* murmuraba con secreto bien-estar que invadía su corazón:

—¡Qué pareja!

Salieron. Y Matilde, apenas hubieron salido, quedó suspensa, inmóvil, sin atreverse a emitir la voz. Tal era el aspecto de amargura y desolación de su padre; él no la miraba, no la hablaba tampoco. Fué una pausa suprema.

—Entonces—dijo ella al fin, haciendo un gran esfuerzo—¿es que se trata de algún asunto grave?

—El *tío Claudio* que insiste en su pretensión.

—¡Su pretensión!

—La de que te cases con su hijo.

Matilde se tranquilizó... «¡Y aquél era un asunto grave!» Echóse a reír franca, ingenuamente.

—Por lo menos, no es para risa,—añadió el marqués desolado...—¡Ah, yo te lo aseguro!

—¿Que no es para risa? Bueno, no reiré; lo que tú quieras; será mejor que no ría... Sin reir, muy seria, te diré yo ahora que profeso simpatías al *tío Claudio*; la verdad, más que simpatía, un cariño afectuoso; pero sentiré concluir con él terminantemente, si persiste en esa broma ridícula.

—¡Y tanto como persiste! No sabes hasta qué punto, ni qué seguridad tiene de conseguir sus propósitos.

La *muñequita feudal* contempló a su padre un momento muy sorprendida. Dijo, revelando su profundo estupor en su tono, en cada una de sus palabras:

—Estoy pensándolo: parece que la pretensión de ese hombre no es absurda, que no está loco, que es muy natural lo que pretende, según la sangre fría con que él lo pide, según la gravedad con que tú hablas de ello, ¡qué se yo!... y hasta según cómo le escucho

a él y cómo te escucho a ti, que casi estoy poniéndome seria de verdad... No, no,—añadió al punto.—Pero ¿quién toma en serio una cosa tan absurda?—Y empezó a reir nuevamente.—Por supuesto; le habrás hecho comprender en buen romance lo atrozmente ridículo que está con sus pretensiones.

¡Lo he pretendido!—Dijo el marqués gravemente.

—¡Lo has pretendido!—prosiguió ella muy afectada.—De modo que el *tío Claudio* puede cuando quiera, como quiera, sin que nadie le haga callar, atormentarme a mí con esa monstruosa combinación, sacada de no sé dónde... ¿Puede entrar en esta casa, atormentarte a ti lo mismo y quedarte tú preocupado, sobrecogido, cuando por causas más fútiles,—infinitamente más fútiles,—has arrojado de tu presencia poco menos que a latigazos a quien vino a importunarte? Vamos, no; te digo que no.

Su voz pastosa, de timbre grato,

había ido tomando una expresión singular, que su padre nunca había tenido ocasión de observar en ella: sus ojos de infinita dulzura siempre, chispeaban con misterioso fuego; en su ademán, en su actitud, revelábase una energía indómita, debajo de aquel cuerpecillo dulce, de flor. Quedó mirando a su padre, atenta, fija, como pendiente de sus labios, con secreto terror de lo que iba a oír... Pero el marqués se limitó a exclamar con un abatimiento que resultaba a Matilde mucho más penoso que las palabras más graves:

—Sus alternativas tiene el mundo, Matilde, yo te lo digo.

—¿Sabes que me va dando miedo?

—No, no tengas miedo...—dijo él, mirándola vacilante;—es preferible que reflexiones. Miedo, no; sangre fría es lo que te hace falta.

—¡Padre!

No sabía el marqués de qué manera empezar; no lo había dicho todo aún y su lengua se trababa cuando pretendía

decir lo restante. Ella, ante aquel silencio penosísimo, peor que todas las angustias, añadió impetuosamente:

—¿Pero es un talismán de influencia poderosa, de lo que ese viejecito dispone, para que entremos todos en sus cábalas? ¿Para que seamos figurillas que dancen al soplo misterioso de la oculta maga que le protege? Basta ya. Si tú no le hablas, lo haré yo, descuida. Comprenderá de una vez.

—Seré yo quien le hable, descuida tú, afirmó el marqués suspirando.—Le hablaré, sí; vendrá muy pronto. Nos concedió media hora para la respuesta definitiva.

Matilde se pasó las manos por la frente, como para apartar de su imaginación algo horrible.

«¡Nos concedió... Respuesta definitiva!» decía con lentitud, repitiendo las últimas palabras de su padre. Y después, en una explosión inmensa:—Pero padre, ¿no ves que voy a volverme loca?

—Calma, por Dios, Matilde; serena tu ánimo y apreciarás entonces debidamente el alcance de las cosas.

—Sí, sí, habla. ¡Si eso es lo que yo quisiera! ¡Comprender bien... Comprenderlo bien todo!

—Hay en lo que nos sucede una fatalidad, pero lógica al fin, como es lógico cuanto en la vida vemos y tocamos, por inverosímil que nos parezca. Óyeme bien, Matilde: hace algún tiempo, por causas diferentes,—la principal de todas mi deseo de engrandecer nuestra fortuna para tu mayor esplendor y bienestar,—hice algunas operaciones bursátiles, con muy mal tino desgraciadamente.

—¿Tú?—interrogó Matilde, admirada.

—Yo, sí.

—¿A pesar de tus sarcasmos contra esos aristócratas que dicen horrores de los negociantes... y que no son luego los últimos en acometer un negocio, cuando cuentan, por buenos o malos fines, con la ganancia positiva?

—A pesar de eso... Pero tuve mi castigo... ¡Ya ves cuán humillado estoy! Queriendo reponerme de aquel fracaso, insistí con otras operaciones... con la misma o mayor desgracia. Mi terror, al pensamiento de que tú supieses nuestra pobreza... nuestra total ruina casi, me hizo continuar en el mismo camino, con verdadera ceguedad, con verdadera locura. Ya en la pendiente, caí, rodé... ¡Rodé hasta el fondo!

Matilde, oía con atención; más que dolorida, parecía admirada. Una pregunta ocurríasele ante todo. ¿Pero por qué su padre se había metido en aquellas especulaciones que no se podía explicar? ¿Por qué aquel ansia de dinero? Porque no era concebible que su padre se lanzara a tan extrañas aventuras, no siendo por un afán súbito e inmoderado de riquezas. ¿Y qué necesidad tenía de esto, si eran poseedores de una gran fortuna? Tal como en su interior se hacía estas observaciones, se las hizo a su padre seguidamente, pero

no como quien pide cuentas, cosa que le hubiese sido en verdad repulsiva, sino por interés curioso, y obligada por las mismas revelaciones que su padre hacía. Pero sintióse presa de una impresión penosa cuando el marqués, confuso, en voz baja, apartando la vista de ella, dijo:

—Gran parte de esa fortuna, desapareció en los siete años que corri por el mundo; hice mal; al verme otra vez contigo, pude darme cuenta de ello. Entonces quise recuperar lo perdido, metiéndome con repugnancia en esas combinaciones de bolsa, creyendo reconstruir así una fortuna que hubiese sido para ti.

Aquellas palabras, el tono en que fueron dichas, conmovieron a Matilde profundamente. Sintió pena grande, al verle confundido.

—¡Te has arruinado!—exclamó pensativa. Y de pronto, con generoso ímpetu:—Pero ¿qué importa, si no te deshonraste? ¿No tenemos todavía mi

hacienda, lo que de mi madre heredé, que no fué poco? Yo te cedo una parte; la mitad. ¡Hay mucho!

El marqués inclinó la frente, con lágrimas de vergüenza y dolor. Pensábalo al mismo tiempo: ¡Qué caro pagaba sus errores!

—¿Pero qué?—prosiguió Matilde ardentemente, exaltándose más a medida que hablaba.—¿Por qué bajas la cabeza delante de tu hija? No, padre, no hagas eso. ¿No comprendes que viéndote de ese modo, humillado ante mí, me haces más daño que todas las ruinas y todos los dolores?

—Esta humillación mía, te hará comprender mi desgracia... ¡nuestra desgracia!

—¡Padre!—gritó ella desesperadamente.

—¡Perdóname, Matilde!

—¿Qué?—murmuró.—¿Entonces... todo en absoluto... todo se ha perdido?

—Y se levantó lentamente, aterrada, lívida, muerta.

—¡Hija!

—¡Ah!—gritó ella.—Pero ¿cómo puede venir la desgracia tan pronto... tan silenciosa... arrastrándose para caer de golpe; para aplastar con su peso... para ahogar con sus anillos?—Fueron estas palabras gritos desgarrados de dolor y muerte. Levantando los brazos al cielo, parecía la estatua de la desolación y la ruina. Un sentimiento nuevo invadió el alma del marqués, ante aquella actitud inesperada de Matilde. Contaba con que sus revelaciones la sorprenderían, que le causarían pesadumbre también, pero sin sospechar nunca que pasase de ahí. Parecíale imposible que se revelase en su hija, como lo estaba viendo, en su edad juvenil, con sus ideas elevadas sobre el mundo y todo lo bueno, aquel sentimiento, por intereses tan viles.

—Mi dolor era muy grande,—dijo, irguiéndose y saliendo un poco de su actitud abatida;—mi postración, mi vergüenza, son mayores ahora. Creí

que sufrirías con esta revelación, pero nunca que te postrara así la pérdida del dinero. Soy joven aún, Matilde,—añadió orgullosamente;—como mi secreto era lo que me aplanaba, yo recobraré mis fuerzas. Yo trabajaré. Yo te devolveré lo tuyo.

Un grito de indignación y protesta escapó del alma de Matilde. Retorcíase las manos con dolor convulso... —¡Oh, padre!—sollozó.—¿Es que la pérdida de tu fortuna y de la mía te hizo perder también el sentido de las cosas? ¿Tan desgraciado eres que no ves nada más allá del brillo de ese oro que derretiste? ¿Qué no penetras en mi alma para ver, espantado, el golpe que ha recibido? Si eso pasaba... si tu ruina... si nuestra ruina se consumó, ¿por qué no hablaste a tiempo? Conservaríamos la dignidad siquiera.—Y cerrando los ojos, apretando sus manos sobre ellos, como para ver mejor en el fondo de su ser una imagen adoradísima, terminó con estas solas frases de profundísimo duelo:

—¡Ay, Alfonso!

Creyó entrever su padre entonces el interior de aquel alma desolada; un sentimiento profundo de cólera y desprecio contra sí mismo llenó todo su sér; no sólo había sido mal padre, sino que había dudado también de la generosidad y la grandeza de su hija.

—Matilde,—exclamó, acercándose a ella y apartando sus manos de los ojos, que besó contrito.—Si con la vida puedo consolarte, ya que no hacerte dichosa, pídeme la vida; pero no te postres así, que es ese mi mayor castigo. ¡Perdóname, hija mía! ¡Es tu padre quien te pide que le perdones!

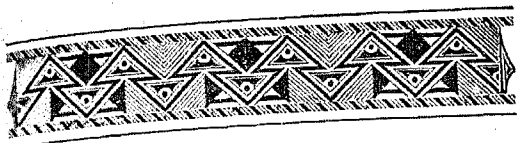
—¡No, eso no! Pedir perdón a tu hija, no. Pasan las cosas... porque tienen que pasar...—Secó sus ojos; hizo un gran esfuerzo para aparecer serena, sentóse al lado de su padre, como si hubiese tomado una resolución; cogiendo sus manos y besándolas, añadió sencillamente:

—Ea, ya está hecho... Vamos a lo

otro; a lo del *tío Claudio*... ¿Querrás creer que me olvidaba del *tío Claudio* y de sus pretensiones? Ya ves... Anda, di.







XXIII

Alma herida.

Quedó el marqués silencioso un momento; precisaba llegar hasta lo último; un secreto instinto decíale, que era el medio mejor de no perderlo todo a los ojos de su hija, aquel alma superior y grande.

—¿Qué decirte? Tarde o temprano, hubiera yo rescatado con mil privaciones nuestra fortuna, parte de ella al menos, sin que tú te apercibieses, sin darte el hondo pesar que hoy recibes... Pero el *tío Claudio*, valiéndose de sus agentes en Madrid, se informó de

mis asuntos, logró adquirir todos mis créditos; de todas mis deudas, pequeñas y grandes, hizo una solamente; y esa deuda, Matilde, supera en mucho a cuanto poseemos.

—¿Y qué?—preguntó Matilde con profunda ansiedad.

—Que si no aceptamos a su hijo, se incautará de todo lo que fué nuestro, y nos arrojará de *Marrubiales*, que era ya nuestro único refugio.

—¿Y el *tío Claudio* ha hecho eso?—preguntó Matilde con estupor.

—¿Y por qué no, señorita?—dijo una voz grave.

Volvióse Matilde rápidamente, pálida, fiera. El marqués temblaba de ira.... Quiso hablar ella, pero el *tío Claudio* había repetido:

—¿Y por qué no? Así y todo, imparcialmente, debiera usted elogiar mi conducta. Mi hijo la ama a usted y todo lo hago por la felicidad de mi hijo. Usted que es aficionada a las comparaciones, puede comparar: todo lo que ha

hecho el señor marqués en el mundo
¿ha sido en bien de su hija?

—¡Tío Claudio!—gritó el marqués
indignadísimo, avanzando hacia él. Le
detuvo Matilde.—¿Cómo se atreve us-
ted a presentarse aquí sin permiso
nuestro?

—Pasó media hora y soy puntual.
En cuanto a pedir permiso, estoy en
mi casa; así, sin ambages. Dejémonos
de palabras huecas. Una contestación
y me voy por donde vine, hasta nueva
orden, se entiende.

Matilde, conteniendo a su padre,
miraba al tío Claudio con insistencia;
trataba de inquirir, por los rasgos
acentuados de su rostro, lo que había
en el fondo de aquel corazón tan ama-
do hasta entonces, como el del mayor-
domo, y como el de su mismo padre.
Parecíale haber leído en el alma del
viejo desde que le conocía, como en
un libro, abierto siempre, de par en
par. No podía explicarse aquella acti-
tud del viejo amigo; hacíase cargo de

sus rarezas, de su excentricidad, de su áspera superficie, de aquel corazón magnánimo que ella hasta entonces había respetado y admirado como respetaba y admiraba todo cuanto ejercía en ella algún dominio, por la bondad, por la belleza, por la sabiduría, por otros sentimientos superiores. Dolíale que aquel hombre, en quien reconocía dotes valiosas de corazón y carácter, a quien debía ideas y pensamientos que ya se explicaba,—una vida nueva, ideal y elevadísima,—la tratase ahora como enemigo, duro, sin corazón, que no concedía tregua, ni cuartel. ¡Era verdad entonces! Aquella locura de quererla casar con su hijo, sería locura y todo, pero era verdad.

—*Tío Claudio*—dijo lentamente, mirándole a los ojos, con infinita ternura;—la respuesta que le habrá dado mi padre es la mía.—Y el *tío Claudio* apartó la mirada de ella con remordimiento. Estaba leyendo en su alma; sabía lo que estaba pensando. Aque-

los ojos... la ternura triste de aquella mirada, decíanle: «Viejecito mío... ¿por qué quieres hacer mi desgracia?»

—El señor marqués no me ha dado respuesta alguna;—contestó con sequedad; a la resolución de usted lo dejó... Y recuerde usted que si esa resolución no es favorable a mis deseos, no tendrán amparo ninguno; ni un modestísimo hogar, ni una pensión mezquina, para atender a las necesidades perentorias... Sólo hay, en fin, la miseria y la vergüenza.

—La miseria, sí, *tío Claudio*,—repitió Matilde con dignidad;—pero la vergüenza ¿por qué? Eso no, *tío Claudio*, déjenos usted eso al menos.—Y la palabra seca y fría del *tío Claudio* estuvo allí para responder inmediatamente:

—Ni aun eso; porque con todo lo que tenían ustedes no hay para pagar las tres cuartas partes de lo que es mío. Saldrá usted de aquí con lo puesto. Y con hambre a las pocas

horas; con hambre... que no podréis mitigar.

—Pero saldremos,—exclamó ella valerosamente;—y será ahora mismo: ¿es verdad, padre, que será ahora mismo?—añadió, volviéndose hacia el marqués, a quien halló postrado en la mecedora, abatido como nunca...—Pero ¿no me oyes?... ¿No oyes lo que dice el *tío Claudio*?

—Espera, hija...—suspiró él.

—¡Que espere!—repitió ella con hondo estupor. Y sonó de nuevo la voz del *tío Claudio*, sarcástica entonces, fría como la hoja de un cuchillo.

El señor marqués, con más experiencia de la vida, sin duda, le pide calma... Pero no es necesario. La señora marquesa está pronta al *sacrificio*. Sabe que la fortuna del señor D. Alfonso es colosal, y que todas estas románticas algaradas, se hundirán para siempre en un abismo de oro, casándose con él.

Matilde, le miró, encendida... tré-

mula de vergüenza; sus ojos chispeantes por la fiebre, se clavaron en los del *tío Claudio*, en un reproche infinito.

—¡Qué, *tío Claudio*!—exclamó temblorosa y palpitante.—Entonces ¿usted cree que yo he de casarme con él?—Oh, Alfonso, Alfonso,—añadió desoladamente;—tú que tanto nos oíste hablar de nuestro orgullo de raza, de nuestro horror a cuanto no fuese rancia nobleza y privilegios de sangre, cuando sepas nuestra ruina, nuestra miseria, ¿qué dirás de Matilde, de tu pobre Matilde que tanto te admira y tanto te ama? ¡De esta mujer que hubiera hecho por ti todos los sacrificios... Hasta el de la misma vida!

—¿Pero estás loca, Matilde?—exclamó el marqués humillado.

Y el viejo del *Limón*, conteniendo las lágrimas trabajosamente, decía aparte, loco de ternura y amor:

—¡Me la comería a besos, ahora mismo!

Matilde, contestaba al marqués con

explosión ardiente, de todos sus sentimientos:

—¡Loca, porque lamento mi desdicha... una desdicha de la que vosotros no conocéis el alcance! Pero tú, ¿no comprendes que no es ya cuestión de pérdida o ganancia, ni de ruina o poderío? ¿Tú no comprendes que no es eso solo? ¿Que hay más, Dios grande, más todavía? ¿No consideras que Alfonso puede creer ahora con razón muy sobrada, que si tan fácilmente, tú y yo cedimos a sus pretensiones, fué porque estábamos arruinados, para salvarnos con ese casamiento de la ruina?... Ay, qué vil, qué negro se ve todo, cuando se le aproxima como piedra de toque el sentimiento de un corazón honrado!... ¡Oh, Alfonso, Alfonso, nunca!... ¡Todo acabó! ¡Madre... Madre del alma,—añadió con horrible desconsuelo.—¡Tú solamente me comprenderías!

Se sentó sin fuerzas; lo sabía ya, su alma estaba arruinada, su juventud, su felicidad, su existencia, todo muerto.

El marqués parecía haber envejecido en una hora, diez años; sin ideas, sin energías, limitábase a repetir en voz baja, desoladamente.—¡Pobre hija...! ¡Pobre Matilde!—El *tío Claudio* no podía ya resistir; iba a echarse a llorar como un chiquillo; sentíase presa de una conmoción extraordinaria. Pero quería llegar hasta el fin; era un artifice, astuto, desconfiado, terrible. ¡Oh, cuando él dejara de probar a Matilde, —aquel brillante purísimo,—con la pavorosa piedra de toque, ya podría pasar toda la existencia tranquilo. Ni el marqués ni su hija hicieron caso del *tío Claudio*, en la triste pausa que siguió. El viejo, aproximóse a ella cauteloso, y díjole quedo, muy quedo, sin que el marqués le pudiese oír, poniéndola una mano sobre el hombro:

—Usted es fuerte... Usted es joven y animosa... Podrá soportar la vida de tormentos y humillaciones que se le preparan. Pero ¿y el señor marqués?... ¿y su padre? ¿podrá resistir acaso?

—Matilde, a estas palabras, miró a su padre, angustiada, furtivamente.

—Los viejos—añadió el *tío Claudio* en el mismo tono,—estamos aclimatados a nuestras costumbres, a nuestra vida... ¡Un cambio así nos mata! Ya que no por usted, por él al menos... ¡Usted se casará!

—Mi padre... ¡es mi padre!—pensó ella con gran agitación, mirándole otra vez, furtivamente. Luego, mirando al *tío Claudio* cara a cara, muy cerca, añadió con suprema angustia.—¡Ah, *tío Claudio*! ¡Qué bien sabe usted herir las fibras que más duelen! Ayer mismo, ¡cuán ajena estaba, al llorar en sus brazos, de que era usted mi mayor enemigo!

El *tío Claudio* desvió los ojos, mirando a otra parte; pero Matilde no le observaba, hundida en su propio dolor e incertidumbre. «¿Qué haría? ¿Podía dejar a su padre de aquel modo?»—y le miraba abatido, postrado, sin fuerzas, sin ideas, como próximo a sucumbir.—

«¿Podría ver en calma sus privaciones, su dolor, su muerte?... ¡Porque sería su muerte! ¿Tendría corazón para ello? ¡Qué locura! Le vería agonizar, sin que él la dirigiese un reproche, es cierto; pero con derecho a decir siempre: «Mi hija se vengó de mí, porque la arruiné, porque la dejé en la miseria... Porque no contribuí a su felicidad, como es obligación de un padre... No, que su padre no lo pensara... que no lo dijera nunca! ¿No había una ley emanada de Dios? Los hijos, según esta ley, ¿no se debían sacrificar por los padres? Ella haría lo que cualquier hijo... Sacrificarse también». Tomada rápidamente su determinación, levantóse con aire sereno, fué hasta su padre y le dijo con gran dulzura, besándole en la frente:

—Padre, ya lo he pensado; estoy resuelta.

El *tío Claudio* la miraba anhelante. El marqués, incorporándose vivamente, exclamó animadísimo:

—¡Te casarás, sí! ¿Es cierto que te casarás?

—¡Pero con D. Alfonso!—añadió el *tío Claudio* prontamente con horrible ironía.

—¡Con Alfonso, sí! ¿Con quién va a ser, desventurado?—prorrumpió el marqués, estrechándose a Matilde y mirando al *tío Claudio* con toda la elocuencia de su egoísmo.

—¡Con Alfonso!—repitió ella, soltándose de su padre, y mirándolos a los dos con ojos de asombro, como si verdaderamente fuese a enloquecer...—¿Y sois vosotros quienes lo pensáis?... ¿Y sois vosotros los que me lo decís?... ¿Y eres tú, padre?... ¿Pero qué idea del sentimiento... pero qué idea del honor tienen ya los hombres? Si he de venderme, que sea a su hijo de usted, *tío Claudio*, no a Alfonso. Vea el mundo, al menos, que pude escoger las dos cosas, dinero y felicidad; y que sólo escogí dinero! Usted, *tío Claudio*... Su hijo de usted, saben ya por lo que me caso... Alfonso tendría el derecho de dudarlo siempre! Dirán todos:—Se ha

vendido; pero en su venta obró con lealtad; pudiendo tener la riqueza y la dicha, se contentó con la riqueza, pero la riqueza para su padre... Para ella... Para ella no quiso nada.—Y estalló en sollozos.

Los dos viejos lloraban como niños.

—¡No, eso nunca!—gritó el marqués.

—¡No te casarás con su hijo, yo te lo juro!

—¡Le dió usted libertad para que escogiera,—gritó también el *tío Claudio*;

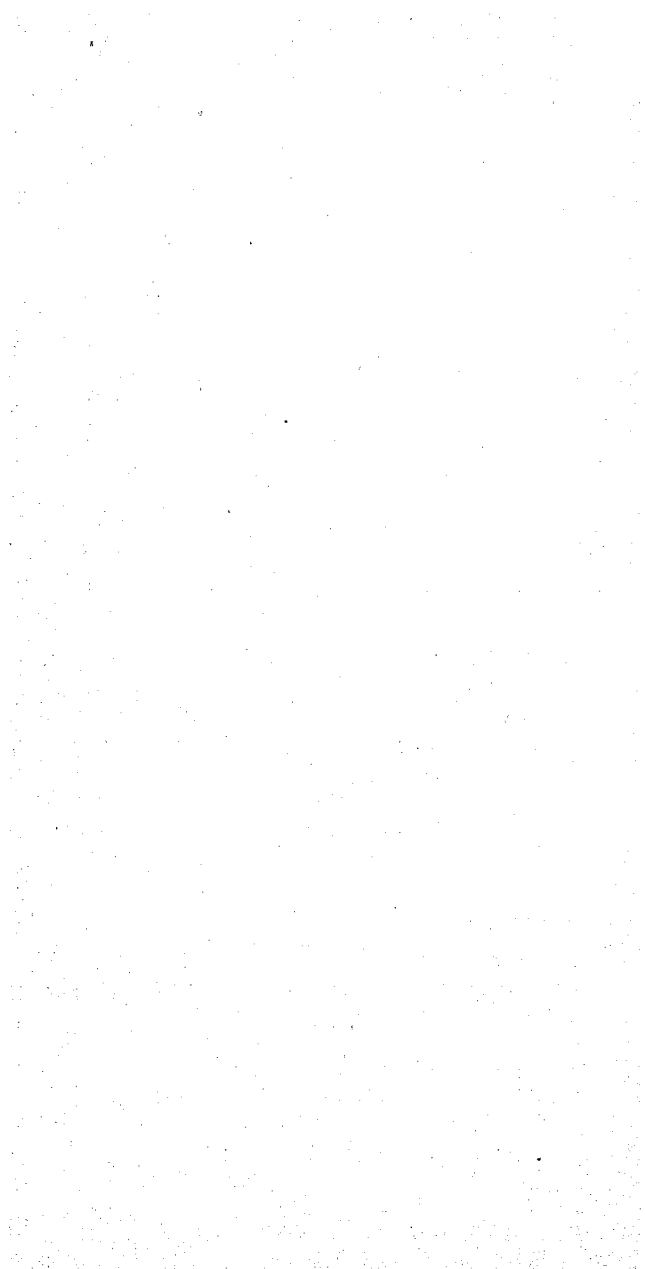
—escogió y con mi hijo ha de casarse!

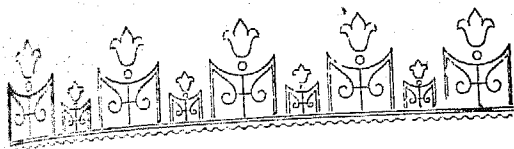
—Y llamó así, frenéticamente, llegando hasta la puerta:

—¡Hijo... ven... hijo!!

Se presentó Alfonso.







XXIV

Moraleja.

Entró, exclamando con íntima alegría.

—¡Padre, gracias a Dios!

El marqués le miró como si soñara. Lo pensó a la vez, «¿se habría vuelto loco?»

Matilde, habíase levantado prontamente, y los miraba a todos, blanca como la cera.—«¡Su padre...! ¿Qué era aquéllo?»

—Mi padre, sí; mi padre... No sé para qué cábalas, me hizo ocultar durante algunas horas el lazo que nos

une; yo le obedecí... Delante de él te lo digo, Matilde; yo le obedecí, porque es mi padre. Perdóname... Perdóneme usted, señor marqués.

—Pero ¿qué es esto?—repetía el marqués trastornado completamente.

Matilde no dijo nada; una intensa emoción de bienestar refrescó su sangre. Fué hasta el asiento más próximo y se sentó silenciosa... Los tres hombres la miraban con recogimiento religioso. El *tío Claudio*, con verdadero temor ahora, al pensar en el desquite que la *muñequita* en su justo agravio pudiese concebir. Ella seguía en silencio, sin mirar a nadie, baja la cabeza, fija la vista en cierto rayo de sol, tendido a sus pies como un listón de oro. Sin alzar la frente, exclamó al fin, muy bajo, con mucha lentitud, como si cada una de sus palabras fuera para los que la oían, un mundo de misterios.

—¡Conque era hijo del *tío Claudio*!

—¡Mi hijo, sí, mi hijo!—repitió el viejo anhelante.

—¡Alfonso hijo del *tío Claudio*!— repetía Matilde como si no oyese, y respondiendo sin duda a las ideas que en su cerebro batallaban... Y de pronto, añadió, mirando a todas partes con terror.

—Pero ¿y aquel hombre?... ¿Y Frasquito?

Y el terrible *Troncho* entró en escena súbitamente como si la pregunta de Matilde hubiera sido una evocación. Adelantó hasta la *muñequita feudal*, sin encomendarse a Dios ni al diablo, en una mano la tranca y la otra mano en el pecho, y dijo ufanamente:

—*Pa servila*; en la cuadra, *tó* lo que sea *menesté*.

—No le extrañe a usted la aparición;—decía el *tío Claudio*;—como esperaba la pregunta que me ha hecho usted, le tenía ahí prevenido.

Matilde inclinó la cabeza de nuevo. Estaba muy pálida.

—Fuera de aquí,—dijo el viejo dirigiéndose a Frasquito,—ya concluiste. Agustín te dará tu propina.

El tío *Claudio* estaba irritado; lo peor era, que estaba irritado contra él mismo. Sentía como una especie de remordimiento, por lo que Matilde acababa de sufrir, e irritábase por aquel remordimiento que sentía. Sobre esta impresión desagradable, poníase la duda que le inquietaba ahora. El marqués, dicho sea con verdad, traíale sin cuidado; pero acordándose del orgullo de Matilde, empezó a desconfiar, creyendo que la *muñequita*, de ningún modo, dejaría las cosas así. ¿Era entonces que aquel *juego* suyo, aquello que él llamaba *una lección* iba a resultar contrario? ¿Era entonces que él iba a ser enemigo de su propio hijo, siendo causa precisamente de que su felicidad no se realizase, cuando por la felicidad de Alfonso hubiera dado su vida? Su irritación cambiósese de pronto, por fenómeno singular, en sentimiento infinito. Era el caso, que hubiese dado por Matilde la última gota de su sangre, como por Alfonso... «¿Y él los había sepa-

rado, quizás, en vez de unirlos? No, aquello no era posible.»

El marqués, mostrábase trastornado verdaderamente. Frasquito salía haciendo grandes contorsiones cómicas. Alfonso quiso hablar.

—No, cállate,—dijo el viejo autoritariamente;—yo soy quien debo hablar aquí.—Y añadió, dirigiéndose a Matilde, en tono que sonaba a llanto, conmovido hondamente:

—A ese que va ahí, que es mi mozo de cuadra, se lo hice pasar a usted por mi hijo... ¡por mi Alfonso!... ya ve usted qué herejía. Pero fué una lección que se impuso..., que no tenía usted más remedio que recibir... ¡Usted lo creyó sin dificultad! Lo creyó por la idea que tienen ustedes, los del linaje ilustre, de que los hijos de un pobre diablo como yo—y valga el ejemplo—no pueden ser otra cosa que pobres diablos, ordinariotes..., vulgarísimos. Con toda intención le hice vestir de manera tan ridícula, para asegurarme

en mi creencia con ese dato más, tan elocuente. ¡No le extrañó a usted que fuera mi hijo un jayán, idiota, vestido de payaso!... Hablándome usted de la distinción, del talento de este Alfonso que tiene usted delante, decía que eso era propio, aunque yo lo pusiese en duda, de las razas privilegiadas. Y yo reía amargamente; porque sé muy bien que la distinción, el talento, no los da el haber nacido de estos o los otros padres, que los da Dios. ¡Ya ve usted, señora marquesa, lo que es mi hijo!... Acuérdesse usted, en cambio, sin ceguera, con mucha sangre fría, de los miles de hijos de casas grandes que están en el mundo para risa y ludibrio de los humanos, por ser horribles, mucho más horribles, física... y aun moralmente, que mi pobre mozo de cuadra. ¡Ya ve usted si la lección es profunda, aunque la vista de ese criado, le haya podido dar apariencias cómicas al principio. ¡Por usted lo hice, hija de mi alma! ¡Perdónemelo usted si la ofendí!—El

tío Claudio lloraba entonces dulcemente, como no había llorado nunca.—Pero con la lección que me he atrevido a dar a usted recibí otra, y me enorgullezco en confesarlo; recibí la lección de que, en la aristocracia, como en las demás clases sociales, hay mujeres de gran corazón, que pueden honrar a un esposo y ser la gloria de una familia.

El *gran hombre*, no intentó hablar ahora, hondamente emocionado; su clara inteligencia había concebido por el curso del viejo y por la actitud de Matilde, mucha parte de lo que entre los dos hubiese podido ocurrir. Quería saberlo todo, pero guardó silencio profundo, esperando anhelante la respuesta de Matilde. Lo comprendía en el fondo de su corazón. Su padre había jugado la última carta.

El marqués, sentándose de nuevo, con el rostro entre las manos, parecía no pertenecer a este mundo.

Cuando el *tío Claudio* acabó de hablar, esperaba como su hijo, con la

muerte en el alma. Conocía a Matilde, la conocía mejor que su padre, la conocía mejor que Alfonso y sabía bien que era aquel un minuto supremo.

Levantó Matilde la cabeza, y entonces, a plena luz, se iluminó vigorosamente su cara, de rasgos purísimos. Sus ojos centelleaban, con misteriosa luz, bajo la sombra de sus pestañas... Y dijo otra vez, lentamente, mirando ya al *tío Claudio*:

—¡Conque era hijo de usted!

Y de pronto, antes que el *tío Claudio* respondiera, gritó así, en una explosión de alegría y ternura:

—¡Ay, *tío Claudio* mío, yo lo descubrí! ¡Ya sé por lo qué le quería yo a usted tanto! ¡Por eso! ¡Porque era usted su padre!—Y se arrojó en sus brazos loca de felicidad.

—¡Al fin!—suspiró Alfonso; el pecho iba a estallarle. El marqués, fué hasta Matilde trabajosamente.

El *tío Claudio* no contestó a Matilde... no pudo; le ahogaban las lágrimas.

La muñequita feudal vencía siempre... ¡Aun estando vencida! Retenía en sus brazos, besaba la cabecita pura, acariciaba los cabellos sedosos, riendo, llorando a la vez y preguntando entrecorradamente, porque la conmoción impedía hablar.

—Pero ¿me perdonarás lo que por mí sufriste?... ¿Me lo perdonarás, muñeca?

«¡Perdonar!» Matilde no contestó. Las anteriores angustias, la inesperada alegría, las hondas, encontradísimas emociones, habían vencido al fin por un instante su fuerte naturaleza. «¡Perdonar!» Fué una crisis de sollozos y lágrimas, la más grande, la única quizás de su vida. Quedó un instante como muerta. No vió, no pensó en nadie en aquel momento. El marqués no pensó entonces tampoco, no se acordó de nada, para acudir a Matilde; esto le volvió a la vida.

Cuando Matilde pudo recobrase; cuando la inquietud desapareció de to-

dos los corazones, dejando lugar a una serena alegría,—que al marqués era al único a quien quizás amargaba un poco,—el *tío Claudio*, dirigiéndose a él, dijo con gravedad:

—Señor marqués, no hemos concluido aún, tenemos que liquidar nuestra cuenta todavía.

El marqués le miró ansioso; aquella mirada la comprendió el *tío Claudio*; le quería decir: —«¿En presencia de Matilde?»

La comprendería el viejo del *Limón* sin duda, porque añadió calmosamente:

—¿Qué importa la presencia de Matilde? Lo sabe ya todo. ¿A qué más misterio? Que sepa una cosa más.

El marqués y el *gran hombre* miráronle con inquietud; pero Matilde fué hasta el viejecillo del *Limón*, estrechó su mano y dijo tranquilamente:

—Hable usted, *tío Claudio*.—No añadió más; pero le miró como diciéndole: «Te conozco bien; tengo más confianza que ellos».

El *tío Claudio* no contestó a la *muñequita*; pero su voz, al empezar a hablar, fué temblorosa, como si su corazón se hubiese impresionado mucho con aquella mirada:

—Señor marqués,—exclamó, sacando unos papeles;—coja usted estos documentos, y cójalos sin prevención; yo los rescaté de sus acreedores, pero no por el valor que representaban,—que la usura los había gravado enormemente,—sino por su valor justo... una quinta parte lo menos. Recupera usted así su fortuna y la de su hija, y esa cantidad ínfima, relativamente, que yo he desembolsado, me la abona usted en plazos prudenciales, cuando haya usted concluido con entera libertad y tiempo la reorganización de su hacienda. Una cosa tengo que pedir; que no se piense que tuve intención nunca de cumplir la amenaza de valerme de estos créditos para arrojar a la calle a los poseedores de *Marrubiales*. Desamparar así a dos seres, aunque me amparase a mí la ley,

lo consideraba antes y lo considero ahora como una infamia digna de todos los anatemas. El *tío Claudio* quiere sus sueños tranquilos; el *tío Claudio* quiere sus días serenos. Este es el *tío Claudio*. La *muñequita feudal* me conoce, mi hijo también, aunque no tanto como ella; pero el señor marqués no me conoce y era preciso que oyese lo que he dicho. Algo he de añadir aún, para que mi tranquilidad sea absoluta. Si no pensaba desposeer a nadie, ¿por qué tantos trabajos y apuros para hacerme de esos créditos? He aquí la historia: Quise en varias ocasiones comprar a *Marrubiales*; se me dió de lado siempre; ofrecí mucho, se me rechazó también. ¿Tan ricos eran sus poseedores? Entré en curiosidad y quise averiguarlo. Supe que no se me vendía *Marrubiales*, no por ser muy ricos sus dueños, sino por todo lo contrario. Sobre *Marrubiales* y sobre todos los inmuebles que la casa de Nervión poseía, pesaban hipotecas enormes. El señor marqués estaba au-

sente; la única representante de la familia en Madrid era una hija, a la que yo detestaba de veras, sin saber el motivo, porque no la conocía. Pasó tiempo. Llegó la marquesa a *Marrubiales*; la traté, la conocí, pensé entonces en el porvenir que esperaba a un lindo muñeco, a quien llegué a adorar, no obstante las rabietas que me hacía sufrir cada cinco minutos; no quise permitirlo y, por de pronto, evité la acción de todos los acreedores, haciéndome de esos créditos. Por mi fe de viejo honrado, aseguro que sólo esperaba una ocasión para dar cuenta al señor marqués de lo que había hecho, sin herir susceptibilidades. Como siempre estábamos peleando, yo no tenía humor nunca para dar este paso; además no corría prisa; como yo era el poseedor de todos los créditos, nadie molestaría a ustedes. Lo confesaré también. Mi pequeña venganza por todos los berrinches que sufrí al pie de la tapia, fué el pensamiento de lo confundido que el señor marqués es-

taría esperando la catástrofe, cuando en realidad la catástrofe estaba ya conjurada. Esto, por un lado; además hasta ayer mismo no supe, —porque la *muñequita feudal* me lo dijo, —el lazo que existía entre ella y Alfonso. Ella lo sabe; no podía yo, por lo tanto, haber adquirido los créditos para hacer de ellos el uso que a última hora hice... Soy un viejo con fe... Creí que todo había sido una inspiración de Dios. Estos papeles me han permitido salir adelante con mi tema. Lección hubo para todos... ¡Que el ejemplo venga después de la lección! He dicho, señor marqués. He aquí los créditos.

Matilde besó la mano que se tendía para alargar los papeles. Alfonso hacía-se violencia para no llorar. «¡Aquel era su padre!»

—*Tío Claudio*, —dijo el marqués gravemente, —los tomo; el tiempo, aunque yo no viva muchos años, dirá si supe aprovecharme de la lección que hoy recibo...

—Una palabra, señores.

Otra persona había en escena; era un hombre; fué el que acababa de hablar. Apareció poco antes, y oyó en casi toda su extensión el discurso del *tío Claudio*. Volviéronse todos rápidamente... Matilde se lanzó a él y le abrazó muy contenta. El marqués le acogió placentero. Alfonso estrechó también su mano francamente. El viejo del *Limón* no le conocía.

—Pero ¿qué te trae por aquí, viejo mío?—dijo Matilde alborozada.—¡*Tío Claudio!* ¡*Tío Claudio!*—añadió alegremente;—aquí está. ¿Le ve usted? ¡Aquí está el otro viejo!—Y unió la mano del nuevo personaje a la del *tío Claudio*.

Los dos viejos estrecháronse las manos rudamente.

—Gracias, señor,—exclamó el forastero en voz baja.—Usted ha completado mi obra... Lo he comprendido todo, por las cartas de Matilde. ¡Es usted un hombre!

Por primera vez en su vida sintióse

el *tío Claudio* confundido por el rubor. — Pero ¿quién se fijaba en tal cosa?

El mayordomo habíase vuelto hacia el marqués. — He venido solo para dar una noticia y soy feliz, porque me encuentro aquí con otra que alegra mi alma. — Y estrechó la mano de Alfonso.

— La que tú has recibido no puede ser mejor, Mariano, — dijo el marqués un poco inquieto; — pero ¿y la que traes?

— Cuando él la trae ¿va a ser mala? — exclamó Matilde rápidamente.

— En efecto, es buena; señor marqués, cuando el último viaje de vuestroencia a París, disponíamos de una cantidad, no de mucha importancia ciertamente. Le pregunté a vuestroencia qué hacíamos de ella, y me contestó al marcharse que lo dejaba a mi albedrío. Como no hubiéramos podido con aquella suma, atender las reclamaciones de un solo acreedor, y como por otra parte, ¡caso estupendísimo! nin-

gún acreedor se presentaba, dispuse de ella, cometiendo una locura.

—¿La empleaste?—preguntó el marqués, interesándose ya, en el relato de su mayordomo.

Había unas grandes minas, cuyas acciones estaban en baja: no sólo no llegó a repartirse ni un dividendo, sino que los accionistas hallábanse convencidos de que nunca se repartiría. Era un aluvión de acciones desbordándose por todas partes; llegó a ser una invasión, una locura... Bajaban... bajaban... nadie las quería; se las miraba con odio, con terror. No he visto jamás catástrofe tan espantosa.

—¿Y usted, D. Mariano?...—exclamó Alfonso, pálido, anhelante, dando un paso hacia el viejo.

—Yo, señor D. Alfonso, me acordé entonces de un joven, altivo, honrado, a quien siempre tuve, no sólo por un gran corazón, sino por un gran talento. Quise rendirle un tributo de fe, dentro de mi corazón y en holocausto a la

felicidad que él merecía y a la que aspiraba.

—¡Mariano!—exclamaron todos anhelantes.—¡Y compré! ¡Compré con tanta locura como vendían! ¡Compré, invirtiendo la suma que teníamos en caja! ¡Compré, invirtiendo también todo mi patrimonio! ¡Compré, desprendiéndome de la parte de dote de Matilde que yo había reservado secretamente, con mil horrendos apuros! ¡Compré, desprendiéndome hasta de la cantidad que durante diez y nueve años —¡toda la vida de Matilde!—reuní en mi hucha, para mi regalo de boda! ¡Compré sin pensar! ¡Compré con verdadero frenesí! ¡Fué algo misterioso, inexplicable, que me impulsó! ¡Compré! ¡Compré... Y soy rico... muy rico! ¡Y la casa de Nervión es poderosa, poderosísima como nunca! ¡Y el *tío Claudio*, más grande que todo en la tierra, por su corazón, por su saber y por el hijo con que Dios le ha premiado.

Abrazáronse los dos viejos, Matilde fué hasta Alfonso, le tendió las manos y pronunció estas palabras como un resumen brevísimo que sólo el amor podía idear.

—¡Todo de til!

El marqués, ante este nuevo golpe de fortuna, inclinó la frente. «Era demasiado. ¿Lo merecía él?»

El viejo del *Limón*, desentendiéndose de los brazos y de los elogios del tutor, adelantó, muy gentil, hacia el marqués, dándole la mano.

—Ea, señor marqués,—dijo alegremente;—lo pasado quedó atrás; el corazón y los ojos, a lo que ha de venir. Cada uno nace como Dios quiere: cada uno con su preocupación; yo tengo la de mi sangre colorada; usted, señor marqués, la de su sangre azul... La preocupación de esta generosa pareja, —añadió, aludiendo a la *muñequita feudal* y al *gran hombre*, es la mejor; la de amarse mucho... La de ser muy dichosos... Ya somos viejos, señor

marqués, y nadie nos sacará de nuestras creencias, pero vosotros sois jóvenes, vosotros lucharéis y venceréis; venceréis con un poder que nadie domina... ¡Con el poder de las razas nuevas! Bien, hijos míos; adelante; adelante siempre; pero que no se os vaya de la memoria; un viejo batallador os lo dice... El filón que encontraste, —dirigiéndose a Alfonso, temblorosa la voz y centelleante la mirada...—ese filón, hijo, ¡cuán poca cosa es! ¡La libertad, el amor, la enseñanza, el trabajo... ese... ese es el filón único! ¡El filón de donde brota la alegría de los hogares! ¡La paz y la fortuna de los pueblos!

La boda se efectuó muy pronto. La luna de miel la pasaron en el *Limón* y *Marrubiales*. Las dos huertas, se fundieron en una, como se habían fundido los corazones de sus dueños. ¡Fuera tapias!

Cuando la *gran duquesa* tuvo noticia del *contubernio* aquel—léase boda,—rasgó sus vestiduras. «¡Triste destino el de Matilde!»

Del *tío Claudio* ¿qué diré? Era completamente feliz, con sus hijos, con sus claveles... y con sus tulipanes. Del marqués, diré menos aún; aprovechó la lección. Hizo honor a su palabra.

Al poco tiempo, cuando el *gran hombre* volvía a la dirección de las minas, acompañado de su mujer, detúvose en Madrid; viéronse en Madrid la *gran duquesa* y Matilde. La *gran duquesa* mostróse magnánima, al oír decir a Matilde, que ya no podría alternar como antes, con sus antiguas relaciones.

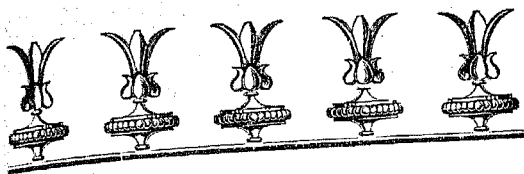
—¡Qué ocurrencia!... La verdad, te lo digo sin rodeos; mucho has bajado con ese matrimonio desdichadísimo; pero no dejarán de tratarte... No van a ser tan intransigentes.

—No, si no es porque he bajado—respondió Matilde con una risa sonora.

—¡Es porque he subido! Dejé de ser marquesa, para ser reina! ¡Reina de las minas!

A las minas se fué, y allí está como una reina de veras, con su Alfonso adoradísimo, que es su rey, y con un príncipe tirano, pequeñín y rubio, como una rosa besada por el sol.





Fechas memorables

I

Ante los ojos de mi alma van desfilando unas figuras solemnes: podría contar su número, podría decir cómo eran sus vestidos, cómo sus facciones, cómo la expresión y el habla de cada una y hasta lo que hablaron y lo que hicieron aquella tarde: abra los ojos o los cierre, las veo surgir de unos torbellinos de humo, cuyas espirales las rodean como sudarios blancos.

Las tres barricadas habían sido ya deshechas por los cañones de Caballero de Rodas; tirados en las grandes pie-

dras había cadáveres de soldados y milicianos; aquí un fusil roto, allí una cureña despedazada... El sol subía lentamente por la pared como fimbria de oro de una virgen, alzándose para no rozar el suelo ensangrentado.

II

Serían las cinco de la tarde: todos aquellos sitios estaban ya en poder de las tropas; oíanse a lo lejos algunas descargas, algún disparo suelto y de minuto en minuto, la voz formidable del cañón que helaba nuestros corazones; conocíase desde luego, que en algún otro sitio de la ciudad, y aun en el barrio mismo, los soldados del gobierno tenían aún tela cortada; el combate estaba en su mayor fuerza.

Durante todo el día mi casa fué blanco de los tiros disparados contra

los tres reductos; recuerdo perfectamente aquel silbido especial de los proyectiles al pasar junto a nuestras cabezas, y aquel otro más especial y tétrico, del tabique o el tejado que se derrumba; las continuas alternativas del combate en cada una de las tres barricadas, reflejábanse al mismo tiempo en nosotros; se combatió allí mucho, pelearon como fieras; los nacionales retrocedieron muchas veces a la furiosa y ordenada acometida de los soldados, pero volvían de nuevo con más ímpetu, haciendo retroceder a los otros; a cada una de estas oscilaciones del combate, metíanse en la casa como lobos, los nacionales o los soldados; teníamos que sufrir sus iras, sus despechos, sus desesperaciones; echaban abajo los tabiques para huir, despedazaban a culatazos las alacenas para buscar comida, y a lo mejor reían a carcajadas o entonaban coplas como en cualquier alegre fiesta de lugar. No sé qué impresiones extrañísimas siento aún en mi

corazón recordando tales escenas; una vez, un soldado, jadeante, con el ros inclinado hacia los ojos, la carrillera por la barba, el capote roto, sucio, las puntas del faldón sujetas con botones a las caderas, el fusil afianzado y la bayoneta calada, vínose para mí como una furia; ví la punta de la bayoneta a una pulgada de mi pecho, dí un grito de espanto y cerré los ojos; mi madre se abalanzó al soldado, como una leona, y le arrancó el fusil. ¡No puede darse otro ejemplo tan misterioso del poder que presta a un padre el amor a los hijos!

¿Qué rápida transición fué la de aquel hombre? Se vino a mí desarmado ya; mi madre lo dejó; yo no temblé; cogióme la barba con sus ásperos dedos y dijo echándose a reir:

—De buena te has librado, chiquillo... Patrona, añadió; ¿hay una poca de agua para mí?

Mi madre le dió el fusil, y le dió agua... (No quiso vino.)

Bebió el soldado. Ea — exclamó riendo; no fué nada. Se inclinó, me besó, y añadió con risa más violenta— ¡Ojalá que tu padre te pueda librar de quintas!

Mi madre estrechó su mano; el hombre se conmovió profundamente y murmuró con esfuerzo:

—¡Ahora, al deber... Adiós, patrona!

Estábamos al pie de la escalera, se alejó el soldado, atravesó el portal, llegó a la puerta de la calle y al volver el rostro para vernos por última vez, lanzó un ¡ay! y cayó de espaldas... ¡Estaba muerto! Una bala habíale atravesado las sienes. Mi madre se echó a llorar y cayó de rodillas. Yo escondí mi cabeza en su falda.

III

Después, mucho después, transcurridos muchos años, al quedarme solo

en mi habitación, antes de dormirme, y aun dormido, creí muchas veces oír que la puerta de mi alcoba se abría, creí escuchar pisadas lentas y que venía hasta mí acompasadamente el soldado muerto, con sus sienes agujereadas; oí en las baldosas el golpe de su fusil y el crujido de la silla, donde se sentaba. Mirábale yo con estupor profundo, pero sin miedo; permanecía un instante silencioso, bebía luego un vaso de agua, levantábase, sentía yo en mi barba el roce de sus fríos dedos de muerto, y después, nada. ¡Silencio! ¡Soledad! ¡Tinieblas!... El soldado había desaparecido con su fusil, con su mochila, y con los agujeros de sus sienes.

IV

¿Cómo es posible con esas impresiones, que al escribir ahora estas líneas, olvide un solo detalle de aque-

llos días de prueba? Del sinnúmero de hechos que allí se desarrollaron, conté uno solamente; el del soldado muerto; por lo demás, a cada minuto y en cada sitio de aquella casa desarrollábanse escenas parecidas. Ved otra:

El proyectil que traspasó las sienes del soldado fué de las descargas de los nacionales, que acometieron nuevamente a las fuerzas del gobierno; por algunos instantes pareció que los milicianos iban a recuperar otra vez sus posiciones; avanzaban como locos, desencajados, lívidos, ciegos; ni aun mucho después, siendo ya hombre, pude explicarme que llegara a tal extremo la pasión de aquellos desgraciados; descargaban sus fusiles sin saber a dónde; asestaban bayonetazos a lo primero que por delante se les ponía; no me explico la causa de que no se despedazasen ellos mismos; parecían fieras locas; dijose después, que en un tabernucho próximo en donde entraban y salían los nacionales abrasados y sedientos, su-

ministrábanles con el vino, no sé qué ingredientes espantosos, que los ponían en aquel estado.

V

La tropa, no se rehizo al instante de aquella gigantesca acometida; sus esfuerzos eran inútiles; los oficiales blandían las espadas y descargaban sus revolvers, mordiéndose los labios de ira; los soldados, recelosos, escondíanse en los quicios de las puertas, en las esquinas de las bocacalles, bajo los balcones; de todos sitios, llovían sobre los infelices, mesas, sillas, piedras, balas y agua hirviendo. De repente, suena un clarín; la nota es formidable, potente, los soldados se replegan a este aviso, hacia la pared, abriendo las filas; se ve por el fondo un cañón de gran calibre, arrastrado por mulas poderosas.

sas, desenganchan las mulas, se arriaman los artilleros, hormigúean junto al cañón un instante, reponiéndose inmediatamente los que caen por los proyectiles de los milicianos, vibra el clarín otra vez, los artilleros se apartan de la pieza, reciben una orden, el cañón retumba, caen por tierra balcones, aleros de tejados, ventanales, trozos de piedra, y cuando se disipa la nube terrible que todo esto levantó, se ven sobre aquellas ruinas los cadáveres hechos pedazos de los últimos hombres de las barricadas, y sobre las ruinas y sobre los cadáveres, los soldados que gritan furiosos. Entran otra vez en nuestra casa medio derribada, rompen todo, lo arrollan, rugen, matan a bayonetazos a los nacionales que allí se refugian, se revuelven como lobos, no respetan sexos ni condición; mis padres, mis hermanas... todos vamos ahora a caer sin remedio ante el furor ciego de aquellos hombres. Súbitamente, una voz poderosa domina aquel tumulto.

—¡Quietos! — Los soldados parecen mudos de sorpresa de pensar sólo que hay quien logra detenerles. ¿Quién pronuncia aquella palabra imperativa? Es un hermoso capitán de Barbastro, con su pantalón corto, azul, que termina en la rodilla con ancha franja verde; botines de becerro, levita corta, cinturón adornado con trencillas de plata, y sombrero alto, feo, con su escarapela y todo lo demás que los cazadores de Barbastro, usaban entonces. La levita habíasele desgarrado, los botines estaban rotos y el sombrero agujereado por las balas de los nacionales; tenía un revólver en la mano izquierda; con la derecha, levantó la espada desnuda al decir «¡Quietos!» Su continente aguerrido y noble me suspendía de admiración en medio de mi espanto, como suspendía a los que entonces le contemplaban: sus grandes ojos despedían fuego y no se supo qué color era la suya por estar embadurnada su persona toda con el polvo de los tabiques, las

techumbres y hasta los edificios enteros, que durante el día derrumbáronse en la pobre ciudad.

VI

Aquel hombre nos salvó de una muerte segura; consiguió dominar a los soldados, diciéndoles que eran servidores leales de la patria y no asesinos; los conmovió, recordándoles a sus padres, a sus hermanos, a sus novias. El soldado español es generoso... Salieron de allí aquellos hombres, con el ánimo en muy distinta disposición de como habían entrado; el capitán no pudo salir con ellos; contúvole la gratitud de las personas a quienes acababa de salvar. Él entonces, se aproximó a una niña que, durante la anterior escena, había estado refugiada en los brazos de su madre; esta mujer, habíase refugiado a

su vez, una hora antes, en nuestra casa, saliendo espantada, de la suya, que se derrumbó.

La muchacha a quien el capitán habíase dirigido tenía cuatro años; era morenilla, de ojos negros que nos miraban y miraban al capitán con asombro misterioso; recuerdo que se llamaba Amelia. El capitán sin responder a las protestas de gratitud de aquellos a quienes salvó, inclinóse, cogió en sus brazos a la muchacha y poniéndole la boca en una mejilla, la dió un beso que sonó como un tiro; dejándola otra vez en el suelo exclamó:—«A esta se lo debéis: tengo una hija de su edad.»

VII

Yo tenía discernimiento suficiente para comprender algo de aquellas sensaciones y mi sorpresa callada fué

mucha, pensando que aquella chiquilla a quien tantos coscorrónes tuve ocasión de dar por diferentes y altos motivos en nuestros infantiles juegos, nació destinada, por su figurilla graciosa solamente, a salvar la existencia de más de treinta personas que se reunían allí aquella tarde, entre los de casa y los que en ella se refugiaron.

Al irse el capitán fué aquello un jubileo de abrazos y parabienes a la chiquilla, ella se echó a llorar sin saber lo que le pasaba; la miré desde entonces con cierto respeto de que yo mismo protesté siempre en mi anterior. Aquella deliciosa morenilla de cuatro años, fué pronto una admirable morena de las que en Málaga abundan; se casó muy pronto también, y hoy, a pesar de su juventud, es una madre de familia, pero una madre que no puede ya con la carga de chiquillos.

¿Queréis saber ahora lo que fué del capitán de Barbastro que nos salvó la vida a todos aquella tarde?

¡Tristes dolores de la guerra! ¡Le pasó lo que al soldado a quien recordaréis! A los pocos minutos de haber salido de aquella casa, orgulloso por la buena acción que cometió, caía muerto al pie de la barricada, de un balazo.

Sobre su corazón se encontró una carta, escrita con letra descomunal, como de un chiquillo que hace sus primeras garabatuzas en la escuela; la carta decía así: «Ven pronto; mamá llora mucho. Tu JUANITA.»

.

Las fechas solemnes de nuestra niñez son lápidas conmemorativas, cuyos rótulos se hacen más visibles cuanto más el tiempo transcurre. Algunas hay sobre mi corazón. Ya conocéis la inscripción de una de ellas:

1.º de Enero de 1869.

Pero bien; no es ese sepulcro el que voy a destapar ahora; ya lo hice en la primera parte de este libro.

Dejo eso, para pensar en la fecha

del día 2. Los nacionales huían, o fueron fusilados, o estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de aquello *que pasó*. La furia de los soldados había ido extinguiéndose, como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplé admirado la alegría y la animación de estos hombres que, horas antes, lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas a cuantas personas encontraron en su camino. Era de noche; la ciudad estaba a oscuras; los faroles fueron rotos; las cañerías de gas obstruyéronse; en algún ventanucho, o en el pretil despedazado de algún balcón, ardía una luz tenue que puso tal o cual vecino; acá y acullá escuchábase el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un reducto o tras el tabique de un caserón que se derrumbaba.

—Patrona, había dicho un soldado. ¿No habrá por ahí unos leños que quemar?

VIII

No había. Mi madre los expuso así. El soldado, sin enfadarse, dijo:

—Los traeremos entonces.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica, de palo santo, y las hojas de nogal con bellas incrustaciones de un armario que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento; la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima, de la cual éramos vecinos; intentó mi madre oponerse con blandura a que se quemasen maderas tan preciosas; los soldados echáronse a reír; un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el centro de la espaciosa cocina una gran hoguera; los soldados estaban alrededor ca-

lentándose, bebiendo, apostando, inventando acertijos, contando cuentos o hazañas los unos de los otros, recordando escaramuzas... Este hablaba de su novia, aquél de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... La estancia se llenó de humo de los cigarros... Hablaban a la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa a lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, el cinturón flojo, desabrochado el peto, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis, que hoy no puedo explicarme tampoco; las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas parecíanme de una viveza y de un color sorprendentes; no he visto nunca más, color de oro ni tonos azules tan brillantes ni tan bellos, como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera... ¡Bien es verdad que

tampoco he vuelto a tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

—¡Basta, basta, que el sargento Rodríguez va a hablar!

IX

Reinó un silencio... como el de la calle, que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas, como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta hora para dar sus sonos, tan quejumbrosos como el gemido de los centinelas... Las llamas parecíéronme más vivas, más ondulosas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso...; las sombras de los soldados, proyectadas en las paredes de la cocina, grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos todos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolviase el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolveríase en su roja púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos a todos.

—Pues señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más o menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido a cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y palmas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido a pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente; mien-

tras hablaba, arrollósele hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza, y crespo, erizado en el bigote.

—En los muelles de Málaga y en las calles próximas había más de sesenta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vítores; las calles se cubrían de banderas; los balcones estaban atestados de niñas bonitas, cada una con su pañuelo flotándolo, cada una con su ramo de flores de los huertos malagueños; los curas nos bendecían, las campanas repicaban, las madres se arrojaban a nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; el suelo de las calles por donde íbamos estaba lleno de *juncias* y de clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquél! Una muchacha de mantilla negra, hermosa

como el cielo, con ojos grandes como el mar, de cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino a mí con un manojito de rosas; yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil, y perdido el seso por la patria y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice ¡pum! le dí un beso en un carrillo! Quedé loco de espanto, pero ella gritó: ¡Viva España! ¡Viva la reina!... Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando, con el manojito de rosas en el cañón de mi fusil, y orgulloso como si llevara con él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

X

Aquella misma noche fuí con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña.

Recuerdo que vivía la señora en la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general a la señora: «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado a traición por unos riffeños.» Me puse más blanco que el papel, mientras la señora leía... ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora, ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío!

Dobló la carta preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo... Se los dije... El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes a don Leopoldo O'Donnell... ¡Qué día!... La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos; negáronse por

no estar restablecido del todo; insistió, diciendo que era una vergüenza, que quería ganar los galones de verdad, y accedió al fin el gobernador, no teniendo otro entonces que le inspirase igual confianza. Era por la tarde; partimos; poca gente: el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo, preguntándome si quería seguirle; el bigotillo rubio se le erizaba como a los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas; no sé qué cosa me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí; designó a los otros. ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Ala! ¡Ala! De pronto... ¡Virgen! Entre unas pitas, una detonación; cae el teniente, el caballo escapa, nosotros disparamos sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos a las pitas... Un moro muerto, otro herido... Al herido lo lleva a Melilla un soldado nuestro, y yo sigo a galope con los otros. Cumpló el encargo del gobernador, volvemos, y al llegar a las

pitás, voy a buscar el cadáver del pobreillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... ¡Estaba allí menos la cabeza!... La cabeza la enviaron los moros al gobernador de Melilla, mofándose de él y del muerto, y encargando al Gobernador que se la mandaran a su madre, como un regalo de las kábilas del Riff.

Sin chistar oyó la señora lo que le conté, pero le corrían por la cara lagrimones como puños.

XI

—¿Está prisionero el moro herido?, me preguntó.

—Sí, señora.

—¿Le conocería usted si le viera?

—Sí, señora.

—¿Quiere usted venir a Melilla?

—Me parece que oigo todavía aque-

lla voz de la señora; parecía la voz de un muerto. Le dije que sí, pero que con qué licencia.

—La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví; tenía ya la licencia; aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar a Melilla se presentó la señora al gobernador; pidió ver al moro; se lo concedieron.

—¿Es éste?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

—Sí, señora.

—Déjenos solos.

Los dejé.

¿Qué hablaron la señora y el morito? ¡Quién sabe! Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro, pareció más muerta que nunca... ¿Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad?

Cuando el moro se alejó, la señora me dijo:

—Sargento Rodríguez, he averigua-

do quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló. No fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora; el que fué huyó y está vivo. A éste que hoy libertamos le daré todo cuanto poseo para que haga lo que yo le mande; nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted acompañarme?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta; pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón. «Sí», dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos a caballo, los dos solos; el moro esperaba... Fué la primera vez que un pillo de esos cumplió lo que ofrecía, porque más traiciones y más malos no los vimos nunca... Pero es lo que pienso. ¡Mediaban en el asunto los monises de la señora!

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

—Este hombre afirma que el moro a

quien buscamos se llama Mahomet Jara, y que vive con su madre.

—Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si le mató él y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me dijo muy serena:

—Este no fué; le miré los ojos y no los inclinó; un asesino baja los ojos si le mira la madre del hombre a quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet, el que murió y éste; el que murió no pudo cortarle la cabeza; éste tampoco, pues cayó prisionero. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre.

—Mahomet es un cabo de kábilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá; se ven de noche en un chozón oculto entre unas jaras; éste que nos guía es el medianero de los dos...

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

—Aquí es, dijola en un español que merecía cuatro tiros.

—Llama, ordenó la señora.

Llamó y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

—Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

—Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba; la señora empuja con fuerza, y se mete de pronto; nada se oye... Los minutos me parecían siglos... Creí que era ya un viejo cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

—¿Qué ha pasado?, le preguntó.

—Venga usted.

Le seguí; llegamos; el postigo abierto; un gran candilón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubremente sobre el cuerpo de Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada. Me asusto, no por el muerto, sino de pensar en la brava sangre de aquella mujer.

—Salgamos, digo.

—Todavía no, responde ella.

Saca el cuchillo de la herida, y cercena de un golpe la cabeza del moro; cógela del pelo; la lía en un paño, salimos, se dirige la señora al moro que aguardaba.

—Aquí tienes, le murmura, dándosela.

La toma el moro y se escabulle sin chistar.

—¿A quién se la lleva? pregunto a la señora, muerto de espanto.

Y la señora responde:

—A su madre.

FIN

ÍNDICE

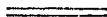
La Reina de las Minas.

	<u>Págs.</u>
I.—Aristocracia y burguesía.....	5
II.—Otra escaramuza.....	19
III.—Dulces memorias.....	25
IV.—Donde la muñequita feudal interrumpe al tío Claudio en la lectura de una carta, con otros detalles interesantísimos de que juzgará el lector.....	37
V.—Nuevos encuentros.....	49
VI.—Conoce el lector al inclito «Troncho» y el nuevo plan de guerra del tío Claudio...	57
VII.—Tiempos pasados.....	73
VIII.—El misterio.....	91
IX.—En Marrubiales.....	105
X.—Las extravagancias del tío Claudio.....	119
XI.—El viejo y la niña.....	131
XII.—Complicaciones.....	145
XIII.—El gran hombre y la muñequita feudal.....	157
XIV.—La vuelta del vencedor.....	179
XV.—A la luz de la luna.....	195
XVI.—El vals de la vida.....	207
XVII.—Idilio matutino.....	219
XVIII.—El hijo del tío Claudio.....	237
XIX.—Jiménez... ¿de qué?.....	249

	<u>Págs.</u>
XX.—¡El ogro vienel.....	263
XXI.—Ultimátum.....	277
XXII.—El golpe.....	291
XXIII.—Alma herida.....	309
XXIV.—Moraleja.....	323

Fechas memorables.

I.....	345
II.....	346
III.....	349
IV.....	350
V.....	352
VI.....	355
VII.....	356
VIII.....	360
IX.....	362
X.....	365
XI.....	368



1. The first part of the document is a list of names and titles, including "The Hon. Mr. Justice" and "The Hon. Mr. Justice".

Colección Martínez Barrionuevo

La Quintañones, 4 pesetas.—**El Padre Eterno, 4.**—**Señores de Saldívar (dos tomos), 6.**—**Juanela, 3.**—**Venta de Hijos, 3'50.**—**Misericordia, 3.**—**Filigrana, 3.**—**Guerras pasadas, 3.**—**Andaluza, 3.**—**El Contrabandista, 2.**—**El buque de combate (dos tomos), 6.**—**La Virgen (historia de una muchacha de este siglo), 3.**—**Andalucía (ochenta cuadernos), 80.**—**Barcelona monumental (veinticinco cuadernos), 25.**—**La Generala (dos tomos), 6.**—**Gente de tablas, 3.**—**El Filón, 3.**—**Sevilla famosa, 3.**—**La real hembra, 3.**—**Fin de una raza, 3.**—**Mi infancia, 3.**—**Amar a Dios, 3.**—**Heroínas, 3.**—**La Reina de las Minas, 3'50.**—**El Sacrilegio de Sor Adoración.**

Volúmenes á 1'50 pesetas

EL DECÁLOGO

Amar a Dios.—**No jurar.**—**Santificar las fiestas.**—**Honrar padre y madre.**—**No matar.**—**No fornicar.**—**No hurtar.**—**El falso testimonio.**—**La mujer ajena.**—**Los bienes ajenos.**